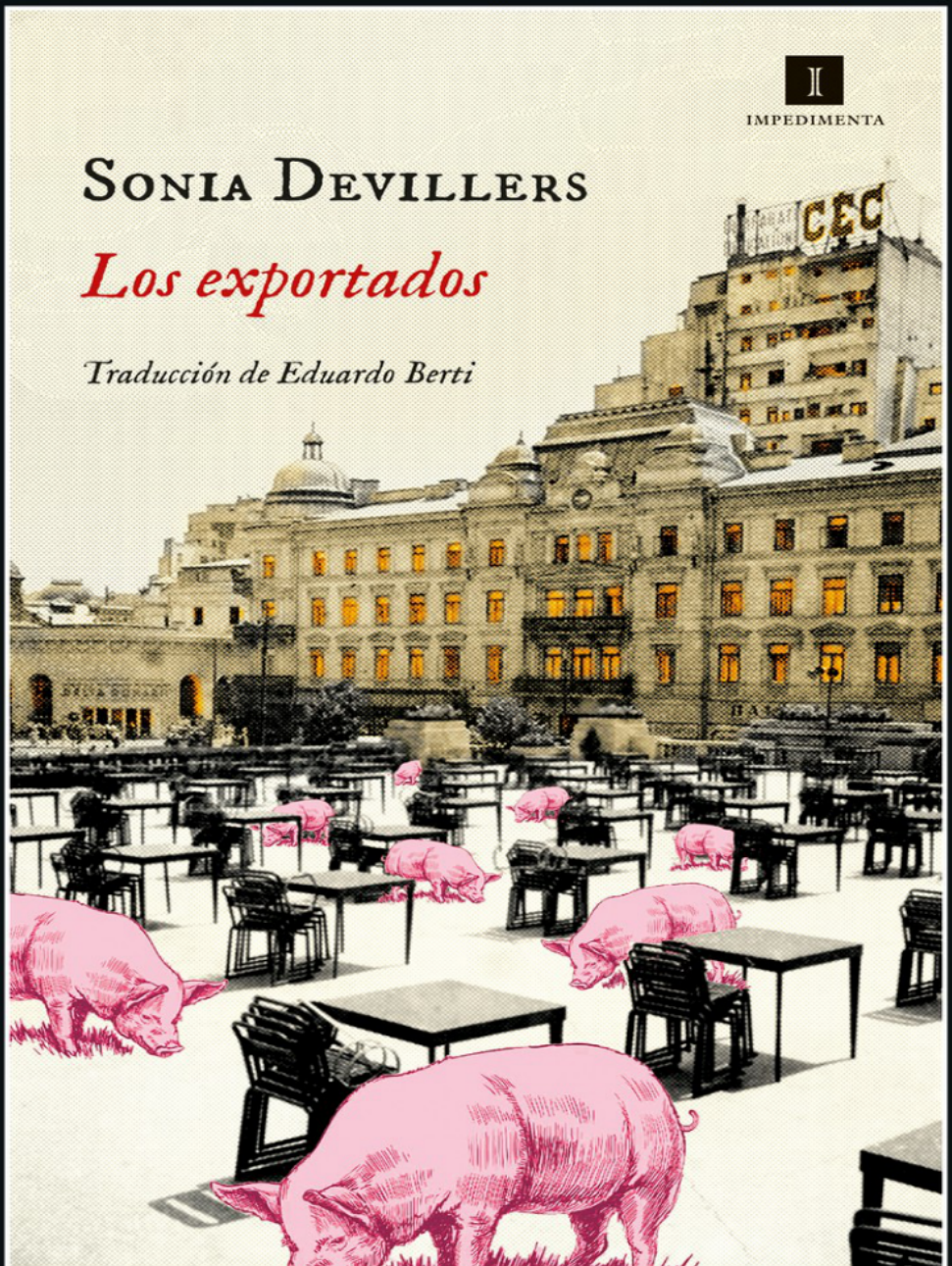

IMPEDIMENTA
SONIA DEVILLERS
Los exportados
Traducción de Eduardo Berti
CEC

LOS EXPORTADOS

SONIA DEVILLERS

Los exportados

SONIA DEVILLERS

Traducción del francés a cargo de
Eduardo Berti

IMPEDIMENTA

Título original: *Les exportés*

Edición en ebook: octubre de 2023

Copyright © Sonia Devillers, 2022
Copyright © Éditions Flammarion, Paris, 2022
Copyright de la traducción © Eduardo Berti, 2023
Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2023
Juan Álvarez Mendizábal, 27. 28008 Madrid

www.impedimenta.es

Composición digital: leerendigital.com

Esta obra se benefició del apoyo de los Programas de Ayuda a la Publicación del Institut français.

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición de la Comunidad de Madrid.

Comunidad de Madrid

ISBN: 978-84-19581-19-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ella mira hacia delante,
yo miro hacia atrás.

A mi hermana Marion,
la persona más importante de mi vida.

SU NOMBRE EN LA LISTA

No se fugaron, los dejaron partir. Pagaron una fortuna por ello. Les concedieron unos documentos, se los retiraron y finalmente se los volvieron a acordar. No querían irse de su país. No querían, pero no tenían opción. En cada pausa del viaje, en cada puesto fronterizo entre Rumanía y Francia, pensaron que el tren no volvería a arrancar. El 19 de diciembre de 1961, sin embargo, Harry y Gabriela Deleanu lograron llegar a París con sus dos hijas y con una abuela. Habían cruzado el telón de acero, sin dejar de mirar atrás. De haber podido, habrían frenado el paisaje con sus manos desnudas, habrían hecho lo imposible por detener la marcha. Dos mil trescientos kilómetros de vías congeladas y sus recuerdos arrancados de cuajo: la Rumanía comunista le había cerrado las puertas a su pasado.

Nadie podía salir de aquel país en plena Guerra Fría. El pueblo vivía prisionero. Así que en mi familia teníamos nuestra propia leyenda acerca de la escapatoria. Una historia de dinero, claro está, pero protagonizada por un misterioso traficante de personas, mezcla de empresario y benefactor.

En los años ochenta apareció en Francia un libro que había causado gran revuelo al salir poco antes en Estados Unidos: las confesiones de un general de dos estrellas, máximo responsable de la Securitate, la policía política rumana en tiempos del comunismo. El militar detallaba la extravagante deriva del régimen. Y, entre otras locuras, contaba cómo Rumanía había estado vendiendo a sus judíos durante décadas. Había empezado canjeándolos por animales comestibles: terneros, vacas, pollos, ovejas y, sobre todo, cerdos. Con el tiempo los había intercambiado por dólares, hasta el punto de que Nicolae Ceauşescu, el dictador rumano, diría en una ocasión: «Los judíos y el petróleo son nuestros mejores productos de exportación». Harry y Gabriela Deleanu nunca oyeron hablar de este libro. No vieron nada, no supieron ni comprendieron nada.

Después el Muro cayó, y se desmanteló el bloque comunista con todas sus policías secretas. Los archivos se fueron abriendo poco a poco. Tuvieron que pasar veinticinco años para que se desclasificaran algunos expedientes de la inteligencia exterior rumana. Acto seguido,

un historiador, Radu Ioanid, se zambulló en la memoria administrativa del régimen. Exhumó libros de contabilidad, formularios, pedidos e inventarios. Todo lo que atañe a ese gran comercio con los judíos aparecía ahí minuciosamente registrado. Incluso unas listas que pronto salieron a la luz. Quién fue vendido y por cuánto. El precio de cada ciudadano judío aparecía por escrito; primero convertido en ganado y después en billetes verdes.

Harry y Gabriela ya no estaban en este mundo. No llegaron a ver sus nombres en esas listas. Yo sí los vi. Su apellido figura escrito, con todas las letras. El apellido de mis abuelos. El apellido de mi madre. El de mi tía. Sumados a mi bisabuela, conformaban un lote de cinco personas. Los pusieron a la venta y los cambiaron por ganado, por «animales de alto rendimiento», como indica un funcionario.

La verdad sobre su libertad.

SU PAÍS EN EL MAPA

Conocí muy bien a Harry y a Gabriela. Tras su llegada a Francia, nunca se marcharon de París, donde yo fui la primera de la familia en nacer. Dormía a menudo en su casa, los sábados por la noche, en un modesto piso de la Porte de Bagnolet, un barrio popular caído en desgracia. Habían sido, los dos, gente importante. Pero no se notaba. Había que creer en su palabra, y yo les creía. El empapelado descolorido decía mucho acerca de su decadencia. Pero yo, entonces una niña, no alcanzaba a darme cuenta. Advertía, en cambio, las alfombras recargadas, los pequeños manteles bordados y los platos pintados que decoraban aquellas tristes paredes del distrito número XX de París. Esto era para mí Rumanía: una multitud de platos colgados en las paredes.

Sabía que mis abuelos eran judíos. Sabía también que ellos no le daban ninguna importancia a este dato y que ya no tenían ni siquiera un apellido judío. Muchas personas me preguntaron por su suerte durante la guerra. Yo me limitaba a repetir lo que ellos solían contar. No parecían haber vivido la guerra en sí. Era más bien como si hubieran vivido *durante* la guerra, como si les resultase lejana. El verdadero horror estaba en otra parte, en ese exilio forzoso de 1961, en ese viaje aterrador de Bucarest a París, que mi madre emprendió con catorce años. Eso sí que no se había alejado. Mi madre se derrumbaba cada vez que intentaba ponerlo en palabras. Entonces yo reculaba. Era mucho más agradable evocar el tiempo perdido y revisitar los recuerdos desvanecidos de Harry y Gabriela. De mis abuelos me he llevado un manojo de anécdotas. Una epopeya del siglo XX, una familia atrapada en medio de los vericuetos de la historia. Y no una familia cualquiera, sino una llena de esplendor, hasta la feroz desgracia que le causó el Partido Comunista.

El hecho de ser judíos no parecía haber pesado en su destino. La ruptura, la tragedia de sus vidas era otra: su partida. ¿Constituían mis abuelos una excepción? ¿Habían sufrido los judíos de Bucarest? ¿Los había marcado la guerra? Me parecía que no. Rumanía había creado una especie de zona blanca en el corazón del conflicto. No sabría explicar por qué, pero así concebía yo aquello. Al fin y al cabo, no

parecía haber ocurrido nada importante allí. Ni conflictos ni batallas mencionadas en mis manuales de escuela, ni campos de exterminio tristemente célebres, ni estrellas amarillas, ni trenes rumbo a Polonia. Un lugar bastante tranquilo, curiosamente olvidado por aquella apisonadora que entre 1939 y 1945 aplastó a todo el continente. Un país, en suma, donde a los judíos no les importaba ser judíos.

Crecí con un agujero en medio de Europa. Una nación informe, que a duras penas sabía yo situar en el mapa; una mancha de contornos movedizos en el caos de las repúblicas del Este: el teatro de un genocidio del que mis abuelos no hablaron jamás. También crecí con una madre tan marcada por el desarraigo de Rumanía que sus sollozos impedían cualquier relato. Su llanto marcaba incluso una línea divisoria entre el presente y el pasado. Un cepo como el que dividió Europa en dos bloques rivales, el Este del que ella proviene y el Oeste de donde provengo yo. Todo se veía borroso en esta herencia inmigrante, hondamente desorientada en el espacio y el tiempo. De modo que yo vivía con estas dos incógnitas: el otro lugar y el pasado. Por mucho tiempo fui incapaz de establecer cronologías, de identificar épocas o de dibujar fronteras. Los mapas y las fechas eran como un gran bosquejo en mi interior.

Lo que ocurrió, sin embargo, estaba muy claro y perfectamente localizado. Pero había que afrontar la realidad. Y afrontar también este viaje.

En Rumanía, a los que no querían ser judíos se les obligó a serlo. Y si lo que sufrieron sigue siendo tan desconocido es porque se les hizo olvidar el odio con que fueron perseguidos. Este gran olvido fue, además, el cimiento de un nuevo mundo al que mis abuelos se lo entregaron todo: el régimen comunista.

Nunca me interesó ser judía. A mi abuela tampoco le interesaba. Ella era la mujer más orgullosa que conocí, no la clase de mujer que se deja asignar una identidad. Sin embargo, su nombre y el de mi abuelo aparecen en la lista. Una lista de judíos. Una lista que revela un tráfico masivo de seres humanos en el corazón de Europa, quince años después de la guerra. La inclusión de mis abuelos en la lista me obliga a volver a situar su país en el mapa. A hacer el viaje a la inversa, al otro lado del Muro, en busca de lo que se sufrió pero no se reconoció, en busca de lo que se le ha ocultado a mi familia y también al mundo entero.

LOS JUDÍOS

LOS TÍOS

A mi abuela no le gustaba su apellido. Que fuese típicamente judío no le suponía ningún problema. Simplemente no era el adecuado para ella. En la escuela y después en la universidad, en cualquier situación social y desde su más tierna infancia, Gabriela fingió llamarse Sanielevici. Este apellido, judío también, era el de una familia de intelectuales de alto vuelo que incluía a matemáticos, banqueros, gobernadores, investigadores, críticos literarios y pintores famosos en Rumanía. Por desgracia, ella no podía llamarse Gabriela Sanielevici porque los miembros más importantes del clan Sanielevici eran todos hombres y ninguno de ellos era su padre. Siete tíos ilustres, pero un padre lamentable.

Siempre que la madre de Gabriela se refería a sus hermanos, comentaba: «¡Siete y todos en la Academia!». Ella era la única hija en aquella gloriosa hermandad y la única que no había conocido un destino honorable. Para colmo, había cometido el error de casarse con un tal Spitzer, actor y cantante de opereta, miembro de una compañía un poco famosa, juerguista empedernido, infiel y perpetuamente endeudado. Con su boda, la madre de Gabriela había renunciado al prestigioso apellido Sanielevici para convertirse en la señora Spitzer. La única hija de la pareja —mi abuela— nació por lo tanto como Spitzer, en 1912. Y ella fue la única, entre sus numerosos primos, que no recibió como herencia el famoso apellido. Una mancha en su identidad, más vergonzosa todavía por el hecho de que sus padres se divorciaron poco después y a la joven Gabriela la educó una madre soltera, amargada e indigente. Entre los tíos ricos, siempre habría alguien para ocuparse de las necesidades de esta sobrina sin padre ni fortuna propia, pero Gabriela se limitó a apretar los dientes. Conforme iba creciendo, mostraba un desprecio insolente por el dinero. Así y todo, no se resignó jamás a no llevar el apellido de los artistas y los sabios de la familia.

A lo largo de mi infancia oí cómo Gabriela evocaba este Olimpo de la inteligencia, del que su madre había sido alejada por accidente. Los tíos, según su orden de aparición: Simón Sanielevici, matemático, alumno de Henri Poincaré en París, profesor de la Universidad de

Bucarest, académico. Henric Sanielevici, reputado crítico literario, editor de una revista, especialista en mitos y religiones, antropólogo autodidacta y controvertido, pero no por ello menos influyente. Iosif Sanielevici, presidente de la Cámara de Comercio y después senador de Kishinev. Solomon Sanielevici, pintor, formado en la Escuela de Bellas Artes de Múnich, cercano a la Escuela de Barbizon, invitado a la Exposición Universal de París; a su muerte en la Primera Guerra Mundial, sus cuadros entraron en el Museo de Bucarest. Jack Sanielevici, profesor de matemáticas, también fallecido prematuramente. Maximilian Sanielevici, matemático, economista, director de diversas compañías de seguros, redactor de las primeras leyes que rigieron dicha actividad en Rumanía. Emil Sanielevici, biólogo y zoólogo, autor de un manual de ciencias naturales que se utilizaba en todas las escuelas; sus clases particulares eran un paso obligado para entrar en la Facultad de Medicina.

La madre de Gabriela se llamaba Roza. Tras su divorcio se había empeñado, por una cuestión de honor, en volver a ser una Sanielevici de pleno derecho. Roza procedió a borrar de forma maníaca todas las huellas de su exmarido, incineró los documentos donde figuraba el nefasto apellido, descolgó los retratos de Spitzer y se deshizo de todas sus fotos. El hombre se esfumó de sus conversaciones y no quedó el menor rastro de él. Reapareció una sola vez, después de la guerra, para reclamarle dinero a su hija. Spitzer fue expulsado, condenado al olvido para siempre. Sin embargo, su apellido tan atroz perduró por mucho tiempo en los documentos de identidad de mi abuela. Lo que es peor: durante toda su carrera aquel hombre había usado un nombre artístico, un seudónimo elegante. Mientras que ella, Gabriela, se vio condenada a utilizar el apellido verdadero en toda su mediocridad.

Mi abuela tenía cada uno de los ingredientes de los Sanielevici, empezando por un ego desmesurado, un orgullo al que había herido el hecho de verse privada de esa gloriosa identidad. Gabriela era brillante. Joven, muy seductora, muy pretendida, muy celosa, muy empapada de literatura, muy dotada para la música y las lenguas extranjeras —dominaba el alemán desde la escuela primaria, manejaba el francés con gran talento—, muy aficionada al senderismo y, algo raro en aquella época, muy buena esquiadora. Todo esto, al menos, aseguraba ella. Gabriela según Gabriela, la vanidad hecha mujer.

De este complejo de superioridad, columna vertebral de la familia Sanielevici, quedan huellas en mi madre, Marina. Algo pequeño que sugiere el «nunca olvides de dónde vienes», una idea elevada del conocimiento y de la cultura, una forma delicadamente asesina de juzgar a los demás.

LA PEQUEÑA PARÍS

Gabriela murió cuando yo tenía dieciséis años. En mis tiempos de estudiante me dio clases de piano y de alemán. Mi gusto por la gramática germánica hizo las delicias de la anciana, que se jactaba de no haber perdido nada de su uso. En cuanto a mi falta de habilidad musical, parecía consolar la artrosis de sus dedos, que llevaban mucho tiempo alejados del teclado. Frente a mí, aún podía ilusionarse. Era importante para ella… Gabriela Deleanu había sido alguien, y todavía quedaban rastros de ese alguien.

Su marido hablaba poco. De los recuerdos se encargaba ella y no se hacía rogar. Sin embargo, aunque conversaba alegremente, en el fondo no contaba mucho. A su modo, mi abuela moldeaba la opacidad de su pasado. Por un lado, alimentaba un mito; por el otro, aplanaba los dramas. El mito era siempre el mismo: la edad de oro de los años treinta en Bucarest. Los dramas vendrían después, con la Segunda Guerra Mundial, con la epopeya comunista que se volvería contra mis abuelos, con la emigración forzosa. ¡Cuántas fatalidades! Habían tenido que anestesiarse. A partir de ahí, el tono cambiaba. Pronunciaba las palabras con desprecio e indiferencia. Todo sonaba tan hueco que no me parecía tan grave nada de lo que mi familia había vivido.

Para narrar la esplendorosa juventud de Gabriela, en cambio, cabe el énfasis y la excitación: su familia distinguida, su elegante ciudad, Bucarest, conocida en el periodo de entreguerras como la «pequeña París de los Balcanes». Mi abuela solía presumir de que conseguía novelas francesas en las librerías rumanas «al día siguiente de que salieran en Saint-Germain-des-Prés». Es cierto que a la capital rumana no le faltaba garbo. Desde el siglo XIX, Rumanía era una monarquía parlamentaria. Una monarquía que, al principio, no encontraba su rey. Le ofrecieron entonces el trono a la rama más joven de una prestigiosa dinastía alemana, los Hohenzollern-Sigmaringen. Estos príncipes administraron su nueva patria al tiempo que mantenían intensas relaciones con Berlín, Londres y París. Por añadidura, Rumanía salió triunfante de la Primera Guerra Mundial. Y el Tratado de Versalles fue una auténtica bendición, porque en 1919 anexionó grandes regiones

fronterizas al Viejo Reino.

Esta extraordinaria expansión territorial aumentó el orgullo nacional, pero además sentó las bases para la explosión que se avecinaba. En los nuevos territorios había enormes comunidades judías. Por lo tanto, la población judía de Rumanía se duplicó de la noche a la mañana hasta convertirse, con casi 750 000 personas, en la tercera comunidad más numerosa de Europa. Todo esto reavivó una antigua psicosis popular y alimentó el antisemitismo político que flotaba en el ambiente. Siempre la misma cantinela: el miedo a diluirse. Pero durante la juventud de Gabriela, ¿quién era consciente de los alcances del peligro? Aquellas regiones menospreciadas parecían lejanas y arcaicas… Mientras que en Bucarest, en cambio, unas avenidas magníficas y una mansiones espléndidas convivían con teatros y salas de conciertos siempre abarrotadas. La vida cultural era increíblemente intensa y, sobre todo, muy abierta.

Mis abuelos, aunque crecieron en entornos muy diferentes, habían recibido los dos su educación en alemán. Y, como tantos rumanos cultos, también hablaban francés. Los quioscos rebosaban de revistas, algunas de las cuales describían cada día la actualidad política de París. Por medio de sus institutos y sus óperas prodigiosas, Alemania pretendía brillar tanto como Francia. Todas las grandes potencias querían tener a Rumanía bajo su yugo.

Gabriela no vio venir nada. Europa le tendía los brazos. Mi abuela alcanzó la mayoría de edad a principios de la década de los treinta. Participó en un concurso de una revista y se ganó unos días en Polonia y en Italia. Viajó con su tío y su tía, Emmanoil y Liza Socor. Juntos, visitaron al hijo de estos últimos, el primo Matei, que tenía la misma edad que Gabriela y se encontraba en Berlín. Los dos jóvenes, cómplices desde la infancia, compartían el amor por la música y el orgullo de pertenecer a una familia brillante. En cuanto al tío Emmanoil, hombre alegre y expansivo, abogado, propietario de un periódico y uno de los primeros militantes antifascistas, ocupaba el lugar que había dejado vacante el padre de Gabriela. En Berlín, los dos primos, que ya eran buenos pianistas, lo pasaron en grande probando unos Bechstein. Los instrumentos, con la firma de un prestigioso fabricante de pianos de Berlín, ofrecían un mecanismo de alta precisión y un timbre incomparablemente poderoso.

Así que el tío Emmanoil encargó dos pianos de media cola, uno para su hijo y otro para su querida sobrina. Dos regalos, sin más. De esta manera empezaba uno la vida en la familia de mi abuela: con un piano caído del cielo. Nada mal. Gabriela profundizaría su camino musical y más tarde enseñaría en el Conservatorio de Bucarest. Su primo Matei Socor se convertiría en un director de orquesta alabado por el régimen, compositor del himno nacional rumano, director de la

radio nacional y del sindicato de compositores. Un comunista de la primera hora.

LA SINAGOGA

Gabriela también estudió literatura. En cuanto judía, no era bienvenida en la facultad, pero ella contaba que había desafiado —¡con descaro y con una simple mirada!— al presidente de aquel sindicato de estudiantes que había intentado expulsarla. Para mi abuela, esta osadía era un pequeño motivo de orgullo. La petulancia de Gabriela, el sesgo de su memoria… En 1933 conoció a Harry, mi abuelo, en un tren que iba a París. Al parecer, él no se ofreció a subir su maleta al portaequipajes. ¿Era posible que ni siquiera se hubiese fijado en ella? Nunca le había pasado a Gabriela algo así, y se quedó muy intrigada. Hizo bien en iniciar la conversación: este casi treintañero de piel morena y facciones imponentes tenía mucho que contar. ¡Su inesperado nombre estadounidense, en primer lugar! Se llamaba Harry. Había nacido en Texas. Después había viajado a Italia, estudiado Ingeniería en Pavía, en Bolonia y luego en Roma, donde obtuvo una licencia en la Escuela Politécnica de la Universidad La Sapienza. Finalmente, se había marchado a las minas de Cerdeña para su primera misión. Hermosos recuerdos.

Gabriela quiso saberlo todo: los amigos de toda la vida que Harry había hecho en Roma, el ascenso de Benito Mussolini y sus camaradas, que vestían camisas marrones y desfilaban en columnas por la capital. La Italia de esos años era relativamente poco antisemita. Los discursos del Duce no apuntaban a los judíos. ¿Había empezado Harry su relato explicando que no había tenido más remedio que partir al extranjero porque ninguna universidad habría aceptado a un estudiante judío en Bucarest? ¿Ella se lo preguntó? ¿Él se tomó el tiempo de explicárselo? ¿Le contó su regreso a Rumanía, le habló del servicio militar plagado de humillaciones para un judío como él? ¿O acaso todo esto se dijo sin palabras, como los dos siguieron haciendo años más tarde, durante mi infancia, cuando se dirigían a mí? Mi abuelo había adorado Italia. Habría querido incluso vivir allí. Hablaba mejor italiano que francés. Ya en Francia, había visitado a sus compañeros de promoción, antiguos seguidores de las Juventudes Fascistas. No veía nada malo en esto. A él mismo le había encantado llevar el uniforme rumano. Se le habían dado muy bien los asuntos militares. La palabra «judío» no asomaba en los relatos de Harry ni tampoco en los de Gabriela. Ni la

palabra ni todo lo que implicaba.

En mi primer viaje a Rumanía —que hice ya siendo adulta— me quedé estupefacta al entender que Italia no había sido una simple diversión, sino el refugio para un estudiante despojado de acceso a la universidad en su propio país. Ese mismo día descubrí las tumbas de los Sanielevici, antepasados de mi abuela, en la parcela judía de un cementerio de Bucarest. Nadie me había ocultado nada. Yo no ignoraba sus orígenes judíos, pero a la vez no comprendía. No comprendía qué hacían allí aquellas sepulturas. ¿Acaso no me habían contado que en la boda de Gabriela y Harry, en 1935, la madre del novio, de origen modesto, había suplicado que pasaran por la sinagoga, un último rito para bendecir a su hijo único? ¿Y que Gabriela había consentido con desprecio, pero sus tíos Sanielevici se habían quedado ostensiblemente fuera del recinto religioso? Ellos no querían saber nada del judaísmo. ¿Tumbas en el sector judío? ¿Y qué más? «Nosotros» no teníamos nada que ver, en absoluto, con aquello.

De esto último, Gabriela estaba más convencida que los demás. En el momento de casarse, su marido se apellidaba Greenberg, nombre judío donde los haya. A mi abuela eso le importaba bien poco. Así que aceptó el nuevo nombre con presteza, tanto deseaba borrar el apellido de su padre. Tenía entonces veintitrés años, proyectos para el futuro y amigos en abundancia. Su vida de joven esposa se anunciaba llena de viajes y de cumbres nevadas. Se había jurado a sí misma que pondría al torpe de Harry a esquiar.

EL ARCÁNGEL

Decían que había recorrido las miserables aldeas del Viejo Reino a lomos de un caballo blanco, mientras él iba vestido todo de blanco también, como los paisanos, con su tradicional chaleco bordado; decían que había viajado con su fe colgada al hombro, que prefería las palabras de Cristo a los largos discursos. Aunque había nacido católico en las antiguas provincias germánicas, luego se había hecho ortodoxo y había rumanizado su nombre. Codreanu significa «que viene del bosque» y él sintió que en su interior crecían las fuerzas telúricas de la Rumanía más profunda. Defendería esta tierra contra las élites que la hacían pasar hambre, contra los extranjeros que la amenazaban y contra los judíos que la roían. Expulsaría a los deicidas con los que estaba aliado este rey impotente y corrupto. Su majestad Carlos II se había atrevido a repudiar a la reina por una amante judía que hacía vomitar a los rumanos. El séquito de Palacio no es que se enriqueciera, más bien se estaba atiborrando. Corneliu Codreanu sopesaba cada una de sus palabras. Nunca se había visto un tribuno más silencioso, más místico, más peligroso. Físicamente, el joven no se parecía en nada a un Benito Mussolini o un Adolf Hitler. Impactaba por su belleza. Su calma inescrutable cautivaba a las multitudes.

Gabriela iba al liceo y Harry era aún estudiante cuando Codreanu, que ya militaba en los años veinte del lado de los nacionalistas cristianos, mató de un balazo a un prefecto. Finalmente lo absolvieron y, en cuanto terminó el juicio, celebró su matrimonio y fue aclamado por miles de rumanos que de manera espontánea acompañaron el cortejo nupcial. Fue algo tan espectacular que el rey prohibió el noticiario que lo mostraba. Pero Corneliu Codreanu sabía que el pueblo lo apoyaba. En 1927 fundó la Legión de San Miguel Arcángel. Multitudes de hombres, muchos de ellos muy jóvenes, no tardaron en marchar por las calles de Bucarest, todos en fila, vestidos con camisas verdes, jurando fidelidad a la Iglesia, prometiendo la muerte del parlamentarismo, reclamando que se persiguiera a los judíos en cada uno de los rincones del país. La Legión se convirtió en un movimiento político de masas y pasó a denominarse Guardia de Hierro.

Abogado y judío completamente integrado, el gran escritor Mihail

Sebastian tenía la misma edad que mis abuelos. Como ellos, vivía en Bucarest. Estaba en dificultades, pero su aura y su pluma talentosa le permitían acceder a círculos más mundanos que los de Harry y Gabriela. Los tres eran aficionados a la montaña y a los deportes de invierno. Los tres amaban la música, frecuentaban los conciertos y tenían varios conocidos en común. Al final de la guerra, Mihail Sebastian se aprestaba a afiliarse al Partido Comunista, al igual que mis abuelos, cuando un coche lo atropelló. Llevaba diez años escribiendo su diario íntimo, crónica febril de una ciudad sumida en el odio antisemita. El texto se ha convertido en un bestseller mundial. Su relato contrasta diametralmente con el de mis abuelos. Ellos quisieron evitar el sufrimiento de esos años. Sebastian escribe en abril de 1935: «He visto cosas atroces en la calle».[1] Luego, en el mes de junio de 1936: «Escándalos y palizas antisemitas en el tribunal». Y más adelante: «Tal vez vayamos hacia un pogromo organizado. […] Anoche, en la calle Gabroveni, ambiente de asedio. Los comerciantes judíos habían bajado las persianas y esperaban a los agresores, decididos a resistir. Me parece que es lo único que cabe hacer. Si tenemos que morir, que al menos sea luchando». Una lectura simplemente sobrecogedora para mí, como nieta de Harry y Gabriela. En efecto, se trata de la Bucarest de mis abuelos, solo que muestra lo que ocurría entre bastidores.

En diciembre de 1937, consternado, el escritor consigna los resultados de las elecciones parlamentarias en Rumanía. El avance de los fascistas había sido espectacular. Sebastian lo compara con el de los nazis alemanes. El rey de Rumanía reacciona. Para contener a los legionarios, nombra un Gobierno ultranacionalista y conservador. Un Gobierno que se apresura a aprobar leyes antisemitas, calcadas de las de Núremberg. Muchos ciudadanos judíos pierden inmediatamente su ciudadanía rumana. Se purga de «rumanos no nativos» tanto la administración como la industria y la educación. El país está patas arriba. Sebastian apunta que, por primera vez, el vocabulario de la prensa de extrema derecha se ha trasladado al discurso oficial: «judío», «judaísmo», «dominación de Judas» y otras expresiones por el estilo. El escritor teme perder su trabajo. No concibe que «se vaya a tolerar a un judío en un “puesto de cultura”, aunque sea tan borroso como [el suyo]». ¿Y mi abuela? ¿Habría empezado ya a temblar? ¿Temía quedarse sin empleo?

Muy pronto, los legionarios contaron con campos de entrenamiento —ciento setenta campos repartidos por todo el país— y también con el apoyo del ejército, de la magistratura, de las universidades… Se temía un golpe de Estado. ¿El pueblo rumano lo habría visto con malos ojos? Los discursos se desataron. Una amiga de Mihail Sebastian despotricó delante de él: «Ni el hecho de hablar

conmigo ni de estar yo en su casa fueron obstáculo para que lanzase rayos y truenos contra los judíos barrigones y sus judías enjoyadas y obesas, aunque salvando a unos cien mil judíos “decentes” entre los que probablemente me encuentre yo, teniendo en cuenta que no tengo ni barriga ni judía obesa».

De esta manera, a finales de la década de los treinta el lazo se iba ciñendo en torno a mis abuelos. Era imposible que ellos dos no entendieran lo que pasaba y que no sufrieran estas humillaciones. ¿Qué hacer? ¿Refugiarse en los libros? ¿Buscarle un sentido a esta inmundicia convertida en realidad? ¿Seguir la brújula familiar del saber? ¿Ponerse en manos de los intelectuales? Todo ello sin tomar en cuenta la deriva extremista de las figuras más admiradas de Bucarest, como lo ha revelado la historiadora Alexandra Laignel-Lavastine. El dramaturgo Eugène Ionesco fue enviado como consejero cultural a Vichy, ya que la Rumanía fascista tenía representantes diplomáticos ante la Francia del mariscal Pétain. El filósofo Emil Cioran y el gran historiador de la religión Mircea Eliade no ocultaban su admiración por Hitler y su odio feroz a los judíos. Eliade ayudaba en la universidad a los teóricos del movimiento legionario. Las conferencias de este gran hombre se tenían por tan brillantes que hasta Mihail Sebastian, judío, acudía a ellas. Finalmente, sin embargo, Sebastian dejó de acudir, frente a un antisemitismo tan visceral.

El golpe de los legionarios no se produjo. El rey recuperó el poder y optó por una solución radical: mandó asesinar a Corneliu Codreanu, el mensajero de Dios en la Tierra. Cioran, partidario, por no decir adorador de Codreanu, le rindió un homenaje radiofónico, una letanía de fórmulas fanáticas. Mis abuelos tenían un aparato de radio, estoy segura: Gabriela era melómana e insomne, pasaba las noches escuchando grabaciones de conciertos. Ese día, ¿estaba encendida la radio? ¿Oyeron ellos aquel delirio extático? ¿Sintieron miedo por primera vez? En su lúgubre piso, entregado a su diario como de costumbre, Mihail Sebastian escribió entonces: «Estupor y calma. Una especie de calma petrificada. Tengo la impresión de que nadie se ha recuperado todavía de la sorpresa del primer minuto. Entraría en la lógica de las cosas que todo este terror mudo rompiera en una explosión antisemita. Es una válvula de seguridad que el propio Gobierno quizá no excluya abrir. Y ahora sí que podríamos pagarlo todos nosotros». El miedo se apoderaba de los judíos.

Mis abuelos decidieron continuar. Alquilaron un pequeño piso en el centro de la ciudad, donde recibían constantes visitas de sus amigos. Harry consiguió su primer trabajo, como ingeniero jefe en la fábrica Gallia. Su patrón, el señor Durand, era francés. Gabriela se empeñaba en hacerle cumplidos en su idioma. Deseaba sobresalir. A mi abuelo le encantó tomar las riendas, le gustaba dirigir a la gente.

Era popular entre los obreros. Mi abuela tenía un hombro sólido donde apoyarse. Esto bastaba para que se sintiera segura. Harry y Gabriela Greenberg, muy obstinados, se negaban a percibir que la muerte acechaba. Pero esta vez la muerte los vendría a buscar.

EL SINIESTRO DESAHOGO

En 1940, víctima de un enorme desorden, Rumanía sufrió la peor de las humillaciones. El pacto germano-soviético le arrebató brutalmente las magníficas provincias que habían sido anexionadas al término de la Primera Guerra Mundial. Estos territorios, poblados en gran parte por judíos, pasarían a manos de los rusos. Y a los judíos nunca se les perdonaría por esto. Después de tratarlos como alimañas invasoras, se los acusaba de traidores. Los judíos y los rojos estaban pactando, sin duda. Si la exasperación nacionalista tenía entonces un punto en común, este era el odio al «judeo-bolchevismo». La nación parecía amenazada de desintegración. La psicosis estaba en pleno apogeo. Cuando el ejército rumano se retiró de las regiones orientales, saqueó y asesinó a muchos judíos por el camino. Un desahogo, una venganza. Y no había hecho más que comenzar.

En Bucarest, el rey Carlos II le entregó finalmente el poder, en septiembre de 1940, al mariscal Ion Antonescu, quien a cambio derrocó al monarca. El militar instaló en el trono al príncipe heredero, un pequeño rey que no llegaba a los veinte años, e instauró un régimen totalitario y antisemita. De esta manera Rumanía entró en la guerra del lado de Hitler. Los judíos fueron objeto de una discriminación salvaje: privados de todo, prohibidos en todas partes. Excluida del instituto donde enseñaba francés, Gabriela no cobró ni un céntimo más. Aprendió a coser, dio clases de costura para sobrevivir y también, sin duda, para no desanimarse demasiado. Decidida e ingeniosa, pasó toda la vida confeccionando vestidos y abrigos para sus hijas y nietas. Harry, por su parte, logró conservar su puesto en la fábrica de Gallia. Es probable que gozara de la condición de «trabajador indispensable para la vida económica del país». Junto con su esposa y su suegra, Roza, los tres vivían de este salario providencial, mientras numerosos judíos se iban sumiendo en la pobreza.

Al margen del ejército, Harry Greenberg fue destinado a tareas de «servicio público», como limpiar las calles de Bucarest en invierno. Allí la nieve se petrificaba, metros cúbicos de un hielo sucio y hostil. Todo bajo la mirada indiferente de los transeúntes, que a veces incluso

le soltaban algún insulto. Para un hombre de treinta y cinco años, diplomado del ejército y licenciado en ingeniería, el trabajo resultaba tan humillante como agotador. Se veía obligado a soportar temperaturas extremas sin soltar las herramientas. Para quedar exento del servicio, habría tenido que pagar unas contribuciones exorbitantes. De lo contrario, se arriesgaba a que lo encarcelaran. En su diario, Mihail Sebastian describe las repetidas convocatorias militares, las interminables esperas y las arduas tareas infligidas a los judíos. Sebastian conoció lo mismo que mi abuelo. En su diario también menciona las tasas, los gravámenes y los impuestos especiales para los judíos de la capital, los cuales, aplastados por las deudas, ya no sabían de dónde sacar el dinero. Los judíos fueron sometidos al racionamiento mucho más que los «rumanos de pura cepa».

En cuanto a la Guardia de Hierro, esta había alimentado el caos que hizo posible que el mariscal Antonescu tomara el poder. Así que los legionarios entraron en el Gobierno con él. El difunto Codreanu, el «Capitán» ejecutado en tiempos del rey, fue elevado al rango de mártir. En noviembre de 1940, las milicias exigieron represalias. Su nuevo líder hizo la vista gorda mientras ellas se lanzaban por primera vez al asalto de la capital. Doscientos escuadrones sedientos de violencia ocuparon Bucarest y sembraron el terror. Se ensañaron sobre todo con los judíos. Y, para coronar este siniestro desahogo, el cadáver de Codreanu fue desenterrado oficialmente y depositado en una cripta. Hubo un funeral de Estado. La periodista estadounidense Rosie Waldeck, enviada a Rumanía, asistió a la ceremonia y relató la pompa, la profusión de flores blancas, el desfile interminable, todas las potencias del Eje prosternadas y reunidas allí por última vez.

¿Quién era capaz de ignorar en Bucarest esta extravagante puesta en escena del culto fascista? Me habría gustado oír esta historia de boca de mis abuelos. Tener un atisbo, al menos un atisbo, de lo que sintieron frente a tamaña exhibición de fuerzas, ante semejante legitimación de la furia antisemita. De niña oí hablar un poco de la Guardia de Hierro, de su revuelta, de la captura de mi abuelo. Sin embargo, las palabras que se usaban eran suaves. Eran palabras vacías. Eran palabras que se pronunciaban en un tono distante. Preparaban la escena sin más emoción. Una anécdota como las otras. Sin más. Mis abuelos lo vivieron todo, lo dijeron casi todo, pero fue como si no hubieran sentido nada.

EL MATADERO

El 9 de enero de 1941, la exclamación «¡El judío es como un escorpión: nunca dejará de devorarte vivo, cristiano!» atravesaba la portada de *Porunca Vremii*, el diario de extrema derecha que se vendía en todos los quioscos de Bucarest. La semana siguiente, *Cuvântul*, una revista dirigida por universitarios, exigía «la purificación racial del pueblo rumano: un asunto de vida o muerte». La demonización del judío, su representación bajo la forma de un parásito o incluso la obsesión por el «complot hebreo» ya no eran prerrogativa de la prensa fascista. Tras el acercamiento a la Alemania nazi, hasta las páginas de las revistas literarias a las que estaba suscrita mi abuela reclamaban que se acabase con el «problema judío». Con la prensa rumana al unísono, la opinión pública se hallaba perfectamente preparada para la explosión de odio que asoló de golpe Bucarest entre el 21 y el 23 de enero de 1941 y que colocó a mi abuelo en el epicentro del salvajismo.

Al mando de la situación desde hacía algunos meses, el mariscal Antonescu quiso deshacerse de sus aliados, los legionarios, cuya violencia empezaba a ser incontrolable. Los miembros de la Guardia de Hierro saqueaban y molestaban por todas partes. Antonescu era un amante de orden y Hitler le había dado un cheque en blanco para que depurase su entorno. Sacrificados en el altar del poder, los legionarios se rebelaron y emprendieron un pogromo de una barbarie inaudita en Bucarest. Robaron, incendiaron, violaron y mataron «en un estado de locura indescriptible, totalmente desconectado de cualquier motivo personal. En la avenida de la Victoria se vio a un joven con camisa verde descargando entre carcajadas su fusil contra los transeúntes», informó la periodista Rosie Waldeck. Las tropas de los legionarios recorrían la ciudad «rodeados de civiles de todas las edades y todos los medios sociales: escolares, universitarios, funcionarios, comerciantes… Todos los apoyaban». En cada barrio, los vecinos señalaban las casas habitadas por judíos, según ha explicado otro testigo de los hechos: el gran psicólogo Serge Moscovici, que sobrevivió al pogromo. Los judíos fueron detenidos en masa, llevados a la jefatura de policía y torturados allí. Enviaron un contingente al bosque de Jilava. Hombres y mujeres fueron desnudados

cuidadosamente y acribillados a balazos en la nieve. Otro grupo fue hacinado en un camión, unas quince personas elegidas al azar. Harry Greenberg, mi abuelo, era uno de los quince. Terminaron en los mataderos de Bucarest. Muchos con una bala en la nuca. A un puñado de moribundos, entre ellos una niña, los colgaron en los degolladeros. Los cadáveres, destripados por los legionarios, con las tripas al aire, fueron cubiertos con unas cartulinas en las que estaba escrito «kosher».

Mi abuelo escapó por los pelos, gracias a que los obreros lo apreciaban. Uno de ellos supo lo que estaba ocurriendo y abogó por él ante los sublevados, esgrimiendo su condición de «trabajador útil». Así pudo rescatarlo de la ejecución, llevarlo a la fábrica de Gallia y esconderlo hasta el final de la revuelta. Mientras tanto, el mariscal Antonescu consiguió aplastar la insurrección. El matadero permaneció cerrado por una semana, lo necesario para limpiar las huellas de la matanza.

Mihail Sebastian permaneció recluido durante toda la revuelta legionaria. «Hay personas como yo que vivieron la noche separados de su familia y al día siguiente ya no encontraron a nadie, ni nada. Vuelvo a ver y a vivir todo el terror de aquella noche», escribió en los días siguientes. Por mi parte, me imagino la pesadilla que debieron de pasar Gabriela y su madre, Roza, sin atreverse a salir del piso de la Strada Lucaci, con las luces apagadas y las cortinas cerradas, asaltadas por los ruidos de la calle enfurecida, sobresaltándose con cada grito que rasgaba la oscuridad, con cada golpe que hacía temblar el hueco de la escalera. Imagino que no cruzaron ni una sola palabra y que apagaron la radio, tomada por los insurgentes, mientras clavaban los ojos en el teléfono, mientras verificaban otra vez que el auricular emitiera alguna señal e imploraban mentalmente alguna noticia de Harry. Una espera indescriptible.

Harry y Gabriela nunca les contaron a sus hijas lo que ocurrió aquella noche. A mí me lo contaron, pero sin darle importancia. Una cadena de hechos, eso fue. Detenido, transportado, recuperado, escondido, salvado. Lo que pasó dentro del matadero lo supe gracias a los libros de historia. Ochenta años después dispongo de muy pocos elementos para reconstruir las atrocidades. Una lástima. Me gustaría comprender de qué manera, en la Rumanía de los años sesenta, pudo venderse a un judío a cambio de ganado. Y de pronto caigo en la cuenta de que, antes de que ocurrieran estas cosas, a mi abuelo lo rescataron de un matadero donde iban a descuartizarlo como un animal, en un episodio que Mihail Sebastian califica en su diario de «ferocidad bestial». Todo esto suma muchos animales y muchas bestias para un mismo destino humano, el de mi abuelo.

EL MAGNÍFICO INSTRUMENTO

Gabriela nunca pronunció la palabra «pogromo». No la oí jamás en su boca. Para referirse al episodio de enero de 1941, hablaba de la «revuelta de la Guardia de Hierro», lo que no es inexacto desde un punto de vista histórico, pero no indica, como ocurre con «pogromo», que se quiso masacrar a los judíos. Tampoco indica lo que significaba ser judío en una ciudad que masacraba a sus judíos. Ni mucho menos, por cierto, que mis abuelos se hallaban en medio de la tormenta porque ellos dos eran judíos. En medio de la revuelta.

De aquellos años turbulentos, mis abuelos habían preferido extraer un puñado de anécdotas destinadas a amenizar las reuniones familiares. Una de estas anécdotas surgía con tanta frecuencia que acabé pensando que ella sola resumía toda la guerra. De hecho, siempre que me preguntaban qué habían vivido mis abuelos rumanos durante el Holocausto, yo misma me ponía a contarla. Con la mejor voluntad.

La guerra estaba en su apogeo cuando un policía rumano vino a inspeccionar la casa de mis abuelos. La lista de enseres prohibidos a los judíos no dejaba de aumentar, al igual que la lista de los bienes que debían confiscárseles. Harry se había ido a trabajar y Gabriela se vio sola, paralizada y muda frente a este oficial de mediana edad que tenía derecho a revisarlo y manipularlo todo…

El piano ocupaba la mitad del pequeño salón. El brillo de su laca negra magnetizaba no solo las miradas, también atraía a las manos. El fabricante del instrumento había estampado su firma en el marco de hierro fundido de la media cola. Gabriela, tan orgullosa de ello, solía bajar el atril para que sus visitantes vieran la noble inscripción en el mueble. ¡Un Bechstein de verdad! El policía no pudo contenerse y se instaló ante el teclado. Gabriela contuvo la respiración. Los dedos regordetes de aquel aficionado con uniforme barrieron las preciosas teclas. Ella se mordió los labios hasta hacerlos sangrar, pero no fue capaz de reprimir la rabia. Con todas sus fuerzas, le cerró la tapa contra los nudillos. El policía aulló de dolor. La convocatoria a la comisaría no tardó en llegar.

Harry Greenberg acudió al día siguiente, con los bolsillos repletos

de pequeños billetes, dispuesto a sobornar al policía melómano. Al final, con mucha astucia, logró salirse con la suya. Habló del alemán perfecto de mi abuela, de sus ojos verdes y su pelo claro, del piano traído de Berlín, de esa gente que se cree capaz de cualquier cosa… Dejó caer todo esto con un matiz de ambigüedad. ¿Y si su esposa era alemana? ¿Y si el policía rumano había hecho algo incorrecto? Rumanía había jurado lealtad a la gloriosa Alemania, no era cuestión de meterse en problemas con sus ciudadanos. El agente se retractó y el asunto quedó archivado.

La historia es bonita. Nunca sabré si es cierta. En cualquier caso, cuenta lo que Harry y Gabriela querían contarnos: el honor de mi abuela y la audacia de su marido. Pero la anécdota omite a qué se arriesgaban ambos: a la muerte.

EL ORGULLO

Una cuestión de dignidad, eso es lo que siempre oí decir. Mis abuelos no cambiaron su apellido en tiempos de guerra. Tenían todas las razones para hacerlo porque Greenberg proclamaba a gritos sus orígenes. El psicoanalista Philippe Grimbert ha escrito, sobre el «secreto» de su infancia, un libro espléndido donde me topé por primera vez con el apellido de mis abuelos. El padre del autor se llamaba Grinberg y se negó, él también, a cambiar de nombre entre 1939 y 1945. Solamente tiempo después modificó su estado civil, afrancesando su apellido, de manera que Grinberg devino Grimbert, sin esas dos consonantes, la «n» y la «g», que lo volvían un apellido típicamente judío. «Despojado de estas dos letras portadoras de muerte», concluye su hijo psicoanalista.

¿Era también nuestro «Greenberg», con su «n» y con su «g», un apellido portador de muerte? El padre de Harry se llamaba originalmente Grunberg, pero más tarde los caprichos de la vida habían transformado el Grunberg en Greenberg. El padre del escritor-psicoanalista se llamaba, en su caso, Grinberg. Grunberg, Greenberg, Grinberg… Variaciones de un mismo nombre. Yo nunca había imaginado que fuera tan pesado de llevar. Siempre me habían dicho que era un asunto sin importancia, que no lo habían cambiado por orgullo. El orgullo, una vez más.

Durante la guerra en Rumanía, la comunidad judía alentaba las conversiones al cristianismo. Había que ponerse a salvo. Algunos Sanielevici, el clan de mi abuela, se convirtieron dócilmente en cristianos ortodoxos. Gabriela se lamentaba: «Nunca hemos puesto los pies en la sinagoga, ¿por qué vamos a ir a la iglesia?». No sentía más que desprecio por el fanatismo en general y por estas crisis de fe tan oportunistas en particular. No hay que doblegarse de este modo. No hay que cambiar de nombre ante el opresor que te define y señala como judío. No hay que olvidar quién es uno.

El 17 de diciembre de 1941, bajo el régimen del terror, Mihail Sebastian apunta: «En alguna otra parte, en una isla con sol y sombra, en plena paz, en plena seguridad y en plena felicidad, me tendría sin cuidado ser o no judío. Pero aquí y ahora no puedo ser otra cosa. Y

creo que tampoco lo quiero». A Gabriela le ocurría lo mismo, me lo dejó claro cuando yo era una niña. La guerra fue el único momento en que le habría dado vergüenza cualquier intento de «no ser». Eso habría sido ceder ante el enemigo, dar la razón a la barbarie. Entre 1939 y 1945, se había sentido judía. Lo había asumido con la cabeza bien alta. Antes y después, indiferencia total. Yo heredé esta indiferencia y por años me limité a ella.

LOS RUMANOS

Mucho orgullo y muy poca desgracia, finalmente. Feliz como judío en Bucarest antes de la guerra, libre de preferir Italia. Feliz como judío en Bucarest durante la guerra, libre de ostentar sus orígenes. Ni siquiera había que exhibir la estrella amarilla. Si me atengo a lo que contaban mis abuelos, a excepción de algunas restricciones y algunos excesos, la capital parecía lejos de todas las atrocidades. De modo que ellos dos vivieron los hechos sin sentirse verdaderamente amenazados. Las investigaciones de los historiadores, sin embargo, afirman lo contrario. Rumanía fue el primer brazo armado de los nazis en el Este, su aliado más celoso. «Ningún país, con la excepción de Alemania, participó de forma tan masiva en el asesinato de judíos […]. La manera en que los rumanos llevaron a cabo sus operaciones [de matanza] evoca escenas que no tienen equivalente en la Europa del Este», insiste Raul Hilberg en *La destrucción de los judíos europeos*. Y lo que dice es verdad, salvo en Bucarest.

Una vez aplastada la rebelión de la Guardia de Hierro, la furia se trasladó a Iași, gran ciudad universitaria en el noreste de Rumanía. A fines de junio de 1941, las más altas esferas del Estado rumano orquestaron un pogromo de una escala y un salvajismo sin precedentes, tristemente famoso porque Malaparte habla de él en *Kaputt*. Sofocados los brotes de fiebre legionaria, el mariscal quiso poner en marcha una política global de «purificación étnica». Se trataba de «limpiar la retaguardia» de una vez por todas.

En consecuencia, más de trece mil judíos —hombres, mujeres y niños— fueron asesinados en menos de una semana en Iași. Y en este caso no hubo nazis. Únicamente los rumanos fueron responsables de esta carnicería a gran escala: acorralaron, robaron, torturaron a los judíos de la ciudad, mataron a familias enteras en la calle, fusilaron a otros masivamente en el inmenso patio de la prefectura. Los que lograron escapar acabaron encerrados en dos trenes de mercancías cuyos vagones no dejaban pasar ni el aire ni la luz, bajo un sol abrasador durante varios días. De estos ataúdes con ruedas salieron entre cinco mil y seis mil cadáveres. La idea de los trenes de la muerte, otra innovación rumana… Hitler felicitó a su aliado, el

mariscal Antonescu.

Estas masacres no fueron más que un ensayo general. En octubre, el ejército rumano que ocupaba la ciudad ucraniana de Odessa quiso castigar a la comunidad judía local bajo el pretexto de un presunto atentado contra su cuartel general. Los militares colgaron a ocho mil judíos de las farolas y de los balcones, antes de dispararles en la nuca a otros cuatro mil. Como ese método resultaba demasiado lento y suponía un «coste excesivo» de municiones, encerraron en unos enormes cobertizos a los casi seis mil condenados que seguían vivos y arrojaron dentro varias granadas.

Mientras tanto, las tropas rumanas partieron a reconquistar las provincias que habían perdido: Besarabia y Bucovina. En todas partes, los judíos terminaban acorralados y fusilados al borde de las trincheras antitanque que los soviéticos habían cavado previamente. Los oficiales nazis empezaron a exasperarse. Temían que hubiera epidemias: «Los rumanos abandonan los cadáveres en el lugar donde caen, sin enterrar», señalaban los informes que los oficiales nazis enviaban a Berlín. Se calcularon unas cien mil víctimas mortales en dos meses.

Los supervivientes fueron reclutados en marchas asesinas. Hitler había ofrecido al mariscal Antonescu una vasta franja de tierra en la frontera con Ucrania, Transnistria. El Estado rumano creó allí un «Reino de la Muerte», una gigantesca colonia penitenciaria tildada de «vertedero étnico». A los 350 000 judíos ucranianos que vivían en la zona, los rumanos añadieron 150 000 judíos más. Para alojarlos, el ejército reconvirtió unas antiguas granjas de cerdos que contenían entre diez y cincuenta establos en fila. Ideales. «Donde caben trescientos puercos, caben tres mil judíos», repetían los guardias. Ya entonces, un judío valía menos que un cerdo.

No había ninguna logística en este caos: una población sometida a trabajos forzados a la que luego se dejaba morir de frío, disentería y hambre, a tal extremo que el canibalismo no era infrecuente en Transnistria. Esta mezcla de barbarie y amateurismo escandalizó a los nazis.

Por último, la matanza del campo de Bogdanovka es una de las más impresionantes de toda la Segunda Guerra Mundial. El campo consistía, una vez más, en unos pequeños establos de cerdos, establos viejos, ruinosos y abiertos a todos los vientos. Pero, como decía el comandante en medio de esas temperaturas bajo cero: «¡La paja es para los cerdos, no para los judíos!». La decisión de acabar con la vida de los ocho mil prisioneros judíos se tomó en diciembre de 1941. Los rumanos metieron a cinco mil personas en una pocilga y le prendieron fuego. Acto seguido, utilizaron dos enormes pozos para arrojar en ellos a otro millar de niños y adultos. Entonces dio comienzo una gran

ejecución por fusilamiento. Sacaron a los judíos en grupos de trescientos o cuatrocientos, los obligaron a desnudarse, les arrancaron los dientes de oro que se iban encontrando y los pusieron en fila y de rodillas al borde de un barranco de unos sesenta metros de largo. Debajo, habían encendido un enorme fuego para que los niños fueran arrojados vivos a las llamas. Atrocidades cometidas a la vista de todos, con la ayuda de todos.

Quinientos kilómetros separan Transnistria de la capital, pero estas cosas se sabían en Bucarest. Los judíos, saqueados, humillados y aterrorizados, vivían con el temor de que les llegara su hora. «Esta noche han detenido a familias de judíos en distintos barrios. No sé a cuántas ni para qué. Pero en adelante ninguno de nosotros puede estar ya seguro por la noche, al acostarse, de que por la mañana se va a despertar en su cama, en su casa», relata Mihail Sebastian en su diario, en 1942. Un año antes: «La desgracia es que nadie tiene nada que ver. Todo el mundo lo reprueba y todo el mundo está indignado, pero todos son un eslabón de este inmenso engranaje antisemita que es el Estado rumano, con sus oficinas, autoridades, prensa, instituciones, leyes y procedimientos. […] En cuanto a la masa, está exultante. La sangre judía y el escarnio al judío han sido las diversiones públicas por excelencia».

¿Rumanía fue una zona blanca, como yo quise imaginarla? No, fue un país teñido de rojo, barrido por el odio, inundado por el miedo, lejos de ser un enclave tranquilo y al margen de la guerra. ¿Qué he encontrado de mis abuelos en lo que relata el diario de Mihail Sebastian sobre los años de la guerra? Una sola y única anécdota: la alegría, una vez llegada la Liberación, de reencontrar sus esquíes y bastones escondidos desde principios de la guerra en el desván de una amiga. Estaba estrictamente prohibido que los judíos los poseyeran, descubrí. Recuerdo el equipo de alpinismo que Harry y Gabriela habían escondido en el sótano de su edificio, «por si acaso», como me explicaron sonrientes cuando yo era niña. ¿«Por si acaso» qué? «Por si acaso» hubiese que huir por los tejados. «Por si acaso» se los llevaban. «Por si acaso» los deportaban. Pero no dijeron eso. Y como a la postre nada de ello sucedió, los dos acabaron pensando que no les había ocurrido nada.

No eran pocos los que iban a beneficiarse de esto.

LA PALABRA INDEBIDA

El mariscal Antonescu cayó en 1944, derrocado por todos los partidos políticos —entre ellos los comunistas, muy minoritarios— que se habían aliado con el joven rey Miguel, restablecido en el trono desde 1940. Así, Rumanía rompió con la Alemania nazi, le declaró la guerra y pasó los últimos nueve meses del conflicto luchando junto a los Aliados. Los soviéticos, que ya ocupaban parte del país, escogieron el 23 y 24 de agosto de 1944, el mismo día de la liberación de París, para entrar en Bucarest, convirtiendo de esta forma la capital rumana en parte de un vasto movimiento de resistencia y renacimiento europeo. Hubo un nuevo golpe de Estado en 1947: los comunistas tomaron definitivamente el poder en Rumanía y, desde entonces, también el control del relato nacional y de la memoria. Ellos habían sido los enemigos declarados de los fascistas. ¿Cómo posicionar, entonces, a este flamante país comunista? ¿Del lado de los vencedores o del lado de los vencidos? ¿En el bando de los verdugos o en el bando de las víctimas?

Contrariamente a lo que yo podría pensar, no solo los fascistas venidos a menos se aprovecharon de esta confusión y trataron de atenuar la responsabilidad rumana en la masacre de los judíos: a los comunistas también les interesaba esto último. Un país comunista no podía haber atacado a los judíos. El negacionismo de unos fue de la mano del revisionismo de otros. La Shoah se fue olvidando poco a poco en Rumanía, hasta que todo se disolvió en una pirueta conmemorativa. Mis abuelos, que salieron indemnes de la guerra, se sumaron a aquel gran borrado, muy conscientes de que participaban, a su modo, en esta reescritura de la historia. No fue cinismo ni cálculo en su caso, sino más bien la voluntad, incluso la urgencia, de poner fin a una amenaza perpetua. La convicción, arraigada en el cuerpo, de que había que avanzar.

A partir de 1945, Rumanía juzgó en su propio suelo a sus criminales de guerra. El mariscal Antonescu no fue llevado ante el Tribunal de Núremberg, a diferencia de la élite nazi. Lo fusilaron al año siguiente en Bucarest. Su juicio permitió establecer una línea de defensa que todavía comparten algunos historiadores nacionalistas. El

Conducator (así se hacía llamar él) se jactaba de haber aplastado a los legionarios, una milicia de extrema derecha, y de no haber entregado a «sus» judíos a los alemanes. Es cierto que los rumanos se encargaron ellos mismos de su exterminio en las provincias orientales. En cuanto a los ciento treinta mil judíos rumanos enviados a Auschwitz, provenían del norte de Transilvania. Esta región había cambiado de bandera durante la guerra y había quedado bajo control húngaro. Rumanía, en consecuencia, podía eximirse de toda responsabilidad.

El Conducator también afirmaba haber «protegido» a los judíos de Bucarest y del Viejo Reino, es decir, de las regiones centrales que formaban el trazado original del país, su cuna. Es un hecho que ni Mihail Sebastian ni mis abuelos fueron deportados. A decir verdad, escaparon por los pelos. Todo estaba preparado —hasta los trenes— para enviarlos a morir en Polonia. El Estado Mayor de las SS y el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán habían elegido el campo de Belzec para exterminar a los judíos rumanos. El lugar fue reformado y se construyeron seis nuevas cámaras de gas para alojar a los recién llegados. En septiembre de 1942, el campo de Belzec estaba en condiciones de exterminar una afluencia diaria de dos mil rumanos en tres horas. Purificación étnica, aceleración del ritmo. En Bucarest, el mariscal Antonescu aprobó la deportación de «la totalidad de la población judía». El historiador Jean Ancel ha exhumado cada etapa de este proyecto, que la administración rumana preparó en silencio y que la prensa alemana entonces relató en tiempo real.

La operación se interrumpió en el mes de octubre, no para salvar a los judíos rumanos, sino para utilizarlos como moneda de cambio. El mariscal Antonescu esperaba que Adolf Hitler le «devolviera» el norte de Transilvania a Rumanía y que reconociera los sacrificios del ejército rumano en Stalingrado, al lado de los alemanes. El jefe de Estado rumano quería algo a cambio y suspendió la deportación de sus judíos a la espera de una respuesta de Hitler. En el año 1943 empezó a vislumbrarse una posible derrota de los nazis. El mariscal Antonescu imaginó otro escenario. La no deportación de los judíos podría servirle como salvoconducto frente a los Aliados. Podría pasar por su salvador, después de haber sido su verdugo. En Bucarest, los judíos salvaron sus vidas por casualidad, gracias a una serie de decisiones cada vez más oportunistas, sostiene la historiadora Alexandra Laignel-Lavastine. No obstante, la imagen del líder fascista travestido en benefactor quedó grabada en piedra.

La justicia rumana se mostró clemente con los secuaces del régimen de Antonescu. Numerosas condenas a muerte fueron conmutadas por penas de cárcel que, en muchos casos, terminaban a finales de los años cincuenta. Por otra parte, el Partido Comunista Rumano carecía de cuadros y militantes. Había que aumentar el

número de efectivos. La historiadora Catherine Durandin considera muy probable un pacto entre los legionarios del pasado y los comunistas del futuro. Los antiguos fascistas se convertirían de la noche a la mañana en perfectos estalinistas. El Partido Comunista tuvo que reconciliarse con un pasado no depurado, incluso dentro de sí mismo. Los judíos que harían carrera allí, como mis abuelos, se codearían con diversos actores de la «Solución Final» en Rumanía. Todo ello en el gran contexto tácito de la nueva camaradería comunista, que exigió dejar en un segundo plano el asunto de los orígenes.

Los antiguos fascistas guardarían silencio. Los judíos guardarían silencio. Harry y Gabriela Greenberg guardarían silencio. Los fascistas porque eran los antiguos adversarios. Los judíos porque muy pronto se les arrebatarían los motivos para hablar en su nombre. Los comunistas tomaron rápidamente el control de los tribunales populares encargados de juzgar los crímenes de guerra. Los convirtieron en una herramienta de propaganda. Presentaron a los fascistas como enemigos políticos, como enemigos del pueblo y enemigos del proletariado, mucho más que como enemigos de los judíos. De esta manera, la justicia estalinista borró los crímenes específicos contra los judíos. La palabra «judío», de hecho, figuró cada vez menos en las sentencias. Ya no se les reconoció a los judíos su condición de víctimas. ¿Podían considerarse como tales? ¿Les interesaba esta condición?

Al final, los comunistas emprendieron una vasta labor de falsificación. De la guerra, en Rumanía no se retienen más que los últimos nueve meses: un país al servicio de la libertad, combatiendo junto a los soviéticos y a los aliados en una guerra «justa». Se minimizó la magnitud de la Shoah y se responsabilizó por completo a los alemanes. Y con razón: un país comunista no debe tener en su conciencia un genocidio judío. Por otra parte, ¿de qué judíos estamos hablando? Más allá de los juicios, la Rumanía comunista proscribió la palabra «judío». El etnólogo Andrei Oișteanu constata que en aquella época el término fue erradicado de las novelas y de los textos de ciencias sociales. Con la excusa de contrarrestar la literatura y la prensa de la preguerra, que estaban obsesionadas con el peligro judío, el Partido se negó a nombrar a los judíos para no estigmatizarlos. Pero, al hacerlo, acabó borrándolos. Y Andrei Oișteanu nos recuerda que en un régimen totalitario «si no se habla de algo es que no existe».

EL NOMBRE INDEBIDO

Este silencio, por excesivo que fuera, les convenía perfectamente a Harry y a Gabriela. Cuando los tanques rusos entraron en Bucarest, mis abuelos juraron que nunca más los obligarían a ser los judíos que ellos no habían querido ser. Se esforzarían por vivir como todo el mundo, ajenos a la «cuestión judía», libres de toda «condición de judíos», de toda «situación de víctima»; en pocas palabras, de todo pasado. Les convenía el efecto de amnesia que suscitaba el discurso oficial. Esperaban un mundo nuevo, aquí y ahora. El derecho a hacer balance y el deber de recordar no les preocupaban en absoluto. El Partido Comunista se movía a gran velocidad e incidía en las instituciones. El tren estaba en marcha, había que subirse y no mirar atrás.

Su primera decisión consistió en cambiar de nombre, al igual que tantos otros. Es cierto que Greenberg estaba volviéndose incómodo, un patronímico marcado con el doble hierro del judaísmo y de un continente enemigo: América. El gran psicosociólogo Serge Moscovici comenta esta manía con una pizca de crueldad: «El régimen del mariscal Antonescu había querido eliminar a los judíos. Los comunistas del aparato querían, por su parte, eliminarse a sí mismos como judíos y rumanizaban todos los apellidos».

Harry Greenberg emigró dos veces en su vida, como su padre antes que él y como el padre de su padre antes que ellos dos. El abuelo de Harry se llamaba Moise Grunberg. Había nacido en Balaclava, Crimea, hace dos siglos, en los confines del Imperio ruso, allá donde el zar había expulsado a los judíos. Los jóvenes de aquella comunidad eran objeto de un reclutamiento militar especialmente largo e injusto. Moise se vio obligado a huir de Crimea y a reinventar su vida en Rumanía. Su esposa, Fanny, trajo al mundo a seis hijos.

Su primer hijo, Elias, nació en 1861. Elias fue el padre de Harry, mi bisabuelo. A finales del siglo XIX, la historia se repitió. Los hombres judíos le debían al nuevo rey de Rumanía siete años consecutivos de servicio militar. Elias no tuvo más remedio que huir de su país. Para colmo, una enmienda constitucional había restringido tan drásticamente el acceso a la ciudadanía rumana que la cuestión

del estatuto de los judíos rumanos, que fueron los últimos en emanciparse en Europa, levantó polémica en París, Londres, Berlín y Nueva York. En el Reino Antiguo, la comunidad judía se dividía y desintegraba. Se produjeron los primeros éxodos a Tierra Santa y los primeros éxodos a América. Elias fue uno de los que cruzaron Europa a pie para luego embarcar desde Francia hacia el Nuevo Mundo.

Al llegar a Estados Unidos, Elias Grunberg fue rebautizado, lo mismo que otros inmigrantes que pasaron por Ellis Island. Grunberg se convirtió en Greenberg. Le quedaba bien. «El hábito no hace al judío, que se quita el apellido como quien se quitaría una prenda de vestir», ha dicho la socióloga Nicole Lapierre. En la tradición hebrea, solamente el nombre de pila cuenta como elemento de pertenencia a la comunidad; el patronímico es una creación posterior. En consecuencia, Elias mantuvo su nombre de pila bíblico y modificó su apellido.

Se mudó a Houston (Texas), prescindió de todo, durmió sobre papel de periódico y ahorró hasta el último céntimo para traer a su hermano Simeon. Los dos montaron un pequeño negocio, una planta de procesamiento de plumas y producción de plumones para edredones y almohadas. Los siguieron el resto de sus hermanos y hasta sus padres, Moise y Fanny, se marcharon de Rumanía. Todos los Grunberg se convirtieron en Greenberg. Y Elias, al fin, se naturalizó el 8 de agosto de 1906; lo declaró ciudadano estadounidense el 55.º Tribunal de Justicia del condado de Harris, de acuerdo con un glorioso documento que ha pasado de generación en generación. Por entonces acababa de casarse y había dado la bienvenida a dos hijos, Gertruda y Harry. ¡Basta de nombres judíos! Mi abuelo, Harry Greenberg, nació tejano. Un tejano de verdad. Y yo, ¿por qué no lo soy?

En el cementerio Beth Yeshurun de Houston yacen todas las tías, todos los tíos, todos los primos y antepasados de Harry. Solo faltan sus padres, mis bisabuelos. La razón es muy sencilla. Añoraban su tierra y optaron por volver a Rumanía. En 1908, emprendieron el viaje en sentido contrario, por no decir a contracorriente de la historia. Una decisión desastrosa, si bien edificante en retrospectiva. ¿Cómo pudieron volver a Europa a principios del siglo XX, justo cuando una masacre de judíos en Kishinev, muy cerca de Rumanía, acababa de horrorizar al mundo entero? Su hijo Harry, pequeño estadounidense de tres años, viviría dos guerras mundiales en Rumanía en vez de crecer en un continente a salvo de los campos de batalla. Pobre Harry Greenberg, con un nombre judío en el apogeo del fascismo rumano, en el apogeo del pogromo de Bucarest, en el apogeo de una dictadura militar aliada de los nazis. Pobre Harry Greenberg más tarde, con un nombre estadounidense en plena toma comunista del país, en plena

República Popular, en plena Guerra Fría. Harry Greenberg o cómo llevar, durante treinta años, el nombre equivocado en el lugar equivocado y en el momento equivocado.

COMO UNA NOVELA

Podrían, como tantos judíos, haber transformado la ortografía de Greenberg. Podrían haberlo traducido al rumano, haber jugado con las letras de su nombre, incluso haber intentado un anagrama completo. Podrían haber conservado al menos sus iniciales. Las iniciales son valiosas, indican quién eres. En lugar de esto, en un gesto radical e inesperado, Harry y Gabriela eliminaron Greenberg de sus documentos y se fabricaron un nombre del todo nuevo, un apellido que no venía de ningún sitio. Bueno, sí, venía de una novela.

Nada intimidaba a mi abuela, ni siquiera el hecho demiúrgico de autoengendrarse. No era cuestión de rebautizarse a medias, mucho menos de ocultarlo. No fue para disimular sus orígenes judíos por lo que cambiaron de apellido —al contrario, se habían mantenido firmes en este punto—, sino por sed de futuro y por convicción. Inventarían una nueva vida construyendo un nuevo mundo. Así, Greenberg se transformó en Deleanu.

¿Deleanu? El nombre de una heroína de una novela. ¡Típico de Gabriela! Olguta Deleanu, hija de una familia de grandes terratenientes. Su hacienda, la Medeleni, dio título a una saga en tres volúmenes, publicada en Rumanía en los años veinte con gran éxito de ventas. Olguta la amante, Olguta la atormentada… La joven, enamorada de un hombre mayor, quiere seguirlo hasta América, descubre que está enferma de cáncer y acaba suicidándose. Muy afligidos, los Deleanu deciden vender Medeleni porque la tierra les recuerda para siempre a esta hija perdida…

Jamás había sospechado que el nombre de mis abuelos, y por consiguiente el apellido de soltera de mi madre, pudiera venir de allí. En cuanto lo supe, me quedé muda. Hay algo sabroso en el hecho de que mi abuela eligiese un apellido de terratenientes en medio de un régimen que iba a colectivizarlo todo por la fuerza. Por otra parte, Gabriela quizá se vengaba de su infancia sin padre inspirándose en el personaje de una heredera. Pero ¿por qué este destino melodramático? ¿Qué mosca le picó? Mi hermana sonrió al oír la historia y me recordó que la misma Gabriela, ya anciana, aunque se preciaba de hablar cinco idiomas y de leer a los filósofos alemanes en su lengua original,

al mismo tiempo devoraba discretamente todas las novelas de Danielle Steel con el pretexto de… no perder su inglés.

Cuando uno elige su nombre, no solo piensa en sí mismo. Renombrarse es también pensar en cómo han de llamarte los demás y, por lo tanto, en qué trato te darán. Harry y Gabriela habían sufrido por sentirse judíos a los ojos de los demás. Eso no volvería a ocurrir. «Deleanu» fue un apellido elegido, al fin y al cabo, en armonía con el Partido. Hagamos *tabula rasa* del pasado. «Deleanu» decretaba una nueva historia, completamente inventada. Una historia en la que los judíos no serían los buenos ni los malos. Una historia en la que los judíos y sus apellidos cargados de odios ancestrales, teñidos por un genocidio muy reciente en Europa del Este, no desempeñarían ningún papel. En realidad, el asunto era muy sencillo: adiós apellido judío, adiós judío. Y viceversa.

Los comunistas prometían una sociedad igualitaria, sin distinción de raza, de clase o de religión, sin discriminación alguna. Camaradas, únicamente una suma de camaradas y camaradas. El triunfo de la «raza humana». Mis abuelos creían en esto con todas sus fuerzas. Unirse al Partido era la oportunidad para reinventarse una historia. Tanto que fueron a buscar su nuevo apellido en la ficción.

Hoy sé que esta ficción duró tan solo un puñado de años, antes de que le diera alcance la realidad. Ser judío en Rumanía. Al fin y al cabo, ¿qué otro país ha vendido a sus judíos a cambio de cerdos?

LOS COMUNISTAS

EL FABULOSO DESTINO

En 1945, poco antes de la nacionalización de los bienes, Harry y Gabriela se convirtieron en propietarios. Compraron una hermosa casa modernista con jardín en la que vivieron hasta que abandonaron Rumanía. La casa estaba situada en el número 47 de la calle Tepes Voda, en una zona tranquila y con huertos. Un barrio obrero del este de la capital, lo contrario de las mansiones suntuosas que tanto enorgullecían al oeste de Bucarest en los tiempos previos a la guerra.

El sector, llamado Popa Nan, escapó milagrosamente a las excavadoras de la república socialista, a sus ciudades dormitorio, a sus arterias megalómanas y a esos palacios desproporcionados con los que soñaba un dictador fuera de sus cabales. La casa de mis abuelos sigue en pie. En el legajo «Deleanu» de la Securitate, donde figuran mil rumores, pero también se consignan las escuchas telefónicas que precipitaron su caída, aparece el antiguo número de teléfono: 5-04-94. La policía secreta vigilaba a los rumanos hasta en lo más profundo de su intimidad, recopilando toda clase de información sobre sus actos. Tarde o temprano, podría serles útil.

El legajo de mi abuela muestra, en primer lugar, su irresistible ascenso. Casados desde hacía ya diez años, Harry y Gabriela Deleanu esperaron al final de la guerra para permitirse un hijo y, después, un segundo. Lena, mi tía, nació en 1945 y Marina, mi madre, en 1947. Gabriela quiso detenerse ahí. Tenía treinta y cinco años. Un mundo se estaba erigiendo y ella deseaba formar parte de él: era el momento de hacer carrera. Acababa de inaugurarse el primer centro de instrucción, educación, cultura y propaganda del Partido Comunista Rumano, se definía el programa de formación de cuadros y esto le interesaba a mi abuela. En 1948, Gabriela se matriculó en la escuela de verano del Partido, en Timis. E instaló a su madre, Roza, a su hija de tres años y a su bebé cerca del centro para verlos entre sesión y sesión. Así, pudo asistir a las clases nocturnas. No le faltaban méritos académicos en el viejo mundo, pero debía demostrar que estaba dispuesta a «reaprender».

Muchos profesores habían sido expulsados de la universidad y sus puestos se reservaban para los miembros más fervorosos del Partido.

Consciente de las oportunidades que pronto se le abrirían, Gabriela dejó la educación de sus hijas en manos de Roza y se dedicó a escalar posiciones. Una carrera ejemplar de militante inteligente y ambiciosa. En su expediente de la Securitate, un amasijo de rencores, envidias y ajustes de cuentas, Gabriela es descrita como «dinámica», «individualista», «testaruda», «arribista». En efecto, mi abuela escaló alto y veloz.

En 1947, Gabriela ingresó en la sección de música del Partido. Obtuvo una cátedra de Musicología en el Conservatorio Nacional. Su ascenso causó escalofríos hasta en el seno de la gran familia Sanielevici, a la que Gabriela, privada de un padre ilustre, quería impactar con su brillante éxito. El clan tenía la lengua afilada. Los primos llegaron a murmurar que tal vez Gabriela estuviera engañando a todo el mundo con diplomas falsos. Mi nombre proviene de Sonia, una pediatra de Bucarest, también miembro del Partido Comunista. Sonia era hija del tío Emil Sanielevici, reputado biólogo. Ella y mi abuela se apreciaban mucho, pero esto no impidió que Sonia, mucho después de la muerte de su prima, pusiera en duda los títulos de Gabriela en presencia de nosotras, sus nietas.

Los comunistas no se ganaron Rumanía con facilidad. Tuvieron que conquistarla. La historiadora Catherine Durandin describe su método como una mezcla de «persuasión-seducción» y «represión-terror». Mis abuelos probablemente oscilaron entre ambas. Tenían un genuino deseo de construir una nueva sociedad y de asegurarse un lugar en ella. Pero avanzaban con un sentimiento de angustia. Los comunistas no persiguieron a los antiguos fascistas por mucho tiempo. En cambio, acosaron a las viejas élites, que por un lado pagaron el precio de su extracción social y, por el otro, soportaron la pesadilla de ser asimiladas a las «clases dominantes». Harry, burgués, ingeniero, director de fábrica. Gabriela, intelectual de linaje prestigioso, música, profesora de francés. Sospechosos, inevitablemente sospechosos. La Revolución Roja tronaba, ¿no convenía que, cuanto antes, Harry y Gabriela demostrasen su valía? ¿No convenía que, a toda costa, se presentasen como «amigos del pueblo»?

Los comunistas confiscaron rápidamente las propiedades de los empresarios, intimidaron a sus oponentes políticos —hasta que se constituyó un partido obrero único, en 1948—, tomaron el control de la prensa y realizaron innumerables detenciones con el objeto de aturdir a la opinión pública. Los cargos eran diversos: «explotadores» se refería a cualquiera que hubiera empleado a otros; «burgueses cosmopolitas» englobaba a los masones, los judíos no comunistas, los sindicalistas, los intelectuales o los artistas que se mostraban independientes; «especuladores» apuntaba a los comerciantes y a las profesiones liberales en general; «lacayos de los explotadores»

permitía incriminar a policías, gendarmes, soldados, abogados, magistrados, pero también a profesores y, por qué no, al clero. Sin su carnet del Partido Comunista, mis abuelos habrían cumplimentado todos estos casilleros y se habrían sentido, otra vez, preocupados, censurados y perseguidos.

Por supuesto, mis abuelos nunca hablaron de esta inquietud. Como tampoco hablaban del miedo que sintieron durante la guerra. No me cabe duda de que estaban agradecidos a los soviéticos por haber puesto fin al fascismo. No me cabe duda de que deseaban de corazón un nuevo orden igualitario. Harry y Gabriela Deleanu eran comunistas sinceros, hasta idealistas. Es más, antes del final de la guerra habían comprado un libro de texto ruso para aprender el idioma, lo que les supuso un gran riesgo bajo el yugo fascista. No obstante, me pregunto si mis abuelos tuvieron realmente elección una vez finalizado el conflicto. Catherine Durandin detecta «una mezcla de convicciones y de sálvese-quien-pueda en estas afiliaciones al Partido que ocurrieron entre 1945 y 1948». De nuevo, la necesidad de salvarse.

A finales de la década de los cuarenta emergió una nueva clase dirigente, decidida a vengarse. Las instituciones se refundaron en 1952, completando la sovietización de la sociedad rumana y permitiendo así que la nueva élite se hiciera con las riendas del poder. El Partido fue colocando a sus miembros más leales en todos los puestos clave del Gobierno. En la posguerra inmediata, Harry siguió trabajando en la fábrica Gallia. Más tarde dirigió la Oficina de Patentes e Inventos y, por último, ocupó un importante escaño en el Consejo Municipal de Bucarest: lo nombraron responsable de todas las industrias de la capital y aledaños. También impartió clases en el Instituto de Ciencias Económicas y Políticas.

Por su parte, Gabriela creó la Orquesta Nacional de la Cinematografía Rumana. Fue directora administrativa de esta prestigiosa agrupación, encargada de producir música para películas y de dar conciertos en las principales salas de cines. El primer secretario del Partido, Gheorghe Gheorghiu-Dej, había situado al séptimo arte en el corazón del aparato de propaganda. Se construyeron unos enormes estudios cinematográficos, los más grandes de Europa del Este, a unos veinte kilómetros de Bucarest: en Buftea. Gabriela Deleanu ocupaba un puesto especial. Se le permitía viajar, un raro privilegio ya que las fronteras estaban cerradas. Mi abuela viajó en misión a Viena (¡al otro lado del telón de acero, a Occidente!) y acompañó a Checoslovaquia, en dos ocasiones, a ciertas delegaciones artísticas y culturales enviadas por el régimen.

También obtuvo un permiso para visitar anualmente Karlovy Vary, hermosa ciudad balneario checoslovaca que había sido un punto de encuentro muy popular en la Mitteleuropa de fines del siglo XIX y

que, después de la Segunda Guerra Mundial, frecuentaban altos cargos del Partido y algunos artistas de moda. Desde los años treinta se celebraba allí un popular festival de cine. Gabriela, que sufría de artritis, se curó en Karlovy Vary con unos baños radiactivos. Las minas de uranio de Jáchymov estaban a pocos kilómetros. Los pacientes se sumergían en un agua cargada de radón y lo hacían con una cajita negra que sujetaban a la nuca mediante unas bridas de cuero. Mi abuela afirmaba que no podía prescindir de este tratamiento milagroso.

En cuanto a las pequeñas Deleanu, Lena y Marina, resultaron ser unas estudiantes muy aplicadas. En la escuela seguían al pie de la letra el plan de estudios para camaradas en ciernes y llevaban con orgullo el pañuelo de los «pioneros», un movimiento comunista inspirado en el escultismo. Muy a conciencia, se preparaban para ingresar algún día en las Juventudes del Partido. Pero, a la postre, solamente Lena tendría tiempo de alistarse, antes de que la familia abandonara el país. Desde la escuela primaria, mi madre y su hermana habían sentido, por las miradas de los profesores y los demás padres, que ellas dos gozaban de una condición especial y, por supuesto, envidiada: la de los niños cuyos padres eran miembros del Partido. Más aún, miembros influyentes del Partido.

EL OLVIDO

¿Quién se habría atrevido a frenar la máquina? ¿Quién habría tenido el coraje de nadar contra la corriente en este mar lleno de oportunidades que aprovechar, pero también de amenazas que esquivar? ¿Quién habría querido destacarse entre la multitud? ¿A quién se le habría ocurrido defender su identidad judía y exigir justicia? No fue el caso de Harry y Gabriela. La nación estaba enterrando su pasado antisemita, los judíos estaban enterrando su sufrimiento. Lo uno no ocurría sin lo otro. El nuevo mundo podía contar con ellos. Los comunistas podían contar con ellos. Ellos eran «los comunistas».

A partir de este momento, los recuerdos de mis abuelos siguieron siendo sus recuerdos, salvo que ellos empezaron a narrarlos como si hubiesen sido vividos por unos extraños. En su opinión, lo que les había sucedido no tenía vínculo alguno con la identidad judía. El psicoanálisis probablemente habría descrito a Harry y Gabriela como «disociados», como personas que activan sus defensas contra lo peor que puede sacar a relucir la memoria: un miedo extraordinariamente intenso. Mis abuelos, incluso cuando evocaban la furia asesina de un pogromo, no perdían nunca su media sonrisa.

Es cierto que el proyecto comunista aliviaba esta disociación. Es cierto que su memoria había sido engullida por el olvido progresivo y colectivo de la aniquilación de los judíos rumanos. Pero a veces me pregunto si Harry y Gabriela no se encontraban en un callejón sin salida. Si esta imposibilidad de ubicarse en un drama que los sobrepasaba no era propia de aquellos a los que finalmente «no les pasó nada».

Antes que ellos, sus ancestros habían sufrido pogromos y leyes antisemitas. Para mis abuelos, entonces, la guerra supuestamente se había reducido a esto. Nada que no hubiera ocurrido ya en Rumanía. Ningún acontecimiento singularmente radical y sin equivalente en el pasado. Bueno, sí: su deportación programada al campo de exterminio de Belzec. Pero, al final, la deportación no se había producido. «No ha lugar», si usamos la jerga judicial. Y es en esta «no-deportación», en este «no-lugar», donde a mi entender reside algo terriblemente pesado

y complejo. Algo no formulado explícitamente: que los judíos de Bucarest ignoraban su destino futuro, que solamente sentían cómo acechaba la muerte. Algo, por otra parte, que esconde cierta culpa: los judíos de Bucarest no fueron diezmados como los demás judíos de Rumanía o, más ampliamente, como los judíos de Europa. ¿Podían Harry y Gabriela llamarse a sí mismos «supervivientes»? ¿Podían transmitir algo que no les había ocurrido a ellos? ¿Cómo describir esta amenaza que los roía, los habitaba, los perseguía, pero nunca se concretó en su caso? Durante la guerra, Mihail Sebastian evoca «una especie de opresión cardíaca que produce un sofoco continuo». Algo que no se llama muerte, sino miedo a morir.

Para nosotros, los nietos de Harry y Gabriela, se plantea el interrogante de la herencia. Nosotros, a quienes el historiador Ivan Jablonka llama los «hijos de la Shoah» de la segunda y la tercera generación. La primera generación incluye a los niños que sobrevivieron a las masacres. La segunda, a sus hijos. La tercera generación (o «generación 2,5», como también dice Jablonka) incluye a los hijos de sus hijos. Estos últimos «han heredado, *nolens volens*, una historia que se ha convertido en la suya propia», explica el historiador, con la salvedad de que los nietos constituyen una generación de «herederos no traumatizados», que solamente han recogido recuerdos indirectos y, por lo tanto, tienen la libertad de recrear la historia de sus abuelos como mejor les parezca. ¿Recrear qué, exactamente qué, en mi caso? El gran vacío de la zona blanca. Algo que habría amenazado a los judíos que no se sentían judíos. Algo que finalmente no les ocurrió a unas personas que finalmente no sintieron nada. Todo ello en un país que finalmente lo olvidó todo.

LOS BURGUESES

El olvido fue benéfico. Permitió la conquista comunista. Permitió después una Rumanía nueva, relativamente estable, pacífica y unida. Unida hasta que el país intercambió a algunos de sus ciudadanos —a algunos de sus judíos, qué casualidad— por ganado y los vendió como si fueran una vulgar mercancía. Pero esto ocurrió más tarde. Mientras tanto, Harry y Gabriela tuvieron una década agradable. Se lo merecían. La posguerra había sido febril, marcada por sospechas y dictámenes. Había que apresurarse, mostrar las credenciales y trabajar mucho para afianzarse. Ganarse un lugar bajo el sol comunista. Desde los primeros años, el propio Partido había conocido purgas y luchas internas.

Todo esto había quedado atrás. Harry y Gabriela habían optado por el bando correcto. Estaban bien instalados y pensaban disfrutarlo. No en términos económicos: mis abuelos jamás trataron de usar sus cargos para llenarse los bolsillos. Eran modelos de rectitud, con una integridad que a veces rozaba la rigidez, impermeables a todas las formas de corrupción que aquejaban al régimen. No obstante, sin buscar enriquecerse, consiguieron ofrecerles a sus hijas una infancia y una adolescencia confortables. Un bienestar intelectual y material que hoy yo calificaría de «burgués». Estoy buscando, pero no encuentro otro adjetivo. ¡Burgueses en el seno de la República Popular! Pues sí, los había.

Mis abuelos pasaban las vacaciones de invierno en la montaña y las de verano a orillas del mar. En estos lugares de vacaciones, el régimen había nacionalizado varios edificios: antiguos hoteles y mansiones de rumanos ricos que habían sido expropiados. Los edificios se habían convertido en «casas de reposo». Determinadas empresas e instituciones se repartían la gestión de estos lugares y allí enviaban a sus mejores empleados. Había casas para obreros, para intelectuales, para artistas al servicio del régimen, para ejecutivos, para miembros importantes del Partido…

Mi madre recuerda haber esquiado en Sinaia, una estación donde el antiguo rey había mandado construir varios palacios. La familia Deleanu ocupaba allá, en medio del bosque, un bonito chalet. En

verano, iban a Vasile Roaita, una estación balnearia donde todas las residencias pertenecían ahora al Estado. Los pasillos de los viejos hoteles habían sido equipados con altavoces que difundían sin parar la propaganda del Partido. Esto enfurecía a mis abuelos, que no se dejaban adoctrinar tan fácilmente, ¡y que tampoco pensaban privarse de sus siestas veraniegas! Harry sabía desconectar discretamente aquellos altavoces tan molestos. Se había convertido en su especialidad. Sacaba a hurtadillas una silla de la habitación, colocaba a cada una de sus hijas a un extremo y al otro del pasillo y, con la ayuda de una navaja, silenciaba rápidamente la cháchara pregrabada. Era una operación muy peligrosa, ya que podía interpretarse como sabotaje político.

El mes de agosto transcurría entre baños de lodo por la mañana y juegos en la playa por la tarde, bajo un sol abrasador. Los álbumes familiares están llenos de sombrillas, lonas, toallas, palas y cubos. Las fotos amarillentas podrían hacer pensar en unas vacaciones normales, pero la zona fuera de cuadro narra una historia diferente. En cuanto la luz empezaba a menguar, dos jinetes cabalgaban ceremoniosamente por la orilla, arrastrando tras ellos una especie de rastrillo enorme, muy ancho, que con sus dientes arañaba la arena. Los surcos servían para que los veraneantes no olvidasen que el mar era una frontera. Ay de quien plantara un pie y dejara su huella en la zona demarcada al atardecer. Ay de quien se atreviera a acercarse al agua. Los guardacostas temían una fuga en balsa. Rumanía, una prisión al aire libre.

Más allá de las vacaciones, Harry y Gabriela reproducían los modales de las buenas familias de antes de la guerra. Pese a la prohibición del régimen, conservaban sus lenguas extranjeras. Aunque eran comunistas convencidos, el ruso no era su prioridad. Habían adquirido rudimentos de esta lengua cuya enseñanza era obligatoria en la escuela. Pero a mis abuelos les encantaba el alemán, que les habían inculcado de niños. Harry también cultivaba su amado italiano, que había adquirido durante sus años de estudiante. En cuanto a Gabriela, quería aprender inglés y transmitir a sus hijas su pasión por el francés. Para esto último, los Deleanu recibían la visita de una *mademoiselle*, señal de que el suyo era un hogar respetable.

Desde los seis años, Lena y Marina tuvieron como profesora de francés a la Madre Hélène. Esta monja pertenecía a la congregación de las Hermanas de Sión. Su orden había abandonado precipitadamente la capital rumana durante la guerra. Ella se había quedado sola y sin recursos en la ciudad. Las lecciones de francés eran su único medio de subsistencia. Si tenía éxito con ellas era porque, además de su paciencia inagotable, la Madre Hélène escondía en Bucarest un tesoro muy codiciado: una muy completa colección de manuales de francés.

Anticuados, por supuesto, pero imposibles de encontrar. Mi tía y mi madre aprendieron el idioma mediante las aventuras de Roger y Colette, que jugaban con barquitos en el estanque de los jardines de Luxemburgo, en París. Esto les resultó muy útil cuando llegaron a Francia. Mientras tanto, en los institutos rumanos fue permitiéndose el francés, aunque al principio limitado estrictamente a una hora de clase por semana.

No se trataba de opulencia, menos aún de libertad. La familia Deleanu no escapaba a las diversas, frecuentes y muchas veces absurdas carestías que complicaban la vida en Bucarest. Además, el Partido mantenía a la población bajo presión. Cualquier cosa te colocaba en la línea de fuego y te ponía en peligro. Gabriela conservaba su gusto por lo elegante, que había adquirido antes de la guerra, así como sus habilidades de costurera, adquiridas durante la guerra. Un día se le ocurrió remendar un viejo esmoquin que había pertenecido al marido de una amiga y hacerle una chaqueta a Lena. Forró el interior con guata y la cubrió con un tejido de punto amarillo brillante, proveniente de un jersey de playa de mi abuelo. El resultado quedó muy bien. Demasiado bien, de hecho. Desde luego, Lena iba a la escuela con uniforme, pero por la ciudad llevaba esta chaqueta. El director convocó a mi abuela y le pidió que demostrara que no era una prenda traída de contrabando del Oeste. Podrían haberla detenido por algo así. Nadie escapaba a las obsesiones del régimen, ni siquiera los miembros de la élite.

Cuando hablo de burguesía, hablo de valores. El comunismo no había cambiado en nada a Harry y a Gabriela. Aún les gustaba lo que les había gustado antes. Les gustaba la literatura y la buena música, les gustaba cenar rodeados de amigos, les gustaban los paseos por la montaña, les gustaba nadar en el Mar Negro, les gustaba aprender, les gustaba comprender, les gustaba lo bello, les gustaba lo elegante, les gustaba lo inteligente. Nada de lo que el Partido había condenado les causaba repulsión. Nada de lo que el Partido había demonizado les daba miedo. Estaban seguros de sus gustos, de su educación y su cultura. La propaganda, la censura y el arte oficial no habían alterado sus opiniones. No hacían más que acatar las prohibiciones y el nuevo orden. Harry y Gabriela deseaban una sociedad nueva, creían en la reinvención política. Sin embargo, su afiliación al Partido no equivalía a una ruptura. Ellos seguían siendo los mismos.

No estaban solos en este sentido. Catherine Durandin, en su *Historia de los rumanos*, describe a una clase dirigente que se aferraba a «mitos de identidad y saboreaba apaciblemente las contradicciones más explosivas». En su gran salto hacia delante, la sociedad rumana estaba volcada por completo hacia el futuro y la modernidad, mientras que las clases más cultas y educadas vivían con los ojos clavados en el

pasado. Esto era especialmente cierto en el caso de mis abuelos, que habían conocido su edad de oro en el periodo de entreguerras. Parece una auténtica locura, pero Harry y Gabriela, comunistas de primera hora, tenían como punto de referencia los años treinta, un periodo de monarquía, capitalismo, grandes desigualdades sociales y un fascismo ferozmente antisemita. Entonces habían sido felices.

LA AMIGA

La mejor amiga de mi abuela vivía encerrada en sus recuerdos. Se estaba consumiendo. Aunque estaban vagamente emparentadas, Gabriela no había conocido a Lucia Filderman antes de la guerra. Esta mujer, acartonada y arrugada antes de tiempo, era la viuda de un industrial acaudalado. Y envejecía sola desde la muerte de su marido. Los comunistas se lo habían confiscado todo. En un piso de dos ambientes, en una planta baja con una única ventana, Lucia Filderman había amontonado los restos de una existencia que ahora estaba prohibida: un par de guantes bordados, un pequeño sombrero con velo, una vitrina de caoba con incrustaciones, una vajilla en porcelana cocida, miniaturas del siglo XVIII envueltas en marfil… De niña, a mi madre le encantaba sobre todo entrar en aquel antro oscuro y abarrotado. Estos objetos dibujaban una Rumanía que ni ella misma se atrevía a imaginar.

¿Quién, en los años cincuenta, era capaz de concebir la juventud de Lucia Filderman? Nacida con el siglo, había crecido a la sombra de la corte. Su padre, el doctor Krainic, había sido el dentista oficial del rey Carlos I de Rumanía. Había viajado de un palacio a otro con la compañía real. Carlos I era un príncipe venido de Alemania. De su país había importado el rigor, pero también la pompa y el fasto monárquicos. Los más lejanos recuerdos de Lucia provenían todos de aquel ambiente. El coche de caballos del soberano atravesando Bucarest los días de fiesta, las ropas blancas de los campesinos apiñados en las calles, las capas de los caballeros bordadas con una gran cruz, las sotanas bordadas de los sacerdotes ortodoxos, los fracs y los sombreros de copa de los más altos dignatarios de la ciudad… Un mundo fastuoso abolido, denostado y finalmente aniquilado por los comunistas. A veces me pregunto cómo un mismo individuo puede soportar tanta distancia entre el presente y el pasado, entre lo que ve y lo que ha visto, entre dos realidades que jamás volverán a coincidir. Es como para dudar de todo. Es como para volverse loco.

Sobre todo porque Lucia tuvo una boda pomposa que le abrió las puertas a una burguesía judía extremadamente rica. No tuvo hijos y sus álbumes de fotos acabaron en el sótano de mi tío, amarillentos y

olvidados. Nadie ha hojeado esas páginas durante años, nadie es capaz de ponerle hoy epígrafes a esas fotos. Aunque ignoro quién es quién en las fotografías, descubro espléndidas mansiones con salones descomunales, vehículos de tracción delantera exhibidos con orgullo, bodas lujosas, arreglos florales impresionantes, vestidos de raso y soberbias telas bordadas. En los años veinte y luego en los treinta, esta elegante comunidad judía cultivaba el amor por los idiomas. Se hablaba un francés exquisito. París carecía de secretos para ellos.

La guerra, y más tarde los comunistas, acabaron con esta despreocupación. Lucia Filderman enviudó y se quedó sin dinero. Entonces se hizo tan amiga de mi abuela que solía pasar muchas tardes con la familia Deleanu, es decir, con mis abuelos, y a menudo hasta los acompañaba en vacaciones. Una extraña amistad. Aquella gran burguesa no solamente se había vuelto una mujer avinagrada, sino que era intocable a los ojos del Partido, cuyos favores mi abuela había hecho todo lo posible por ganarse. Para colmo, Lucia Filderman nunca había sido una intelectual, mientras que Gabriela se jactaba de frecuentar únicamente a la minoría más culta. ¿Le fascinaba a mi abuela el pasado de su amiga? No provenía del mismo mundo que Lucia, pero compartía su esnobismo.

LOS CAMARADAS

A medida que recompongo cada una de las piezas de este rompecabezas, me pregunto qué clase de comunistas fueron Harry y Gabriela.

Yo los veía en los años ochenta, caídos en desgracia, instalados en un edificio moderno, bien cuidado pero bastante lúgubre, al borde de los bulevares exteriores de París. Dos ancianos aún vivaces que se aferraban a sus costumbres de antaño. Llevaban sombreros de fieltro y grandes abrigos de loden. Nunca salían con la cabeza descubierta. Mi abuela siempre añadía un broche y un collar a su vestimenta: baratijas, «pero así y todo…». Los sábados por la mañana, mi abuelo —rito casi religioso— compraba su *Figaro Magazine*. No se perdía ni un artículo editorial de Louis Pauwels, representante de la franja más dura del periódico. Cada semana, la virulencia derechista de sus notas aguijoneaba a los caciques del RPR, el poderoso partido gaullista al que Harry y Gabriela concedían ahora sus votos. Recién llegados a París, mis abuelos se habían alojado a dos pasos de la rotonda de los Campos Elíseos, sede histórica de *Le Figaro*. Habían paladeado el lujo de poder leer libremente un diario conservador. Sentían una proximidad geográfica e ideológica con este periódico.

Mis abuelos no fueron los únicos refugiados del Este, mucho menos los únicos excomunistas, que cultivaron un feroz antibolchevismo. ¿Acaso no habían sido menospreciados por el sistema que ellos mismos habían erigido? ¿No habríamos terminado todos, como ellos, sintiendo una suma de amargura y repulsión? François Mitterrand —la gran figura socialista de mi infancia— despertaba en mis abuelos una franca aversión, al igual que todo lo que se reivindicaba como «de izquierdas». Gabriela ponía los ojos en blanco y se mantenía alejada de la política. Harry, en cambio, se pasó al otro extremo. Veía con asiduidad el *Bébête Show* en la televisión, le encantaban Jean Amadou y Jean Roucas. Asumía en voz alta su racismo, su rechazo a los negros y a los árabes. Todavía le sorprendía algo que sus padres le habían contado acerca de su niñez: cuando era un bebé en Texas, solía llorar casi hasta ahogarse. Solo una «negra enorme» que trabajaba en la casa era capaz de calmarlo y dormirlo. Harry se partía de risa con esta

historia.

Si miro atrás, no veo ni un ápice de lucha de clases en mis abuelos: ni el vocabulario ni el ímpetu. Me divierte imaginarlos en su rol de militantes revolucionarios. Como buena heredera de una aristocracia intelectual, no creo que hubiera cosa que mi abuela despreciara tanto como la mediocridad. ¿Despreciaba ante todo al pueblo? No. Ella creía en una posible educación de las masas, en un acercamiento de las bases al arte y a la cultura. En cambio, los vulgares *apparatchiks* y los codiciosos arribistas del Partido le repugnaban sobremanera. La mediocridad que mi abuela aborrecía había llegado al poder. Según ella, esto era la *nomenklatura*. Y no encontraba palabras suficientemente rotundas para describir la rabia que le causaban semejantes mediocridades. Obedecerles le resultaba insoportable. Gabriela Deleanu había asistido impotente a cómo una pandilla de rufianes e ignorantes saqueaba los ideales comunistas. Estaba furiosa con ellos.

Sé que lloró al enterarse de la muerte de Stalin. Ella misma me lo contó: yo tenía alrededor de ocho años y no me atreví a preguntar quién era aquel hombre. El mes de marzo de 1953 quedaría intacto en su memoria: el «padrecito de los pueblos» dejaba huérfanos a los comunistas. Tanto sollozó mi abuela que se desmayó en la acera. A sus ojos, Stalin continuaba siendo el liberador del yugo nazi, un baluarte inquebrantable contra la extrema derecha nacionalista y antisemita que tanto había hecho sufrir a los judíos rumanos. La desaparición de Stalin significaba el retorno del miedo. Para numerosos judíos que se habían involucrado en la vida política rumana, poco importaba la fe en el dogma comunista que algunos de ellos, por cierto, no sentían o sentían muy superficialmente. Puesto que una luz había llegado del Este en plena dictadura fascista, la salvación vendría de la Unión Soviética. El Partido prometía igualdad de derechos para todos, el fin del odio entre los pueblos.

Mis abuelos, insólitos comunistas muy agradecidos a los rusos, muy deseosos de un mundo nuevo y, al mismo tiempo, muy llenos de superioridad social y de nostalgia por un pasado no socialista, pagaron muy caras sus contradicciones. No hablo de su posterior exclusión del Partido, pero sí de una vida condenada a la soledad. Sonia, prima de Gabriela, los visitó en París y describió de este modo la situación de mi abuela: «Los exiliados rumanos con más dinero no la recibían porque había sido comunista. Los intelectuales franceses tampoco la recibían. Todos eran izquierdistas en los años sesenta y setenta: los comunistas que habían escapado eran considerados traidores o fascistas disfrazados. Gabriela no tenía afinidad con ninguna diáspora judía. Como inmigrante sin trabajo, le resultaba difícil integrarse a la burguesía de París. Gabriela no encajaba en ninguna parte». Había una

cuota de veneno en las palabras de esta prima que se había quedado en Bucarest. Pero también había una cuota de verdad.

¿Cómo habría podido Gabriela imaginarse algo así, ella que en pleno esplendor de su carrera vivía arropada, cortejada y admirada por toda Bucarest? Los años cincuenta habían sido una década exitosa. El fervor estalinista se diluía en el seno de la élite rumana. Muchos presos políticos fueron liberados, los intelectuales recuperaron paulatinamente los puestos confiscados y reanudaron sus carreras interrumpidas, mientras que las publicaciones universitarias se multiplicaron entre 1955 y 1966.

¿Paz y progreso para todos? Excepto para unos pocos. ¿Quiénes? No lo sabíamos, no lo decíamos, no los nombrábamos. La palabra que los designaba había desaparecido. Ellos se habían fundido con la raza humana. Habían ahuyentado el pasado que los diferenciaba, los sufrimientos padecidos en nombre de su diferencia. No podían hacerlo mejor, no podían hacer nada más.

LOS COSMOPOLITAS

Al término de la guerra, un hombre fue a contracorriente del gran olvido. Tenía cosas que decir y que mostrar. Se llamaba Matatias Carp, joven abogado de Bucarest y pianista virtuoso. Por ser judío lo habían excluido del colegio de abogados en cuanto se promulgaron las leyes antisemitas. En enero de 1941, durante el pogromo de Bucarest, Carp fue detenido, al igual que mi abuelo Harry, que iba en el convoy hacia el matadero. En su caso, Matatias Carp fue acorralado en su domicilio, retenido, golpeado y torturado tres días sin parar en el sótano de una comisaría, tras lo cual fue objeto de un simulacro de ejecución.

Por suerte, a la Guardia de Hierro no se le ocurrió registrar su casa, donde él almacenaba ya un gran número de testimonios y expedientes sobre las exacciones del régimen «nacional-legionario». Durante toda la guerra, poniendo en peligro su vida, Carp prosiguió frenéticamente esta empresa casi demencial: probar la persecución de los judíos en Rumanía. Escribía sobre todo por la noche y su mujer mecanografiaba al día siguiente. Logró reunir informaciones de cada uno de los rincones del país, envió emisarios, sobornó a soldados de la Wehrmacht para obtener fotografías. Culminó su obra, escrita «con sangre, sudor y lágrimas», añadiendo cientos de documentos: órdenes, actas, sumarios, informes de los escuadrones del ejército… Llegó a obtener una llave del Ministerio del Interior sobornando al vigilante de seguridad. En 1946, Matatias Carp consiguió al fin publicar *Cartea Neagra*, tres volúmenes editados por cuenta propia. Un monumento. Mil páginas de horror e ignominia que recalcan hasta qué punto «el fascismo rumano se distinguía por ciertas técnicas originales: personas asesinadas a golpes o asfixiadas en vagones sellados con plomo; personas vendidas por los soldados al mejor postor y asesinadas luego por campesinos que se quedaban con sus ropas; personas literalmente despedazadas, cuya sangre se utilizaba para engrasar las ruedas de los carros, etc.». Todo está allí: el profundo y antiguo antisemitismo en Rumanía; el pogromo de Bucarest minuto a minuto; la implicación del Estado en la masacre de Iași, así como en los asesinatos masivos de Besarabia, Bucovina y Transnistria, cada uno más inaceptable que el anterior.

El Partido Comunista montó en cólera. *Cartea Neagra* no tardó en circular bajo cuerda y acabó cayendo en un agujero negro. No fue hasta la caída del Muro cuando el libro volvió a aparecer en una edición mediocre y sin comentarios. En 2009, por fin, la historiadora Alexandra Laignel-Lavastine lo tradujo al francés con el subtítulo *Le Livre noir de la destruction des Juifs de Roumanie, 1940-1944* («El libro negro sobre la destrucción de los judíos de Rumanía, 1940-1944»), añadiéndole trescientas páginas con notas y con mapas. La Shoah rumana al desnudo.

Matatias Carp fue acusado de «nacionalismo burgués» y luego de «cosmopolitismo». La expresión «cosmopolitas desarraigados» fue acuñada por el mismísimo Stalin. Aludía a los intelectuales judíos «apátridas», judíos «errantes» sin ataduras y, por lo tanto, perpetuamente sospechosos de «antipatriotismo» o de «traición a la patria». El Estado de Israel había nacido en 1948. En vez de alinearse con Moscú, se volcó hacia Estados Unidos. La respuesta de la Unión Soviética fue contundente. Iósif Stalin dio rienda suelta a sus obsesiones antisemitas. Pero los comunistas querían diferenciarse de los fascistas. Una vez más, «lo que no se nombra no existe». En el bloque del Este no había «judíos» ni «problema judío». El problema pasó a ser el «cosmopolitismo». Nuevo mundo, nueva lengua, nueva infamia. Sin admitirlo, mis abuelos llevaban las marcas de todo aquello.

Las grandes maniobras del Partido se desarrollaban ante sus propios ojos, incluso al final de la guerra. Se diría que Harry y Gabriela no querían ver nada. Tras la Liberación, Molotov, mano derecha de Stalin, se decantaba por una mujer como líder de las secciones locales rumanas. Una moldava, Ana Pauker. Una militante ejemplar, con un fanatismo de acero, que no se desvió ni un milímetro cuando su esposo, el comunista francés Marcel Pauker, fue detenido y torturado en la URSS antes de la guerra. Sin embargo, Stalin rechazó la candidatura de Ana Pauker. Quería a un rumano «de verdad» en el puesto de primer secretario. Nombró a Gheorghe Gheorghiu-Dej, que gobernaría sin fisuras.

Ana Pauker no era una rumana «de verdad». Por las mismas razones que Gabriela Deleanu, mi abuela, por muy ferviente que fuera en el seno del Partido, con certeza tampoco era considerada una «rumana de verdad» y no lo sería jamás. Ana Pauker se llamaba, antes de casarse, Hannah Rabinsohn. Era judía: solo fue la número dos. Pronto, el Partido la culpó de los fracasos de la reforma agraria y se la sacó de encima, con gran brutalidad, en 1952. El año anterior, Stalin había recibido al primer secretario rumano y le había expresado su asombro por el hecho de que en todas las repúblicas populares del Este se hubiera descubierto y detenido a «agentes del sionismo

internacional», salvo en Rumanía. «Muy descontento, Stalin le preguntó si acaso no habría relajado su vigilancia revolucionaria y se habría dejado llevar por los sentimientos», relata la historiadora Catherine Durandin. Había que doblegar a los judíos, no ser acusados de debilidad. El hermano de Ana Pauker resultó ser un sionista activo y convencido. Por el contrario, ella no tenía interés alguno en la Tierra Santa. Se mostraba categóricamente laica. Sostenía que las masas rumanas, orgullosas y unidas, debían construir su propia patria en su propio territorio. Mi abuela compartía este credo. La *aliyá* a Israel le parecía, en el mejor de los casos, una tontería y, en el peor, un insulto. Ana Pauker fue detenida. ¿La acusación? «Cosmopolitismo.»

El Partido Comunista tenía sus enemigos internos, los judíos. En Rumanía se inició una campaña de depuración para «liberar al Partido de elementos extranjeros hostiles al proletariado y al pueblo rumano». La destitución de Pauker fue un hecho sensacional. Harry y Gabriela debieron darse cuenta de su importancia. Ese mismo año, Matatias Carp, autor del magistral *Cartea Neagra*, condenado al ostracismo por el régimen, abandonó el país con su mujer y sus dos hijos: dos huérfanos de Transnistria adoptados tras la guerra. Salieron en barco y atracaron en el puerto de Haifa, en Israel. Fumador empedernido, Matatias Carp murió de cáncer de pulmón pocos meses después de su llegada, con cuarenta y nueve años. Agotado de tanto luchar.

LA TRAMPA

Lucia Filderman, la gran amiga de los Deleanu, había pensado en mudarse a Israel, sobre todo porque en la posguerra inmediata, antes de que se rompieran las relaciones diplomáticas con el Estado judío, aquello parecía bastante fácil. Pero el marido de Lucia se estaba muriendo de cáncer de pulmón, y ella le sostuvo la mano hasta el final. Acto seguido, devastada por el dolor, sola y en la misera, tuvo que trabajar por primera vez en su vida. Al principio la contrataron en un taller de encuadernación, después la ayudó mi abuelo. En aquellos tiempos Harry era el jefe de la Oficina de Patentes Técnicas de Bucarest. Lucia obtuvo allí un modesto empleo, pero ¿de qué le servía todo esto en un entorno tan hostil? Era pobre, con un pasado vergonzoso.

Algo había cambiado en Bucarest. En 1957 se reanudaron las purgas y los juicios a intelectuales. El investigador Matei Cazacu pinta el cuadro de «una discreta "rumanización" de los cuadros del Partido y del Gobierno». Funcionarios judíos del Ministerio de Comercio Exterior fueron detenidos y condenados a penas importantes por malversaciones económicas. Se asistía al cierre arbitrario de consultorios médicos, de tiendas y de talleres. Aquellos a los que no se nombraba existían, así y todo. Los judíos vivían amenazados.

Los judíos, no mis abuelos, que ya no se daban por aludidos. Harry y Gabriela Deleanu parecían entonces serenos, incluso rozagantes, muy contentos con su buena suerte, como en la década de los treinta. Me encuentro con este pasaje en el diario de Mihail Sebastian: «En el fondo, los judíos somos de un optimismo infantil, absurdo y algunas veces inconsciente. (Es quizá lo único que nos ayuda a vivir.) En plena catástrofe, todavía esperamos. "Todo saldrá bien", decimos siempre en broma, pero lo cierto es que sí creemos que "todo saldrá bien"».

En 1958, Lucia Filderman comprendió que la emigración a Israel volvería a ser posible. Aunque su querida amiga Gabriela le repetía que «todo saldrá bien», ella no se hacía ilusiones. Y se precipitó a la primera oportunidad. Las tropas militares rusas se habían retirado de suelo rumano. La política exterior del país estaba subordinada a Moscú. Oficialmente, el régimen fomentaba la «reunificación

familiar». Extraoficialmente, permitía abandonar el país. En sus memorias, el gran rabino Rosen describe la fiebre que se apoderó de la capital: «Cuando los judíos supieron, en Yom Kippur de 1958, que podían registrarse para emigrar a Israel, el efecto fue eléctrico. Empezaron a hacer cola en las comisarías para obtener permisos de salida. Estas escenas dramáticas se repitieron por todo el país. A diario, miles de judíos se reunían en Bucarest a las puertas de la comisaría central. La cola se extendía por kilómetros».

Sin perder un instante, Lucia Filderman tentó a la suerte y, para su gran sorpresa, obtuvo una respuesta favorable. Al parecer, le acordaban el derecho de empezar de nuevo. ¿Cuánto tardó en vislumbrar la trampa en la que había caído? ¿Cuánto tardó en percibir cómo se cerraban las fauces del lobo?

Hordas de ciudadanos se abalanzaban para escapar del paraíso comunista rumano. La imagen fue desastrosa para el país. El historiador Radu Ioanid concluye, de forma lapidaria: «Para el régimen, fue como una bofetada en la cara». En cuanto a las multitudes de judíos decididas a emigrar, no tardaron en alimentar la paranoia antisemita del Partido y también la de los países árabes, pues veían cómo Israel aumentaba peligrosamente su población. Rumanía volvió a cerrar sus fronteras. Miles de permisos de salida inicialmente concedidos fueron después anulados. En febrero de 1959, *Scîntea*, que quiere decir «chispa» (el órgano de prensa del Partido Comunista Rumano), dedicó su portada a la «amenaza sionista». Los estudiantes judíos fueron expulsados de las universidades. Los que querían irse del país se convirtieron en personas marginadas, a las que no convenía frecuentar. A modo de represalia, Lucia perdió su trabajo. Su nombre, escrito en las listas de la embajada israelí, la condenó al oprobio y a la miseria. Para sobrevivir solamente tenía la comida que le enviaba su familia desde Francia. Vendía en el mercado negro cuanto lograba burlar el control de los aduaneros: pintalabios, jabones, medias de nailon, horquillas para el pelo…

No resistió mucho tiempo. Severa, condescendiente, ambiciosa, irritaba a sus clientes ocasionales. Uno de ellos la denunció. Pasó diez meses en la cárcel, yendo de penitenciaría en penitenciaría, a cuál más sucia y hacinada. Durante su detención, mi abuela vació su modesta casa de Bucarest. Los muebles y los cachivaches de Lucia pasaron a abarrotar el hogar de los Deleanu. Las niñas aborrecían estos objetos intrusos, que ocupaban su espacio vital y ponían en peligro a toda la familia. Cada una de las muchas baratijas de Lucia convertía a su propietaria en culpable de un delito de opinión especialmente vergonzoso: la nostalgia por una Rumanía volcada hacia Europa, por una Rumanía «cosmopolita».

Llegaría el día en que a mi abuela, presa de sus orígenes judíos,

también la acusarían de «cosmopolitismo». Entonces, varios de los tesoros de Lucia se volverían extremadamente comprometedores. Mi abuela y mi madre tendrían que destruir la colección de estampas impresas en vidrio, las suntuosas imágenes de viajes que hacía falta introducir en unos artefactos ópticos llamados estereoscopios. Lucia Filderman había viajado a tierras lejanas con su difunto marido; había visitado grandes capitales y navegado por el Nilo en un barco de vapor. Era imposible que los Deleanu conservaran estas imágenes tan coloridas sin levantar la sospecha de que habían mantenido tratos con personas extranjeras. La Securitate querría saber cuándo, dónde, cómo y con quién: horas de interrogatorios suplementarios.

Así que, al caer la tarde, Gabriela y Marina salieron al jardín y aplastaron los hermosos autocromos con una pala, bien fuerte, hasta que no quedó nada del célebre río egipcio. Una vez reducido el azul brillante a un polvillo de cristal, cavaron un pozo y ocultaron, a dos metros bajo tierra, los recuerdos tristemente atomizados de esa existencia dorada. A los fisgones del Partido nunca se les ocurriría registrar los canteros del jardín. Mi madre, no descontenta por haberlos engañado así, podría señalar aún, muchas décadas después y con los ojos cerrados, el lugar exacto donde había enterrado estos objetos. Tenía entonces doce años.

LA DESGRACIA

Las dos hijas de los Deleanu nunca oyeron a sus padres criticar al régimen. Mi abuela soltaba improperios sobre la imbecilidad de algunos o sobre el oportunismo de otros, pero ni una palabra contra el sistema. Las dos hermanas habían notado las discrepancias entre lo que les contaban los pioneros y lo que se decía en su casa. También habían advertido una ironía inevitable cuando se hablaba de algunos temas en concreto. Sin embargo, ¿qué podía ser menos explícito que este sarcasmo inagotable? La familia, de todos modos, había adquirido la costumbre de ocultar el teléfono debajo de un gran almohadón y de conversar en voz baja con los visitantes. Podría estar equipado de un micrófono, quién sabe.

La primera sospechosa de desviación fue Gabriela. Y arrastró a Harry con ella.

Probablemente ocurrió en el Conservatorio Nacional donde trabajaba mi abuela. Las alumnas entraban y salían de su despacho. Todas se quejaban de que la Securitate las sometía a repetidos interrogatorios, tan intrusivos como degradantes. La policía política quería saber si habían mantenido relaciones sexuales con uno de sus profesores: un hombre de sesenta y cinco años, músico de cierto renombre, pianista y crítico musical, ganador de varios premios en los tiempos de entreguerras y autor de infinidad de sinfonías. Había estudiado en París como alumno de Gabriel Fauré. En 1959, acusado de simpatizar con la música decadente, el profesor había debido publicar una extensa autocrítica en la prensa. Se le había prohibido la música para siempre. También se lo había condenado por homosexualidad. Esa investigación sobre su vida sexual —que el mismo Conservatorio llevó a cabo con gran empeño— era un presagio, sin duda, de su futuro destierro.

Las alumnas de su clase no se salvaron de las preguntas íntimas. Gabriela estaba indignada por el trato que recibían las más jóvenes. Le escandalizaban las exigencias improcedentes y los modales repugnantes del funcionario que efectuaba la investigación. Se quejó de ello en una reunión de trabajo. Pero ¿con qué derecho interfería en una investigación? ¿A quién intentaba proteger? ¿Cómo se atrevía a

obstruir la seguridad interna? La expulsaron en el acto y con efecto inmediato del Partido Comunista Rumano.

Mi abuela perdió todos sus empleos, empezando por su puesto en el Conservatorio, del que la echaron. ¿Por qué razón? Entre otras muchas cosas, Gabriela Deleanu fue acusada de haber roto a propósito los instrumentos musicales del Conservatorio, o tal vez los de su orquesta en la Cinematografía Nacional… Me resulta bastante grato imaginar a mi abuela despedazando arpas, rompiendo uno tras otro los instrumentos de percusión de la orquesta, saltando con los pies juntos encima de los violonchelos y demoliendo algún piano a golpes de clarinete. La acusación era absurda, pero bastó para excluirla. Le prohibieron acercarse al lugar sagrado: esa casa de música donde había transcurrido toda su vida.

Más delirante y mucho más grave fue la sospecha de la Securitate de que Gabriela también espiaba para los «angloamericanos». Justo después de la guerra, para recuperar el tiempo perdido, mi abuela había comenzado a tomar clases de inglés con dos hermanas, las Samueli, que recibían invitados en su casa. Hasta que las dos mujeres fueron detenidas en Bucarest, a principios de los años cincuenta, acusadas de tareas «de alta traición y de espionaje». Y con razón: eran espías de verdad. En esos años, Gran Bretaña hacía las veces de representante diplomático de Estados Unidos en Rumanía. Las hermanas Samueli, por consiguiente, operaban para los dos países al mismo tiempo. Tras un largo encarcelamiento, una de ellas adquirió la ciudadanía británica y la otra tomó la estadounidense.

Por supuesto, Gabriela no sabía nada de la doble vida de sus profesoras de inglés. Y no imaginaba ni por asomo que las hermanas la habían mencionado durante el interrogatorio. Una de las dos Samueli le había hablado a la Securitate sobre las frecuentes visitas de Gabriela Deleanu a su casa. Había descrito el temperamento alegre de mi abuela y su propensión a los cotilleos. También había dejado caer importantes informaciones que Gabriela les había dado sin querer. Las Samueli estimaban que mi abuela habría sido una recluta perfecta, considerando su agilidad intelectual, su manejo de los idiomas, sus dotes de seducción y su carácter enérgico. De no haber sido interrumpidas en su labor, las hermanas se habrían consagrado a «cooptarla». Semejantes declaraciones equivalían a firmar una sentencia de muerte contra mi abuela. ¿Para qué mencionar un proyecto de reclutamiento que nunca tuvo lugar? ¿Para qué dar el nombre de Gabriela cuando ella no estaba implicada en ninguna de sus actividades? Para acabar de una vez con los interrogatorios. Para negociar un indulto, una reducción de pena. O para desviar simplemente la atención, sin revelar nada que fuese realmente incriminatorio. No lo sabremos jamás.

Ahora bien, ¿cuáles fueron las «valiosas» informaciones que Gabriela les transmitió de manera involuntaria a sus profesoras de inglés? Pueden leerse en el expediente de mi abuela, que ya fue desclasificado. Su marido Harry, que en esos tiempos trabajaba en la fábrica Gallia, había debido enfrentar una huelga que contaba con el apoyo de muchos trabajadores. Entonces se le había ocurrido hablar con Matei Socor, primo de Gabriela y miembro destacado del Partido, para que mediara ante la célula comunista de la fábrica y lograse que el sindicato alentara la reanudación de las labores. Nada más. Pero romper una huelga era un crimen contra los trabajadores, desprestigiar al Partido con semejante escándalo era algo incalificable, y alardear de ello ante unas agentes angloamericanas equivalía a comprometer a toda la República Popular. Gabriela tendría que haber cerrado la boca.

LA AUDIENCIA

El Partido le infligió a Gabriela una audiencia de exclusión que fue, sin duda, el momento más humillante y más brutal de todos los que conoció en su vida. A solas con los fiscales, se vio obligada a soportar sin inmutarse una avalancha de acusaciones proferida con odio y alevosía. La intención era sepultarla bajo insultos y mentiras. Azotarla con palabras hasta que pidiera clemencia. Desde luego, no conocían a mi abuela. Ella resolvió demostrarles a estos perros aulladores con quién se habían metido. No le quedaba nada por salvar, a excepción de esa dignidad tan propia de ella. Así que Gabriela Deleanu irguió la cabeza, por última vez. Se incorporó y, con los ojos llenos de orgullo, caminó hacia la puerta. Estaba resuelta a avanzar con firmeza y cerrarla de golpe tras ella. Los camaradas y los jefes de su sección seguirían ladrándole a una silla vacía. La gente hablaría por años de cómo ella había abandonado esta sala. Fue entonces cuando sintió algo cálido y húmedo entre las piernas. Se quedó paralizada. Era abundante, no se detenía. Mi abuela rozaba los cincuenta años y hacía mucho que no le venía la regla. Sintió cómo se empapaba su ropa interior. Apretó con fuerza los muslos, tanteó con cierto disimulo la parte trasera de su falda y sintió cómo la mancha se extendía. Sangre y más sangre.

Ya no podía darles la espalda a sus fiscales. Volvió a sentarse, aturdida por lo que estaba infligiéndole su cuerpo, más que por el interminable diluvio de insultos. Inmovilizada en su silla, con las pupilas vacías, sobrellevó hasta la última palabra de la sesión. Y fue la última en abandonar la sala, con la ropa toda manchada. Una secretaria se quedó para socorrerla.

LOS LADRONES

La posición de mi abuelo no tardó en volverse insostenible. Perdió su título de Director de Industrias de Bucarest y se vio degradado a un puesto subalterno, reconvertido en un simple corrector de las publicaciones técnicas del régimen. Su escaso sueldo pasó a ser el único ingreso de una familia que contaba ahora con cinco miembros, ya que la abuela Roza, cuya pensión era ínfima, vivía también en esa casa.

Además, fue excluido del Partido Comunista. Su expulsión vino acompañada de una escandalosa puesta en escena: un juicio en forma de arrebato público. En dichos casos, por lo general, el camarada repudiado salía de este calvario denigrado y desacreditado para siempre.

Los archivos de la Securitate mencionan una doble acusación contra Harry. Se lo acusó de haber robado «material de la Oficina de Patentes» (que él dirigía antes de su nuevo cargo en el municipio) y de haber vendido esta información «por varios millones de dólares a Estados Unidos». ¿Qué gran secreto industrial podían poseer estas patentes para que Estados Unidos pagara tanto? ¿Quién, al otro lado del Atlántico, estaba tan interesado en los documentos rumanos? ¿Dónde habían ido a parar todos esos millones? Nadie lo sabía y nadie intentó averiguarlo. La investigación preliminar no arrojó más que lagunas, incongruencias y dislates. Una verdadera lástima. A mi prima, a mi hermana y a mí nos encantaría saber que en algún sótano de Washington nos espera un enorme baúl colmado de billetes verdes. Quién sabe, a lo mejor aún es posible…

Independientemente de la veracidad de estas acusaciones, a Harry Deleanu se lo consideraba responsable de un «fraude a gran escala», de acuerdo con el testimonio de un colega ingeniero a quien la Securitate felicitó efusivamente por su «contribución a la limpieza de los elementos dudosos en el aparato del Estado». El mismo «testigo» añadió que Harry usaba el cargo de su esposa Gabriela en el Ministerio de Cultura para encubrir sus acciones y ocultar los fondos desfalcados. Tampoco descuidó mencionar que Harry estaba casado con una «hija y sobrina de sionistas» que deseaba una sola cosa:

«marcharse al extranjero para disfrutar del dinero robado al pueblo rumano». Y esa era la cuestión. Por más que fuera un fiel servidor del Estado o del Partido, el judío rumano no podía ser un rumano de verdad. Estaba llamado a ser cómplice de las potencias extranjeras, llamado a ser codicioso, llamado a ser un ladrón y a sentirse atraído por una vida en otro país; es decir, en Israel.

Harry Deleanu también fue acusado —con gran simpleza— de haber «matado de hambre deliberadamente al pueblo rumano». Las fábricas de pan de la región de Bucarest estaban bajo su control. El pan se entregaba caliente en las tiendas de alimentación. Esto planteaba una serie de problemas, ya que la producción resultaba insuficiente. Cuando el olor de las barras de pan humeantes atraía a los clientes, los puestos se vaciaban tan velozmente como se habían llenado. Mi abuelo se había limitado a recomendar que el pan se enfriara en la fábrica, antes de su entrega. No había hablado de quitárselo de la boca a los rumanos.

Los expedientes del matrimonio Deleanu rebosan de documentos inútiles, archivados contra cualquier sentido común: informes de vigilancia, calumnias recogidas aquí y allá, denuncias de conocidos, pero también de personas que querían «ser de utilidad». En tal sentido, el retrato de mis abuelos consignado por la policía política de Rumanía no difiere en nada de la producción administrativa del régimen, absolutamente descontrolada. Salvo que los delitos de los que se los acusaba reunían todos los tópicos antisemitas que el periodo fascista se había encargado de sedimentar en el imaginario colectivo del país y que los comunistas habían recogido sin hacerse cargo. El judío traidor. El judío mentiroso. El judío adinerado. El judío que esconde su tesoro. El judío que mata de hambre al pueblo. Harry y Gabriela eran culpables de una sola cosa: de ser judíos. ¿Qué puede extraerse del fárrago de su inquisición, salvo dos caricaturas llenas de odio y apenas disimuladas?

En poco tiempo, mis abuelos se volvieron infrecuentables. En poco tiempo, se generó un gran vacío a su alrededor. El dinero empezó a escasear. Harry aguantó, no se desanimaba con facilidad. Gabriela reflexionaba en silencio. Su madre, depresiva y fóbica, llevaba años recluida de manera voluntaria. Gabriela también se recluyó. Refunfuñando, reprimiendo apenas su rencor, hablaba mal de todo el mundo. ¿Quién había abierto la boca? ¿Quién la había delatado? ¿Quién había ensuciado su honor? No tenía modo de acceder a su expediente. Agobiada por la angustia y la paranoia, trataba de reconstruirlo.

Las niñas, Lena y Marina, ya no sabían dónde esconderse. Puertas afuera, se sentían desenmascaradas, señaladas por esta infamia que había caído sobre sus padres. Puertas adentro, la desesperación y el

miedo eran totales. El miedo de los judíos rumanos.

LOS CERDOS

LA FAMILIA POLÍTICA

La riquísima familia Filderman había escapado a París dejando a un hijo y una nuera en las cárceles rumanas. El dinero de los Filderman ayudaría a liberarlos. A liberar a Lucia, en primer lugar. No se olvidaban de que ella había estado casada con uno de los suyos y que seguía llevando su tan prestigioso apellido. Tampoco olvidaban que su salud se deterioraba en la cárcel. A la amiga de mi abuela se le caía el pelo a raudales y se le nublaba la vista. Las noticias eran alarmantes. Cuando Lucia salió por fin en libertad, le detectaron un glaucoma. Hoy sé que murió ciega porque no la trataron a tiempo. El otro Filderman que seguía en Rumanía era un caso de lo más complicado: Leopold, apodado «Poldi», el hermano del marido de Lucia. Abogado, miembro del viejo partido campesino que el régimen comunista tildaba de «fuerza reaccionaria», Poldi formaba parte de la categoría de prisioneros políticos cuya liberación no podía negociarse mediante sobornos. Lo habían condenado a trabajos forzados, a construir el canal que debía unir el Danubio con el Mar Negro, el gulag rumano. ¿Cuántos prisioneros pagaron con su vida la construcción de esta obra faraónica?

Los Filderman movieron cielo y tierra por Poldi, pero la Securitate se mostraba inflexible, acusándolo de «actividades políticas socialdemócratas» (esto decía su legajo). Había que golpear más fuerte, apuntar más alto. En París, un nombre circulaba con discreción. El de un *passeur*: un traficante de almas. Tenía colaboradores que olfateaban el dinero y las angustias de las familias rumanas en el exilio. Se hablaba de él en voz baja. La policía política tenía oídos en todas partes, incluso en Occidente. Se decía que el traficante cobraba caro, incluso muy caro. Se decía que era de fiar. Que exigía un cómodo anticipo para empezar a operar. Se decía que el resto se pagaba solamente cuando el individuo en cuestión llegaba a Occidente. Se decía que el *passeur* era ciudadano británico, pero que el dinero había que depositarlo en Lucerna, en una cuenta del Crédit Suisse. Se decía que el traficante de almas entraba y salía de Rumanía a su antojo, lo que resultaba a la vez sospechoso y extraordinario. Se decía todo esto, aunque nadie se lo explicaba. Sin haberlo conocido, los Filderman confiaban en él. En el caso de su nuera, los resultados

fueron inmediatos.

Lucia Filderman abandonó la cárcel, tambaleante y exhausta. Se fue a vivir con mis abuelos. Le asignaron una parte del salón, separada por una cortina. Roza, la madre de Gabriela, ya compartía una habitación con sus nietas, mientras que el ama de llaves vivía en la antecocina. Finalizada la guerra, los Deleanu habían querido incrementar el índice de ocupación de su hogar para librarse de la obligación de alojar a otra familia. Cuando se nacionalizó la propiedad, se computó cada metro cuadrado en las casas particulares. El inicio de 1961 fue un periodo de hacinamiento y tensión para todos. Por fortuna, no duró mucho. El traficante actuó desde las sombras y le abrió a Lucia un camino hacia Occidente. Mis abuelos acompañaron a su amiga al aeropuerto. Logró salir indemne del territorio rumano. Gabriela la había ayudado a hacer las maletas. Las dos mujeres hablaron. «Tú sales la primera y, en cuanto llegues, nos llevas contigo», le dijo mi abuela.

Lucia Filderman consiguió intercambiar unas palabras con el traficante antes de marcharse. Encogiéndose de hombros, el hombre le advirtió: disputas políticas, una familia de cinco, dos de ellos exmiembros del Partido, el asunto iba a ser costoso. Que primero consiguieran el dinero, que le avisaran no bien la suma estuviera lista. Lucia Filderman sabía por fin su nombre: Henry Jacober. Y sabía dónde encontrarlo. En su suite del primer piso del Athénée Palace, un legendario hotel de Bucarest. O en Londres, en el número 55 de Park Lane, apartamento 158. Allí se alojaba la sede de Three Mile Pound Farm, empresa de importación y exportación de granos y de… ganado. Lucia Filderman tenía ante sus ojos la llave de su propia salvación, tal como Harry y Gabriela Deleanu la tendrían años después. Y, sin embargo, ninguno de ellos comprendió lo que estaba sucediendo.

LA DEUDA

Henry Jacober había fijado un precio: doce mil dólares estadounidenses. Ninguna familia rumana secuestrada entre cuatro paredes en Bucarest disponía de divisas extranjeras, ninguna podía reunir una suma semejante. Harry pensó en el país y la familia que lo habían visto nacer, en la multitud de tíos y tías que se habían quedado en Texas. La hermana de Harry había aprovechado una breve apertura de las fronteras, justo después de la Segunda Guerra Mundial, y había escapado a Canadá. De modo que se lanzó un llamamiento de auxilio al otro lado del Atlántico. Eso fue el colmo. ¿Se daba cuenta mi abuelo del alcance de la propaganda antirroja que Estados Unidos destilaba en plena Guerra Fría? ¿Tenía la menor idea del terror que los comunistas inspiraban a todos los ciudadanos estadounidenses y canadienses? Corría 1961, pleno apogeo de la obsesión y de la intoxicación informativa…

La negativa de los Greenberg de Houston fue seca y categórica: Harry no recibió ni un céntimo. En Montreal no le fue mejor. La hermana de mi abuelo aportó lo poco que pudo, pero sus suegros aborrecían la carrera comunista del tal Harry. Estaban convencidos de que le había puesto Lena a su hija mayor en homenaje a Lenin y que la menor, Marina, tendría que haberse llamado Stalina. La anécdota de Lena y Stalina nos hacía muchísima gracia a mi hermana, a mi prima y a mí. La realidad fue menos divertida. «Él quiso vivir entre los bolcheviques, ¡ahora que se quede allí!», exclamaron los de Texas, dándoles la espalda a sus primos lejanos. La reacción visceral estadounidense ante un ciudadano del bloque soviético. También la reacción de una familia ante un extraño que había cambiado de apellido. «¿Deleanu? ¿Pero de quién habla?» Este era el precio de tomar prestado tu apellido de una novela.

Lucia no dudaba de que recuperaría el dinero cuando la familia llegara a París. Se decidió que ella adelantaría el pago. Mis abuelos lo reembolsarían en cuanto encontraran trabajo en Francia. De este modo se convirtió en la usurera de la familia Deleanu, lo que la volvió aún más intrusiva y autoritaria. Mi madre y su hermana no conservaban muy buenos recuerdos de su omnipresencia en aquellos

tiempos de primera juventud.

El verano se aproximaba. Unos agentes vestidos de civil vinieron a la casa de mi familia, tan amables como cabía esperar. Marina, mi madre, todavía se acuerda de ellos. Ella era entonces una colegiala tímida y les abrió la entrada del jardín. Harry no estaba aquella tarde. En el vestíbulo, Gabriela inició la conversación. Manejaba con destreza los códigos del engaño y del simulacro. Sabía elegir las palabras, decir sin decir. Los agentes no anunciaron nada importante. Sus frases crípticas contenían, así y todo, un mensaje muy importante. Los invitaban, a ella y a su marido, a tramitar un pasaporte. El traficante debía de haber cumplido su misión. El semáforo se había puesto en verde.

Partir significaba, en realidad, renunciar a la ciudadanía rumana. No se trataba, por lo tanto, de obtener un pasaporte, sino un simple visado de salida, estampado en una hoja de ruta. En cualquier caso, el exilio se hacía tangible. Era el momento de anunciárselo a sus hijas. Eso fue como un terremoto. Formadas desde la cuna en la escuela de la República Popular, con el socialismo como único modelo, las niñas nunca habían pensado en cruzar la frontera. ¿Cómo sería vivir en ese Occidente secretamente fantaseado, pero tan temido? ¿Era una huida este viaje? ¿Tendrían que esconderse? No les contaron todo y, sin embargo, ellas entendieron: sus padres estaban acabados. Pero ellas no, ellas no. ¿Por qué arrancarlas de sus vidas de este modo? Lena acababa de entrar en el instituto. El joven Stefan le había confesado su pasión. Era su primer amor. No podía dejarlo ir. ¿Separarse de él? Bajo ningún concepto. Apretó los puños, dio un paso atrás. Marina guardó silencio y abrazó a Ciucu, el gato gris y algo bizco que sabía oler el peligro, su adorado gato… Solo ella sabía hundir los dedos en los pliegues de su pelaje hasta hacerlo ronronear. ¿A Ciucu tendrían que dejarlo, tendrían que abandonarlo? Todo se volvía borroso. Había demasiadas cosas en las que pensar.

LA CASA

Empezaron a vaciar la hermosa mansión. Las chicas se fueron a la montaña con unos amigos de sus padres, una pareja sin hijos, muy apegada a Lena y a Marina. Últimas vacaciones en Rumanía, lejos del febril desmantelamiento que había dado comienzo en Bucarest. Harry y Gabriela iban de acá para allá con unas pequeñas escaleras plegables y llenaban cajas y cajas bajo un calor sofocante, rodeados de polvo y de recuerdos. La tarea era considerable: había que vaciar todo y venderlo todo. Después de su partida, las autoridades confiscarían lo que quedase, empezando por esa casa, amplia y suntuosa. Se la darían a un camarada prominente.

Para llegar al pórtico de entrada había que cruzar un parterre bien cuidado. A un costado de la casa se elevaba una pérgola, cubierta de enredaderas y de rosas trepadoras amarillas, increíblemente perfumadas. Allí, en las tardes de verano, los Deleanu se instalaban a saborear sandías frescas. Como mi abuelo tenía excelentes contactos, había podido comprar en 1957 un viejo frigorífico americano que instaló en la cocina de la planta baja, en lugar de la típica nevera de roble y zinc. En Bucarest, a partir del mes de junio, se bloqueaban las ventanas con rollos de papel de aceite porque el calor alcanzaba niveles insoportables. El frigorífico, aunque fuera de tercera mano, resultó una bendición. Un amigo de Harry, ingeniero frigorista, pasaba cada tanto para repararlo.

El ático de la casa albergaba el dormitorio de mi abuela y un lavadero con una tina de hierro fundido, bajo la cual se encendía un fuego los días de colada. En la primera planta había dos dormitorios muy bonitos. En la planta baja, el pequeño estudio de mi abuelo estaba elevado un par de peldaños y separado del salón comedor por una vitrina. En el salón se encontraba el piano de Gabriela, por supuesto, y las paredes estaban cubiertas de cuadros. Se había reservado un lugar privilegiado para el retrato de Lenin. Y encima de un gran sillón había una estampa japonesa de la que no nos importó mucho separarnos. Sin embargo, los cuadros de Salomón Sanielevici, tío de Gabriela muerto prematuramente y considerado un tesoro nacional, fueron sin duda un dolor de cabeza. El régimen controlaba

meticulosamente la circulación de las obras de arte, que no podían salir del país. Los cuadros debieron, por tanto, repartirse entre los primos. Uno de ellos, tras la caída del régimen en 1989, le trajo a mi madre la gran naturaleza muerta que antaño había colgado en su salón comedor. Le quitó el marco, lo dobló en cuatro y lo aplastó metódicamente en el fondo de su maleta. La pintura quedó agrietada, llena de rayas de por vida, ¡pero al menos llegó a París!

En cuanto a los grabados del famoso tío, Marina propuso, con la sabiduría de sus catorce años, que los enviaran a Francia por correo. La estratagema funcionó, los censores no vieron nada malo en ello. Por desgracia, ninguno de los grabados cabía en los sobres de correo de la época. De modo que mi madre los recortó con gran cuidado con el fin de quitar el borde, eso que algunos grabadores llaman «cuenco». Una herejía. Todavía no se lo perdona.

Por último, como agradecimiento por haberla acogido, Lucia Filderman les había regalado a mis abuelos un icono antiguo, supuestamente bizantino, pintado en madera y con incrustaciones de plata. No tenía para ellos dos ningún valor religioso, pero era un objeto bellísimo. ¿Qué hacer con él? La misma pregunta se hicieron con los cuadros de otro pintor de bastante reputación, apellidado Tâmpeanu. Un conocido de Harry les recomendó que hablaran con un diplomático polaco. Oliéndose un gran negocio, el polaco fue a la casa, vio los cuadros y con un gran sonrisa convenció a mi abuelo para que se los diera; los sacaría del país en una maleta oficial y se los devolvería una vez en Occidente. Por supuesto, mi abuelo no volvió a ver jamás los cuadros. Y nunca volvió a tener la más mínima pista de este polaco.

La primera vez que viajé a Rumanía pude visitar la casa. Fue a principios de los años 2000, la familia que ocupaba el lugar seguía siendo la misma. Una mujer de mediana edad nos abrió la puerta. Vivía allí desde niña. El Partido le había cedido la casa a sus padres inmediatamente después de que los Deleanu se marcharan. Mi madre no daba crédito a lo que veían sus ojos. El barrio se había vuelto más compacto. El jardín estaba desfigurado. Nadie se había ocupado de cuidar la antigua pérgola, parecía abandonada. Pero dentro de la casa, entre el desorden y la suciedad, todo había permanecido intacto. Mi madre reconoció los picaportes de las puertas de su infancia, el armario de su dormitorio, el parqué del rellano, las baldosas, las jaboneras y los ganchos del cuarto de baño, los radiadores de acero forjado, el taburete de la cocina. Habitación tras habitación, los recuerdos se agolpaban. La emoción fue muy intensa.

Todo esto encajaba, a mis ojos, con la idea que yo me había hecho de Rumanía: un país congelado en 1961, cuando mi madre, mi tía, mis abuelos y mi bisabuela se vieron obligados a emigrar. Por supuesto,

desde París habíamos seguido por televisión los sobresaltos de la Revolución de 1989, la caída del régimen y la ejecución de su último dictador, Nicolae Ceauşescu. La familia estaba en estado de shock, pero después el hilo se rompió. Yo no hablaba rumano y tenía poco que ver con esta nación de fronteras incomprensibles. Para mi madre fue distinto. El fin del bloque comunista significaba la posibilidad de hacer un viaje en sentido inverso. Para retomar el idioma. Para echar raíces de nuevo. Para hacer valer sus derechos. Para obtener alguna reparación. Tras la muerte de su familia —mi tía Lena murió de cáncer antes de cumplir los cincuenta— Marina, la última de los Deleanu, emprendió acciones legales contra el Estado rumano. No detalló las mil alegrías que le habían arrebatado. Tampoco exhumó los horribles reveses que le habían infligido a su familia. Pero recuperó su casa. No se trataba de vivir en ella, tan solo de reparar una injusticia y demostrar que «nada es irreversible, salvo la muerte». Estas fueron las palabras de Marina después de ganar el juicio.

LA ILUSTRACIÓN

El año 1961 acabó con el Bechstein. El venerado instrumento le había plantado cara a la guerra y se había burlado de la República Popular, pero abdicaba ahora ante el exilio. Era imposible que viajara al otro lado del telón de acero. Gabriela tuvo que venderlo. No tardó en encontrar un comprador para tamaña rareza. Unos hombres aparecieron, le desmontaron las patas y envolvieron la caja de resonancia antes de llevárselo todo. Tardaron un día entero. Las niñas acababan de volver de sus vacaciones y asistieron impresionadas a la escena. Para mi abuela, la conmoción fue tan grande que la invadió una especie de mareo y tuvo que salir de la habitación. Cogió a Lena de una mano, subió las escaleras, encendió la radio y se puso a bailar con su hija mayor para no oír lo que pasaba en la planta de abajo. El instrumento desapareció.

Le dolió mucho en el momento, pero se le pasaría. Era cuestión de hacerse a la idea. Ella y su marido conocían las razones para estos sacrificios. Sabían que en Occidente había otro mundo. Lo habían experimentado. Habían viajado en el mismo tren a París, a mediados de la década de los treinta. La ciudad los había deslumbrado y ahora la habían elegido para emigrar. Desde luego, mi abuelo habría preferido volver a su Italia, pero en aquella época ese país no acogía a extranjeros, los que emigraban eran los italianos. París, entonces. A pesar de las prohibiciones del Partido, los rumanos tenían un vínculo indestructible con París, ciudad hermana de Bucarest. No se olvidaban del 22 de junio de 1940, cuando Francia, a las órdenes del mariscal Pétain, había firmado el armisticio con la Alemania nazi. Se habían sentido abandonados, traicionados. «¡Francia depone las armas! […] Duele como la muerte de un ser querido. Uno no entiende cómo ha pasado, no cree que haya pasado. El pensamiento se para en seco y el corazón ya no siente nada», apuntó Mihail Sebastian en su diario. Fue un día de luto en Bucarest.

Esta historia, sin embargo, quedó enterrada rápidamente bajo el relato comunista. ¿Qué podían pensar de París unas niñas como Lena y Marina, nacidas en 1945 y 1947? Ellas creían sinceramente que el socialismo acabaría triunfando a escala mundial y que los comunistas

llegarían hasta los Campos Elíseos. Habían oído hablar de París, como de todas las grandes capitales de Occidente: símbolos de la perdición capitalista, antros de los enemigos del pueblo. No se tomaban nada de esto al pie de la letra, pero tampoco hacían caso a las peroratas de su madre sobre la capital del país de la Ilustración. Con una mezcla de ingenuidad y esnobismo, Gabriela creía sinceramente que en París encontraría salones literarios. Salones, como en el siglo XVIII. Me lo confesó ella misma cuando yo era pequeña, riéndose de su propia estupidez. En realidad, la decepción la amargó terriblemente. Sin embargo, en 1961, el año en que se exiliaron, la esperanza de mi abuela aún era inquebrantable. Solo debía aguantar unas pocas semanas y sus hijas por fin podrían ver de qué estaba hecho París.

En otoño, sin embargo, la cosa se torció. La Securitate hizo una redada en casa de mis abuelos. Les arrebataron de golpe, bruscamente, los papeles, los muy valiosos documentos para el viaje, sin ninguna explicación. La salida se tornaba imposible, Occidente volvía a ser inalcanzable. París se evaporaba al otro lado del Muro. Tampoco les devolvieron sus documentos de identidad, ya que habían perdido la nacionalidad. Si ya eran renegados, ahora se convertían en parias.

Los meses siguientes fueron de pesadilla. Como mi madre y su hermana tenían previsto haberse marchado ya de Bucarest al inicio del curso escolar, no habían vuelto a matricularse en el instituto. Por otra parte, su presencia no era ya deseada. Perdieron la escolaridad, quedaron abandonadas a su suerte, presas de una angustia inenarrable. Salían lo menos posible, no se atrevían a ver a sus antiguos compañeros. Excomulgadas por culpa de un maldito viaje anulado. Sus padres ya no tenían ningún ingreso y se comieron poco a poco los ahorros que habían previsto para el viaje. Cada semana, Lena y Marina preparaban unos pequeños paquetes e iban a las librerías, a vender los últimos libros de la biblioteca del salón, en busca de algo de dinero.

Lo más doloroso de todo era la ausencia. Sus amigos ya no pisaban la casa. Sus primos guardaban las distancias para evitar las contagiosas sospechas de la Securitate. El teléfono dejó de sonar. Ni siquiera llamaba Grete, con quien Gabriela solía charlar durante horas. Mi abuela se pasaba los días alicaída. En la ciudad, los transeúntes preferían cambiar de acera antes de que alguien los viera saludando a Harry Deleanu. Desde la exclusión de Gabriela vigilaban a la familia. Había un sedán negro aparcado día y noche en la pequeña plazoleta casi pegada a su casa. No era necesario asomarse a la ventana; apartando las cortinas con el dedo, apenas un poco, se veía el coche. Los días pasaban lentamente. La oscura y pesada silueta de acero permanecía inmóvil al final de la calle. Su espejo retrovisor los escrutaba. Todavía se aparece a menudo en las pesadillas de Marina.

LA LLAMADA

Un hombre de unos sesenta años, barrigón pero robusto, empuja la puerta giratoria del Athénée Palace, el hotel más bonito de la ciudad. Con una mirada vivaz, que asoma tras sus pobladas cejas y sus gruesas gafas, escruta el vestíbulo. De inmediato, los botones se activan y los camareros lo saludan. La recepcionista prepara su suite. Él se limita a pronunciar unas palabras en un rumano algo tosco. Una mera formalidad: Henry Jacober es un cliente habitual, venido del extranjero con propinas generosas y con maletas colmadas de dinero. El traficante de almas ha regresado. Hay que pillarlo cuanto antes. Al hombre no le gusta perder el tiempo en Bucarest. Sabe que lo siguen, que lo vigilan agentes de la Securitate, el vestíbulo del hotel está infestado de ellos.

Los informantes han avistado al poderoso traficante. Conocen sus actividades: comerciante de cereales e importador de ganado. No tienen ninguna información sobre sus vínculos en Londres, pero metódicamente consignan sus reuniones en Bucarest con las más altas autoridades del Gobierno y del Partido Comunista. Lo que no saben los matones de la Securitate es que, además de transportar ganado y sacos con granos, el traficante transporta seres humanos. Y no cualquier clase de seres humanos.

—¡Una llamada para Mister Jacober!

El inglés, mediante una seña, indica que atenderá la llamada en su habitación. Sus actividades requieren confidencialidad: desde hace meses maneja unas sumas de dinero considerables y saca del país a decenas de rumanos. ¿Cómo sucede este milagro? Es uno de los secretos mejor guardados en la República Popular de Rumanía.

Ni siquiera el primer ministro de la época estaba al corriente. Como consecuencia, a veces se perdían las órdenes, y los pedidos excepcionalmente desbloqueados por Henry Jacober terminaban relegados a un segundo plano. La burocracia del Gobierno era famosa por su ejército de agentes mezquinos y corruptos. Los archivos de la Securitate, un laberinto de órdenes contradictorias transcritas en un rumano primitivo y plagado de errores, revelan la crasa ignorancia de estos batallones de incompetentes, además de su capacidad para hacer

daño. A la idiotez se le sumaba el fanatismo. En consecuencia, los negocios del traficante se retrasaban y a veces incluso fracasaban, lo que desataba su ira. A Henry Jacober no le gustaba perder el tiempo, ni el dinero.

Esta llamada anuncia contratiempos. Jacober espera, nervioso, que lo contacten de París. El otoño de 1961 se le hace interminable. El traficante está impaciente. Debe volver a Bucarest y conseguir aprobaciones de parte de unos subalternos ignorantes, unos tipos a los que planea sacudir como si fueran árboles frutales. Tendrá que negociar en esferas altas, incluso muy altas. Ya lo ha hecho. En Rumanía, todo es cuestión de precio. El país tiene grandes necesidades. Con Harry y Gabriela Deleanu, con las dos niñas y con la abuela, de quien las autoridades no se preocupan, será como con todo el mundo. Habrá que untar a más de uno, simplemente.

Pero no es tan simple. Lucia Filderman se anuncia al otro lado de la línea. Claro que Jacober la recuerda. Logró arrancarla de una penitenciaría de la que salió muy maltrecha. Ahora Lucia se preocupa por sus amigos y está dispuesta a pagar por ellos. La línea telefónica cruje y chisporrotea sin parar, hasta rasgar los tímpanos, pero así y todo Jacober reconoce la parquedad de esta mujer elegante y en decadencia. Le resulta profundamente antipática. Esta vez, la voz agria de Lucia Filderman se estremece. Le cuenta con todo detalle que los Deleanu se han visto privados de sus papeles, que cada día esperan con mayor desesperación, que se han convertido en una familia recluida, estrangulada. Le suplica a Henry Jacober que se los lleve con él cuando regrese, por lo menos hasta Austria. El traficante, lacónico, acorta la conversación: «No hable tanto, por favor». Exasperado, intuye que el teléfono está intervenido. Y tiene razón. Su charla, palabra por palabra, aparece en los archivos de la Securitate. Sin embargo, pese a sus investigaciones, la policía política nunca pudo determinar la identidad de aquella mujer rumana, agresiva e implorante que actuaba desde París. Fue el historiador Radu Ioanid quien rescató esta transcripción, sintomática de los fallos en la red organizativa de Jacober. Tampoco él pudo darle un nombre a la mujer. Sesenta años después, mi madre la reconoció en el acto: Lucia Filderman, su insoportable benefactora, hablando de mis abuelos. Solo podía ser ella.

La llamada telefónica desde el Athénée Palace dio sus frutos. Los legajos desclasificados de los servicios rumanos contienen un largo informe, elaborado a la semana siguiente. En él se ponen de relieve los puntos débiles del sistema montado por Henry Jacober, cuyas actividades eran vigiladas muy de cerca por la Securitate. Es cierto que se habían otorgado ya ciento cincuenta y seis visados, pero la investigación alude a diversos ciudadanos atrapados en la red de «la

Dirección de Pasaportes, que titubea de manera injustificada», pese a que los expedientes estaban «aprobados por la alta dirección del Ministerio». El informe menciona un nombre, uno solo, como ejemplo de estas trampas administrativas: es el nombre de mi abuelo. Se hablaba entonces del «caso Harry Deleanu». El informe alerta sobre el descontento que este caso le ha causado a Henry Jacober y añade que es peligroso «socavar la confianza mutua» entre Jacober y sus interlocutores. La situación parecía grave: toda la operación corría peligro de desmoronarse.

En octubre, por su parte, Henry Jacober le envió una carta conminatoria a la embajada rumana en Londres. El caso Deleanu tenía que desbloquearse cuanto antes, de lo contrario los acuerdos entre las dos partes, entre el traficante y Rumanía, quedarían en tela de juicio. Estaba en juego algo más que el futuro de mi familia. La fuga de Harry y Gabriela parecía ahora una cuestión de Estado.

EL ACUERDO

Harry no se había encontrado nunca con el traficante, todo se hablaba a través de Lucia. Así que los Deleanu se habían imaginado a este empresario como un comerciante de granos que se llevaba consigo a ciudadanos rumanos en cada uno de sus viajes. El dinero que le pagaban servía sin duda para aceitar los engranajes del soborno y, de paso, algunos billetes terminaban en sus bolsillos. Henry Jacober redondeaba de este modo su salario, a no ser que actuara por filantropía. Después de todo, ¿por qué no? Así contábamos la historia en nuestra familia. Un comerciante inglés, un capitalista amante del libre comercio, enfrentándose a la fortaleza rumana por una especie de desafío personal y por amor a la libertad. ¿Querían saber más Harry y Gabriela? No necesariamente. Había que irse, eso era todo. ¿Podrían haber sabido más? Imposible. Si algo quedaba claro era que su partida se negociaba en las altas esferas. Tan altas que, para saber la verdad, hubo que esperar la traición de un general de dos estrellas, jefe del servicio de inteligencia exterior rumano. Únicamente la cúpula del Estado estaba al corriente. Únicamente la cúpula del Estado podía hablar. Cuando el general abrió la caja de Pandora, el mundo entero supo la verdad. El dinero, todo el dinero de las familias rumanas que anhelaban escapar, los doce mil dólares que mis abuelos tardaron toda una vida en devolver, había servido para comprar cerdos. Batallones de cerdos, granjas enteras de cerdos. Pero no unos cerdos cualquiera, no, unos cerdos de competición, más valiosos, más productivos, más rentables aún que aquellos ciudadanos que abandonaban el país. Aquellos ciudadanos que, desde la noche de los tiempos, se beneficiaban mucho y aportaban poco: los judíos.

Si Lucia Filderman y todos esos «sionistas» de pacotilla agolpados ante las puertas de la embajada de Israel deseaban emigrar, ¡pues que emigrasen! Pero que al menos Rumanía se beneficiase de ello. A finales de la década de los cincuenta, el país estaba exangüe. Pagó muy caro su pasado fascista, sus años de lucha al lado de Hitler. A los ojos de la comunidad internacional, su adhesión al bando vencedor había sido demasiado tardía para que pudiera eximirse a Rumanía de las reparaciones de guerra. La Unión Soviética debió pagar la suma escalofriante de trescientos millones de dólares. Por otra parte, la

colectivización de la economía rumana, a cargo de los comunistas, acabó en un genuino naufragio, al filo de la bancarrota. Esto era especialmente cierto en materia de agricultura. El Estado había tomado el control de las tierras y del ganado, obligando a que cada una de las granjas colectivizara sus bienes y sus recursos. Se sucedieron tragedias humanas indescriptibles y penurias nunca vistas en el país. Rumanía, tierra agrícola y ganadera, tuvo que intensificar los rendimientos a cualquier precio. Sus necesidades eran exorbitantes. La propaganda estatal exaltaba a los campesinos como héroes de una tierra que rompía con las tradiciones para modernizarse a gran velocidad. De niña, mi madre solía burlarse de sus padres diciéndoles que quería ser ordeñadora de vacas. La ordeñadora, figura glorificada por la propaganda oficial: unos brazos al servicio de la producción agrícola. El país no solo debía alimentar a su población, también pretendía exportar para que entraran divisas. Conseguir dinero contante y sonante se convirtió en una obsesión del régimen. Salvo que no había demasiadas mercancías para vender, a excepción de… algunos de sus ciudadanos.

¿Quién mejor que Henry Jacober para estudiar el mercado rumano? El traficante británico suministraba semillas, bestias de carga, ganado de alta calidad importado de Brasil y de Nueva Zelanda, máquinas y utensilios de Alemania Occidental, cámaras frigoríficas y otros equipos de última generación. Lo vivo y lo mecánico, para todos los gustos y a la carta. Cada vez que visitaba Bucarest, encandilaba a todo el Ministerio de Agricultura. Prometía traer herramientas y animales por los que se disputaban los productores occidentales. Para eso, claro, hacía falta dinero. El Estado rumano no disponía de grandes medios para satisfacer sus ambiciones. Henry Jacober lo sabía a la perfección.

El Gobierno se estaba ganando la simpatía de este proveedor que empezaba a reclamar que le pagaran. El ministro de Agricultura en persona, Bucur Schiopu, se ocupaba mucho de él. Henry Jacober también veía, no obstante, que poco a poco iban cambiando sus interlocutores. Los agentes de la Securitate y, en particular, los de la Dirección General de Inteligencia Exterior se infiltraban en los Ministerios de Comercio, Asuntos Exteriores y Agricultura. Cada vez más, Jacober recibía órdenes directamente del Ministerio del Interior, desde donde se controlaban los servicios secretos y la policía política. Llegó a asignársele un contacto en Londres, en la embajada rumana: un tal Gheorghe Marcu. En una hipotética novela de espionaje, Jacober habría sido un «reclutado» y Marcu habría sido el «oficial a su cargo», pero tales palabras no se pronunciaron jamás porque Marcu se encontraba de incógnito en Inglaterra. Las negociaciones entre ellos fueron fluidas y fructuosas desde el principio. Sus convenios no se

plasmaron en papel, solamente se conservan las cartas que Henry Jacober remitía a Bucarest y los informes que la Securitate producía sobre sus actividades. El acuerdo nunca se formalizó oficialmente.

Era sencillo. Por una parte, Rumanía contaba con un gran contingente de ciudadanos judíos deseosos de abandonar el país. Por otra parte, necesitaba introducir ganado extranjero en el territorio. Jacober y Marcu concibieron un sistema de «trueque», término que el historiador Radu Ioanid utiliza hoy en día, pero que nadie se habría atrevido a emplear en aquel entonces. Dicho de otra manera, unos salían en cuanto otros entraban. Judíos a cambio de cerdos, bueyes, gallinas, ovejas y pavos. Esto significaba, claro, ponerle un precio a la cabeza de cada judío al que se le permitía cruzar la frontera, darle un valor pecuniario que tendría luego su «equivalente en ganado». ¿Por qué cambiar a los judíos por ganado? Porque los rumanos lo necesitaban con urgencia y eran reacios a que les pagaran en efectivo por los judíos. Habría sido muy flagrante, muy arriesgado.

Nikita Jruschov, líder del bloque soviético, fomentó este trueque agrícola. A Jruschov le gustaba ir a Rumanía. Y, como más tarde el presidente francés Valéry Giscard d'Estaing, tenía una debilidad: la caza del oso. Era una buena ocasión para que los dirigentes del Partido Comunista Rumano le hicieran mil favores y obtuvieran su aprobación. Se cuenta que Gheorghe Gheorghiu-Dej, primer secretario del Partido Comunista Rumano, logró la retirada de las tropas rusas de su país, en 1958, dejando correr libremente el vino blanco y el vodka durante una cacería en el norte de Transilvania. Gheorghiu-Dej tomó medidas para que Jruschov cazara dos plantígrados de excepción. Poco tiempo después, en otra visita a Rumanía, nuevamente de vacaciones, Nikita Jruschov se mostró excepcionalmente de acuerdo con estos emprendedores camaradas que deseaban vender a sus judíos y comerciar con Occidente. Contra todo pronóstico, el jefe del Kremlin aceptó.

El tráfico funcionaría así: las familias de la diáspora —las que habían emigrado en los años treinta o justo después de la guerra, como el clan de Lucia Filderman en París— se pondrían en contacto con Henry Jacober desde el extranjero. El comerciante convertido en traficante elaboraba listas de ciudadanos a los que sacar del país. Y se las entregaba a su contacto, Gheorghe Marcu, quien a su vez las enviaba a Bucarest. Allí, las autoridades rumanas evaluaban la viabilidad de estas salidas. Cuanto más en conflicto estuvieran estas personas con el Partido, por no hablar de las que estaban presas, más reticente se mostraba la Securitate. O más codiciosa, según se mire. Henry Jacober siempre sabía anticiparse a los deseos de sus poderosos clientes. A cada lista de nombres él le asignaba un lote de ganado. Los camaradas más difíciles de negociar eran canjeados por animales más

caros o por rebaños más voluminosos.

Las familias adelantaban una parte de la suma fijada por Henry Jacober. Con este dinero, el empresario obtenía los animales y organizaba su transporte a Rumanía, al tiempo que supervisaba la emisión de los visados y el viaje de los rumanos a Occidente, que requería sobornos en diferentes niveles. Henry Jacober solamente cobraba el importe completo una vez que los rumanos llegaban a su destino. ¿Qué comisión se llevaba finalmente? ¿Cuánto dinero iba a parar a su bolsillo? ¿Cuánto llegó a enriquecerse? Seguimos sin saberlo.

LA CONFESIÓN

Comercio de seres humanos, trueque de «ciudadanos por animales de explotación», ¿qué otros ultrajes escalofriantes podría desvelar el general Ion Mihai Pacepa desde su exilio en Occidente? Tenía mucho que contar. La venta de judíos no era más que un pequeño detalle en la historia de una administración fanática y servil. Nunca antes un oficial de tan alto rango había escapado de Europa del Este. Su exilio en Estados Unidos provocó una verdadera conmoción geopolítica a finales de la década de los setenta. Pacepa había ocupado puestos clave bajo el mando de Gheorghe Gheorghiu-Dej, el primer secretario rumano nombrado por Stalin. Es más, había pertenecido al primer círculo de su sucesor, Nicolae Ceauşescu, un tenebroso megalómano. No se le había escapado ninguno de los muchos secretos de la Rumanía comunista. No podía haber confesión más temida que la del general Pacepa.

Había que impedir que hablase. El país llegó a ponerle precio a su cabeza: dos millones de dólares. Rumanía incluso envió al terrorista más temido de la época, Carlos «el Chacal», con la misión de liquidarlo. Este colocó una bomba en la sede de Radio Free Europe en Múnich, un medio de comunicación estadounidense que emitía en todos los idiomas del bloque soviético. No pasó nada. Ion Mihai Pacepa se sentó en la mesa del estudio; la radio, que transmitía en onda corta (onda que recorre las distancias más largas, contrariamente a lo que podría suponerse), salpicó a todos los países comunistas con sus confesiones y revelaciones. Su historia causó tal sensación que se volcó en un libro publicado en 1987, *Red Horizons* («horizontes rojos»), pronto traducido a veintisiete idiomas. Encontré la versión francesa, publicada por Presses de la Cité, una editorial habituada a las grandes tiradas. El título atraviesa la portada, en enormes letras blancas recortadas sobre un fondo rojo, y lo sigue un subtítulo: «Entre bastidores de la casa Ceauşescu, por el antiguo jefe de los servicios secretos rumanos». Era difícil no verlo. Y, sin embargo, Harry y Gabriela no oyeron hablar de esto. Una verdadera lástima, porque el general Pacepa, en el cuarto capítulo, menciona el nombre del traficante inglés y habla de la naturaleza del trueque que les permitió a ellos dos salir del país.

En 1958, por lo tanto, un país situado en pleno corazón de Europa tuvo la idea de vender a sus judíos para reabastecer sus arcas. Henry Jacober, desde un comienzo, fue el cerebro de esta operación. Un sistema moralmente espantoso que se institucionalizó en la década de los sesenta: bajo el régimen comunista, los judíos rumanos adquirieron sin problemas la condición de «mercancía». En 1965, cuando Nicolae Ceauşescu accedió al poder, se horrorizó al enterarse de este comercio, del cual él no estaba al corriente. Por más que Ceauşescu ya ocupaba un puesto muy elevado en el Partido, las notas relativas a la red Jacober habían sido clasificadas como *top secret* por el servicio de inteligencia exterior. El general Pacepa, que conocía este expediente de principio a fin, describió en sus confesiones el antológico grito de furia que soltó el dictador en cuanto se enteró de aquello, aullando que si el caso salía a la luz, la imagen de Rumanía en la escena internacional quedaría perjudicada para siempre. Ceauşescu denunció en el acto este acuerdo vergonzoso y ordenó que los animales de explotación volvieran a estar bajo el control del Ministerio de Agricultura. También expulsó a Gheorghe Marcu, el contacto de Jacober en Londres. Tras ello, Rumanía redujo de forma drástica la emigración judía.

Sin embargo, al cabo de dos años, Nicolae Ceauşescu cambió de opinión. Hizo volver a Gheorghe Marcu. Los negocios se reanudaron. Al fin y al cabo, «los judíos y el petróleo son nuestros mejores productos de exportación», le comentó Ceauşescu a su querido Pacepa. Y el dictador le preguntó a su mano derecha si no era posible aumentar la tarifa de rescate, con el propósito de multiplicar las ganancias. Cegado por la codicia, el líder rumano olvidaba sus primeras aprensiones. Pero no se había equivocado: los riesgos eran inmensos. Lo que por años había sido un secreto ignorado incluso en Bucarest empezaba a filtrarse en el extranjero. Y esto tuvo un pésimo efecto. En 1964, dos artículos de prensa, uno en Estados Unidos y otro en Gran Bretaña, destaparon el asunto. El *Daily Telegraph* se enteró de la noticia y tituló: «Un mercado de rumanos en pleno centro de Londres». El diario inglés continuaba: «Una organización secreta con sede en Londres dirige un creciente comercio de emigrantes rumanos a Occidente». El periódico especificaba su fuente, pero sin nombrarla: «rumanos que viven en París». El *Daily Telegraph* sabía que el dinero pasaba por un banco suizo. Describía un «tráfico de vidas humanas a ambos lados del telón de acero». Compraventa de personas: era chocante, muy chocante. Así y todo, los periodistas desconocían quiénes eran estas personas ni a cambio de qué se las vendía. No tenían acceso a las listas de Jacober.

LAS LISTAS DE JACOBER

Traduzco y reproduzco aquí, con otra tipografía, algunos de los informes y cartas que intercambió la embajada de Londres con la Dirección General de Inteligencia Exterior en Bucarest. Los documentos, seleccionados entre miles de otros, abarcan de 1960 a 1962, el periodo en el que Lucia Filderman, y más tarde mis abuelos, obtuvieron sus visados de salida. El estilo en el que aparecen escritas estas notas podrá parecerle algo torpe al lector. He querido ser fiel a la lengua rudimentaria, a veces incluso incoherente, de los archivos de la Securitate. Para una mejor lectura, he optado por una única grafía para «Henry Jacober». En los escritos de los diversos funcionarios rumanos, la grafía es diferente cada vez, y uno se acaba perdiendo.

17 de marzo de 1960

Tras discutir la situación de Bery Marcu, preso político en la cárcel de Văcărești, Henry Jacober acepta entregar 15 vacas, 2 toros jersey, 15 ovejas merinas australianas y 2 carneros merinos australianos.

4 de mayo de 1965, basado en un informe de abril de 1960

Todas las personas autorizadas a abandonar el país de forma definitiva han abandonado el país. A cambio, se ha entregado lo siguiente:

- 10 vacas jersey (febrero de 1960);
- 30 cerdos landrace (febrero de 1060);
- 100 ovejas corriedale (junio de 1960);
- 17 vacas jersey (mayo de 1960);
- 2 toros cebú (abril de 1962);
- 3 vacas frisonas (mayo de 1960).

6 de abril de 1960

Henry Jacober ha sugerido a su agente de contacto que conceda

visados de salida a la familia de Bery Marcu, compuesta por seis personas. Proponemos que a cambio de estas personas se le pida a Jacober lo siguiente:

- que aumente el lote de 50 ovejas merinas australianas a 100 cabezas de lana fina;
- que proporcione 15 vacas jersey y 2 toros jersey suplementarios;
- que pague los gastos de transporte de las 100 ovejas desde Australia hasta nuestro país;
- que pague el transporte de los 2 toros cebú de Australia a Londres.

5 de junio de 1960

Para evitar el pago de la suma que le debemos por las 20 ovejas corriedale, Henry Jacober ha pedido visados para Iosif Josephson, de sesenta y cinco años de edad, para Radu Giroiu y para su esposa Angela. Si se aprueba esta operación, creemos posible obtener de Henry Jacober una entrega adicional de 45 ovejas merinas australianas y 5 carneros merinos australianos cuyo precio aproximado es de 10 500 dólares. […]

Nuestras pesquisas indican que Iosif Josephson ha solicitado un visado permanente con su esposa Evelyn y con su hija, Rosalia; de hecho, aún no se ha tratado este asunto con Henry Jacober. Por la presente proponemos que, a cambio de conceder la salida a Iosif y Evelyn Josephson, Henry Jacober pague el transporte de las 50 ovejas de Australia a Bucarest.

Julio de 1960

Según lo acordado con Jacober, él debía entregar solamente 80 ovejas corriedale. Sin embargo, como el espacio disponible en el avión lo permitía, ha entregado 100. El precio de las 20 ovejas suplementarias es de 6720 dólares. Como una manera de pagar esta suma, podemos permitir la partida de un anciano de alrededor de sesenta años y de una pareja de unos cuarenta. […] Si optamos por esta solución, Jacober podría aportar 40 cerdos landrace adicionales, por un valor de 5600 dólares. […] Esto supondría un ahorro total de 12 320 dólares.

20 de agosto de 1960

Para el transporte de toros cebú por ferrocarril se necesita un permiso de tránsito expedido por las autoridades de la República Socialista de Checoslovaquia. Como dicho permiso aún no ha sido expedido por los camaradas checos, Henry Jacober ha propuesto que los toros sean transportados por vía aérea directamente a Bucarest. El coste del transporte es de 2700 dólares. […] Para poner fin a esta operación, Henry Jacober propone sustituir a Elena Constantinescu por Samoil Gropper […] y, para saldar el precio del transporte, solicita el visado para la esposa de este último.

Habida cuenta de las informaciones previas, proponemos que se aprueben visados de salida para Samoil y Lizeta Gropper, quienes podrán marcharse tras la entrega de los toros cebú.

El tal Samoil Gropper estaba encarcelado en la prisión de Vânători, en el «sector Lenin». Su liberación fue posible gracias a una entrega de toros.

24 de octubre de 1960

Jacober entregará los dos toros cebú provenientes de África y pagará también su transporte hasta Bucarest. A cambio, pide que puedan marcharse Iosif Lupescu y su esposa Margareta. Son dos judíos de edad avanzada. […] Por los cinco cerdos y por el esperma, Jacober pide que las personas siguientes tengan derecho a marcharse: Sigmund Schwartz y su mujer Silvia; Șaraga, Ștefania y su hijo Ion Alin.

10 de diciembre de 1960

En las últimas charlas con Jacober hemos entendido que él está interesado en obtener visados de salida para 23 personas y que, a cambio, se ofrece a proporcionarnos una serie de animales de raza, altamente productivos y de sumo interés para nuestra economía nacional. […]

1. Teniendo en cuenta nuestras necesidades, se le comunicó a Henry Jacober que estamos interesados en adquirir los siguientes animales:

- 10 lechones daneses;
- 1 verraco landrace danés de 10 meses, listo para criar;
- 2 toros cebú africanos;
- 4 vacas cebú;
- 2 toros jersey;

- 10 vacas jersey;
- 2 toros frisones;
- 10 vacas frisonas;
- 80 cerdas landrace inglesas;
- 10 verracos ingleses.

También se le comunicó a Henry Jacober que estamos interesados en unas ovejas wanganella procedentes de Australia. Todos estos animales se traerán al país a expensas de Henry Jacober y se entregarán en buenas condiciones.

2. A cambio de los animales mencionados, Henry Jacober ha pedido que se les otorgue un visado de salida a las siguientes personas:

- ȘARAGA Ștefania - 42 años de edad
- NEFIANU Alin Ion - niño, 6 años de edad
- KLARSFELD Silviu - 29 años
- KLARSFELD Gabriela - esposa de KLARSFELD
- DAN Andrei - niño, 3 años
- FILDERMAN Lucia Denise - 57 años
- STERN Clara - 73 años
- GROPPER Samoil - 54 años
- ÉLEVEUR Lizeta - esposa
- LUPESCU Iosif - 55 años
- LUPESCU Margareta - esposa
- MÜLSTOC Mayer - 41 años
- MÜLSTOC Golda - esposa
- BELIGRADEANU Felix - 61 años
- BELIGRADEANU Lola - esposa
- SWARTZ Sigmund - 71 años
- SCHWARTZ Silvia - esposa
- FILDERMAN Leopold - 61 años
- FILDERMAN Anfelica - esposa
- GEORGE Silviu - 59 años
- GEORGE Renée - esposa
- GEORGE Lumiora - hija, 20 años
- GEORGE Ioana - hija, 14 años

Se adjuntan los ficheros relativos a la situación de estas personas.

Así fue vendida Lucia Filderman, de cincuenta y siete años. Cerdas,

toros cebú y un montón de vacas salvaron su vida. Su cuñado, Leopold, apodado «Poldi», estaba en la misma lista. Ese año, bajo presión internacional, Rumanía se había visto obligada a poner fin a su práctica de trabajos forzados. Poldi volvió a Bucarest, donde permaneció preso. Pese a que la familia Filderman estaba dispuesta a pagar una fortuna, el traficante fracasó varias veces en su intento de conseguir que lo liberaran y le dieran papeles. Sin embargo, el resto de esta circular deja entrever que, si fuera posible un «visado de salida» para Poldi, «podrían continuarse las conversaciones con Henry Jacober para obtener las ovejas wanganella». Por un puñado de ovejas, el régimen estaba dispuesto a ceder…

8 de febrero de 1961

Henry Jacober se compromete a entregar los siguientes equipos y animales de raza:

1.

- 4 grandes máquinas de marca Giant, útiles para la producción de forraje, con una capacidad diaria de 12 toneladas cada una;
- 2 máquinas pequeñas, con una capacidad diaria de 6 toneladas.

Ambas están totalmente automatizadas y su precio aproximado es de 21 000 dólares, incluidos el transporte y el montaje. Ambas máquinas se entregarán en dos meses.

2.

- 8 vacas ayrshire;
- 3 toros ayrshire;
- 2 vacas aberdeenangus;
- 1 toro aberdeenangus;
- 3 ovejas lincoln longwool en gestación, con una productividad anual de unos 12 kg de lana de buena calidad;
- 2 carneros lincoln longwool;
- 3 ovejas suffolk en gestación, con lana de buena calidad;
- 2 carneros suffolk;
- 5 lechones landrace daneses;
- 3 ovejas pepin-wanganella de lana muy fina (merino australiana) cuya exportación no está autorizada;

- 2 carneros pepin-wanganella;
- 4 perros collies, que se utilizan para vigilar el ganado y eliminan por completo la necesidad de guardianes.

El precio de los citados animales, incluido su transporte a Bucarest, asciende a más de 25 000 dólares estadounidenses. Adicionalmente, Jacober se compromete a entregar a Bucarest determinados instrumentos médicos de alta tecnología (implementos para la inseminación artificial, jeringuillas de tuberculina, herramientas para tatuar y marcar a los animales, etc.), así como ciertas cantidades de medicamentos usados para prevenir y controlar enfermedades.

A cambio de los enseres y animales ya mencionados, Jacober solicita un visado de salida para estas personas:

Otton DANIEL, Maria DANIEL
Moritz MATASANU, Rasela MATASANU, Ely STRULOVICI
Erwin WEXLER, Bela WEXLER, Nadia WEXLER, Rebeca DAVIDSOHN
Bernard KATZ, Olga KATZ
Emanuel SHAPIRO
Henri STORFER, Elsa STORFER
Israel GOLDSTEIN, Sonia GOLDSTEIN, André GOLDSTEIN, Irène GOLDSTEIN
Stefan KERTESZ, Iudith KERTESZ

10 de mayo de 1961

Yo, Jacober Henry, por la presente me comprometo, conjuntamente con los representantes del Ministerio de Agricultura, a adquirir y pagar lo siguiente:

- un matadero totalmente automatizado de la compañía Gordon Johnson en Inglaterra, con una capacidad de 1000 a 1200 aves/hora. […] Pagaré el transporte y el seguro del matadero. […] Se cubrirá el coste de la asistencia técnica necesaria para el montaje y puesta en marcha de este matadero, de acuerdo con la oferta.

La lista de los ciudadanos que se incluyen en esta operación queda establecida de la manera siguiente:

1. GEORGE Silviu con su familia
2. KATY Bernard con su familia
3. KRIEGER Theo con su familia en abril de 1961

4. CONESCU Jean con su esposa
5. BLUMEN David con su familia
6. SUDIT David con su familia
7. TANSIG Pavel con su familia
8. TISEBLER Dora
9. DANIEL Constantin en mayo de 1961
10. FELDMAN David con su familia
11. BANUȘ Arthur con su familia
12. DERUNER Herman con su familia
13. WOLLMAN Rebeca
14. GOLDSTEIN Iosif con su esposa
15. CRISBĂȘENU Alexandru, mayo de 1961
16. JIANU Ionel con su familia
17. SAMUELI (Ana, Isabela, Valeria)
18. TOROSIAN Herant
19. MEȚIANU Ion, junio de 1961
20. FILDERMAN Leopold con su esposa
21. GROPER Samuel con su esposa, julio de 1961
22. BERINDEI Ion (en julio de 1961 saldrá de la cárcel)
23. STERIAN Simion (abandonará el país el 10 de mayo de 1961)

Se enviará un telegrama cifrado al señor Jacober para informarle de que las personas mencionadas tienen en su poder los documentos necesarios para el viaje.

Parece que estas personas eran muy caras… En la lista estaban Leopold Filderman, cuñado de Lucia, y su esposa. Henry Jacober había logrado por fin conseguirles un visado de salida. ¡No hay preceptos ni leyes que valgan ante la promesa de un matadero totalmente automatizado! Así que Poldi llegó a París, se convirtió allí en uno de los reclutadores de Henry Jacober y vivió de las comisiones que el traficante le pagaba por cada familia que él introducía en la red. La red se fue haciendo cada vez más amplia.

En esta misma lista, señaladas con el número 17, aparecen tres mujeres con el apellido Samueli. ¿Es posible que dos de ellas fueran las hermanas Samueli, las mismas espías que «implicaron» a mi abuela? No he podido confirmarlo. Tal vez se trate simplemente de apellidos homónimos. A no ser que las agentes, tras un duro paso por la cárcel, hayan sido recuperadas por los países que las habían empleado y hayan salido de Rumanía el mismo año que Gabriela, por el mismo cauce…

25 de septiembre de 1961

Jacober nos ha dado una lista de judíos por los que —según él afirma— le pagará la organización sionista Joint. Para conceder el visado de salida, [nosotros le hemos] pedido a Jacober 300 000 dólares. En estos momentos él está en negociaciones con el representante de Joint en Nueva York, en procura del importe solicitado.

El 6 de noviembre de 1961, la Dirección de Inteligencia Exterior establece una primera evaluación:

A partir de 1959, en el marco de esta operación, se han llevado a cabo varias acciones que dieron lugar a la concesión de visados de salida a 156 personas. De ellas, 13 cumplían diferentes penas de prisión (7 por actividades contrarrevolucionarias y 6 por delitos comunes) y recibieron el indulto correspondiente a las penas que debían cumplir.

Como resultado de estas acciones, nuestro Estado obtuvo un ingreso aproximado de 635 550 dólares en bienes y divisas, según se detalla a continuación:

1. Animales de explotación por un valor de 216 170 dólares.
2. Seis equipos automáticos destinados a la alimentación de animales por un valor de 9110 dólares.
3. Máquinas-herramientas por un valor de 290 270 dólares. Se celebraron contratos con varios países capitalistas para la compra de ocho máquinas:

- tres fresadoras universales con sus respetivos accesorios de la empresa SHW de la República Federal de Alemania (RFA);
- una máquina para tallar hormigón y acanalar superficies de hormigón con ciclos de rodillos automáticos, así como los accesorios necesarios de la empresa Rouchaud, de Francia;
- dos rectificadoras de roscas con los accesorios necesarios de la empresa Lindner, de Alemania;
- una rectificadora de roscas con los accesorios necesarios de la empresa Reisbauer, de Suiza
- una taladradora con los accesorios necesarios.

En promedio, hemos obtenido unos 4000 dólares por persona. […] En un futuro próximo será posible ultimar otras dos negociaciones a

gran escala, que nos reportarán unos 800 000 dólares.

Pese a la magnitud de los beneficios económicos, la inteligencia exterior rumana también enumera los «aspectos negativos» de la operación Jacober. En primer lugar, «el hecho de que la operación se ha enfocado únicamente en los ingresos y en las actividades comerciales, descuidándose el aspecto operativo». ¿Hubo desórdenes o retrasos? ¿Pretendía la Securitate mejorar los porcentajes, aumentar la eficacia? ¿Sacar más judíos del país para traer más ganado y más maquinarias de trabajo? En cualquier caso, la policía política criticaba, o al menos ponía en duda, la organización del «aspecto operativo». En cambio, el documento no se preocupa en absoluto del carácter moral del trueque. La reacción de Nicolae Ceauşescu, cuatro años más tarde, demostró lo escandaloso que podía ser este tráfico. Pero cuando todo se puso en marcha la Securitate no pareció plantearse ninguna pregunta, no formuló ningún reparo de índole escrupuloso ni señaló que hubiera que tomar precauciones. Ni una palabra al respecto. En un régimen autoritario, no existe aquello de lo que no se habla.

15 de febrero de 1962

Jacober ha presentado una nueva lista de 88 personas y ofrece 130 000 dólares a cambio. Tras deliberar con nosotros, ha accedido a aumentar la cantidad a 238 000 dólares, cifra que aprobaremos.

21 de octubre de 1962

En la reunión con Jacober se acordó que, a cambio de 700 000 dólares, se permitiría salir del país a 310 familias de nacionalidad judía.

Si la confesión del general Ion Mihai Pacepa quedó parcialmente en letra muerta, fue porque los archivos de la inteligencia rumana estaban clasificados entonces como «secretos de defensa». Tras la caída del régimen, la apertura de los archivos de la Securitate se hizo de forma muy gradual. Algunos documentos fundamentales no se desclasificaron hasta 2014. Diversos investigadores pudieron por fin hacerse con ellos, como por ejemplo Radu Ioanid, quien publicó en Estados Unidos y en Rumanía un amplio estudio sobre el exilio monetizado de los judíos rumanos. La primera edición se publicó en 2005, la segunda en 2021. Este trabajo magistral es hoy una obra de referencia.

He extraído todas estas listas del libro de Ioanid, porque en ellas figuran los apellidos de los candidatos al exilio, sus edades, sus esposas, sus hijos y su precio. Sí, su precio. Y esas menciones dignas de exposiciones agrícolas, los lechones daneses, las vacas frisonas, las ovejas merinas… Sin olvidarnos de las máquinas para tallar hormigón… Máquinas francesas, por favor. Y sin olvidarnos tampoco de los registros contables que anotan dólar a dólar lo que cuesta cada cosa, lo que se ingresa a cambio.

Mi madre conoció estas listas hace poco. Se quedó estupefacta, profundamente herida. Años atrás, se había tomado la molestia de pasar una semana en Bucarest para examinar los expedientes de sus padres, archivados por la Securitate. Se enfrentó así a toda aquella intimidad robada por la policía política, a la mezquindad de los delitos cometidos contra su familia, a la bajeza y la estupidez de los cargos y de los testimonios en su contra. Sufrió toda la violencia de esos expedientes casi judiciales que el historiador Philippe Artières califica de «biografías sufridas». Pero esto fue poca cosa al lado de unas planillas contables que asociaban el nombre de sus padres con un cargamento de cerdos daneses.

Allí estaba escrito «Deleanu», con todas las letras. No reproduzco aquí la nota donde aparece el apellido porque el caso Deleanu es especial y voy a abordarlo en el próximo capítulo, en el que examinaré el valor de los cerdos que se proponían a cambio. No está mal tener conciencia de lo que uno vale realmente. Descubrir el propio apellido en las listas de Jacober es como recibir un golpe de realidad en la cara, una realidad implacable. Descubrir el propio apellido en las listas de Jacober también puede causar mareos. Yo misma, que no me llamo Deleanu, quedé absorta y no supe a qué atenerme. Un comercio, o más bien un trueque de seres humanos en la década de los sesenta, vaya historia ignominiosa. Y, sin embargo, fue gracias a esta abyección que mis abuelos, mi madre, mi tía, mi bisabuela —y miles de personas más— obtuvieron su libertad.

Libertad, libertad. Libertad para expresarse en voz alta, para pensar, para protestar, para vestirse, para aprender, para comprender, para moverse. Libertad para ser quienes ellos dos deseaban ser. Ya no se les asignaba una identidad. Nadie en Francia obligaría a los Deleanu a ser esos judíos que ellos no querían ser. Libres del miedo.

En Rumanía, ellos habían fracasado. Las listas lo dejan claro. Las listas son prueba evidente de ello. Entre los ciudadanos «canjeados» por el régimen había, sin duda, un puñado de opositores políticos cristianos o de alemanes provenientes de una minoría étnica de Transilvania que los rumanos siempre habían despreciado. Pero nadie puede negar la realidad: este comercio de seres humanos fue un comercio de judíos. A principios de 1945, antes de que naciera su

primera hija, Harry y Gabriela se precipitaron al registro civil para rebautizarse Deleanu. Quince años más tarde este mismo nombre, este nombre sin lazos con el pasado, aparece en las listas de Jacober. Deleanu entre Davidsohn, Katz, Feldman, Shapiro, Goldstein, Kertesz, Samueli, Bauxman, Fischer, Grunfeld, Friedel, Blumen, Wollman, Gropper, Klarsfeld, Schwartz… En 1961 era evidente que el viejo mundo había alcanzado inexorablemente al nuevo. El nuevo apellido no logró que el anterior cayera en el olvido. Descubrir el propio apellido en las listas de Jacober es entrar de golpe en la historia, esa historia de la que las generaciones anteriores hicieron todo lo posible por salir.

Quise dejar todo esto en manos de un especialista, así que me puse en contacto con Radu Ioanid, quien se licenció en Rumanía, se exilió como tantos otros, fue investigador en la École d'Études en Sciences Sociales de París, se instaló luego en Estados Unidos, donde continuó sus labores en el Holocaust Memorial Museum de Washington, y seguidamente asistió a Elie Wiesel en la Comisión Internacional de Estudios sobre el Holocausto de Rumanía. Encontré a Radu Ioanid en Israel, donde ejerce como embajador de Rumanía. Ahora lo llaman «Su Excelencia».

Le expliqué que soy hija, nieta y bisnieta de unos nombres que figuran en las listas de Jacober, que nací en París y que —lo pasado, pisado— mi madre decidió no enseñarme su lengua. Lo cual explica por qué no leo en rumano. El embajador me pasó una futura versión de su obra en inglés. Así, pude examinar las anotaciones de la Securitate, necesarias para mi propia investigación. Le hice a Radu Ioanid una última pregunta sobre el traficante. ¿Henry Jacober, a su criterio, fue un filántropo que salvaba vidas o el más cínico de los comerciantes de cerdos? El historiador reconvertido en diplomático no me respondió.

EL BUEN CERDO

En el principio, los rumanos querían cerdos. Y no un cerdo cualquiera. El régimen soñaba con la raza por excelencia: la landrace. Los primeros telegramas intercambiados entre la embajada de Londres y Bucarest mencionaban, en 1958, la compra de cinco verracos y seis cerdas. Su transporte planteaba un problema. La oficina británica se preguntaba si era necesario «fletar un vuelo especial por el precio de 800 libras». ¿«Expedir los cerdos en un vuelo regular»? ¿«Enviar un avión exclusivo desde aquí»? Se optó por la primera de las dos alternativas. El vuelo despegó el 6 de junio con once cerdos, provisiones para dos días y todos los documentos sobre su cría, que debían ser remitidos al Ministerio de Agricultura y Recursos Forestales.

Al Ministerio pareció convencerle la calidad del ganado que Henry Jacober le había suministrado. Muy pronto, en junio, una nota de la Securitate propuso que se confirmara a Jacober en su papel de intermediario, sobre todo porque los primeros cerdos enviados eran ingleses, pero el Partido aspiraba a un origen que se tenía por «superior»: Dinamarca. El problema era que este país deseaba conservar el monopolio de sus razas autóctonas. Se había vuelto un gran exportador de tocino y protegía sus beneficios comerciales prohibiendo la venta de cerdos vivos o de semen porcino al extranjero. Los controles fronterizos tenían fama de muy estrictos. Con todo, Henry Jacober les aseguró a sus contactos que él era capaz de hacer que salieran cerdos de Dinamarca. Los rumanos se preguntaban cómo, pero eso no importaba. Habían encontrado a su hombre. Y, sobre todo, habían encontrado a su cerdo.

La raza autóctona danesa, la landrace, la panacea. El miembro de la Academia de letras francesa Erik Orsenna se zambulló con pasión en la historia mundial del cerdo, de la que extrajo un pequeño tratado que plantea ciertos puntos de sumo interés, tanto éticos como genéticos. Para Orsenna, el cerdo no es un tema como cualquier otro. Es el animal de su patria bretona. El cerdo es la tierra natal, es una historia de infancia, es una historia familiar. Por mi parte, intento comprender qué hace tan valiosa a esta célebre landrace. Estudio

concienzudamente las publicaciones de agronomía dedicadas a ella. Quiero saberlo todo acerca de este animal que permitió a mi familia cruzar el telón de acero. Con el entusiasmo que lo caracteriza, Erik Orsenna me ofrece su ayuda. «¡Ya verás, el cerdo es extraordinario! El cerdo es económico; el cerdo es político; el cerdo es moral. Se puede contar toda la historia de la humanidad a través del cerdo.» No se imagina hasta qué punto está en lo cierto.

La mayoría de las crías contemporáneas se limitan a cuatro razas. La landrace nórdica es la segunda más común. Uno de los pioneros de la exportación de cerdos en Francia se llama Jacques Drioux. Me pongo en contacto con él a través de Erik Orsenna, quien gracias a su libro se ha convertido en un *rock star* del universo porcino. Jacques Drioux calcula que la raza landrace llegó a Francia a principios de la década de los sesenta. En 1963 se creó, en el Institut Agronomique, un «libro genealógico del cerdo de tipo francés». En estos mismos años, Irlanda, Canadá y Australia también lograron hacerse con ganado landrace, alcanzando así a Inglaterra, que había logrado su acceso justo después de la Segunda Guerra Mundial. De modo que Rumanía, pese a la desastrosa «transformación agraria socialista» y gracias a Henry Jacober, consiguió entrar en un mercado porcino que empezaba a globalizarse. Los mismos cerdos, las mismas técnicas de cría intensiva que en los países capitalistas. ¿La diferencia? Las otras naciones no habían obtenido sus cerdos landrace por medio de la venta de sus judíos.

Este último aspecto le da un cariz muy específico a la estrategia porcina rumana. Al comienzo del proyecto, un informe *top secret* de la Dirección de Inteligencia afirmaba que «es muy necesario obtener diversos ejemplares de landrace danés (machos y hembras)» con el propósito de «criar y multiplicar esta raza pura en el país». Pureza de raza. ¿Hasta dónde puede llegar la irreflexión? No contento con equiparar el valor de la vida humana de un ciudadano judío al de los animales de granja, el régimen rumano eligió al cerdo, el animal prohibido por excelencia. Dentro de la cultura popular, era incluso lo que caracterizaba al judío, definido como aquel que no come cerdo.

Mi familia fue intercambiada en 1961. Pero el trueque masivo de judíos por puercos comenzó en Rumanía a finales de los años cincuenta; o sea, la década siguiente a la Segunda Guerra Mundial, a las leyes raciales y a la Shoah. Lo cual significa que los judíos, tachados por los antisemitas de «raza inferior e impura», fueron usados en Rumanía como moneda de cambio para obtener la misma carne de cerdo que les estaba prohibida, todo con la idea de implantar en dicho país una raza porcina a la que se tenía por «superior y pura». Los paralelismos resultan edificantes.

¿Por qué era tan deseable esta variedad danesa? Ocurre que es el

producto de un importante trabajo de selección genética, realizado a finales del siglo XIX. De acuerdo con Erik Orsenna, el resultado fue «un cerdo blanco, muy grande y con las orejas caídas. Un animal prolífico: trece lechones por camada, veinticuatro al año, sexualmente precoz (capaz de reproducirse a partir de los ocho meses de edad). Las madres son mansas, rara vez se comen a sus crías. Su carne responde a las necesidades industriales». Otras publicaciones agronómicas destacan el fino pelaje del landrace danés, así como el hocico largo, los flancos impecablemente suaves, el alto porcentaje de carne en el lomo y en la carcasa, y su excelente «índice de rendimiento»; es decir, la escasa cantidad de alimento necesaria por cada kilogramo de carne producida. Sin embargo, lo que más llama la atención es lo alargado de su cuerpo. «En otros tiempos se afirmaba que tenía una costilla de más», se ríe nuestro pionero del transporte de animales, Jacques Drioux. Y añade, como consecuencia de haberse ocupado él mismo del envío de contingentes enteros, que el cerdo landrace viaja sin problemas en avión y no sufre en absoluto si las distancias son largas. Lo mismo podía decirse de los judíos de Rumanía. Buena noticia, por lo tanto, porque era posible traer una mercancía y enviar otra de vuelta. Importación y exportación.

LA VALIJA DIPLOMÁTICA

Henry Jacober conocía bien su negocio. Entre 1958 y 1965 se las había arreglado para conseguir que decenas de miles de lechones salieran del territorio de Dinamarca. «Los animales eran anestesiados, transportados primeramente en los maleteros de unos coches especiales y después en unos camiones refrigerados, provistos de unos sellos diplomáticos que desarmaban la curiosidad de los aduaneros», ha contado Ion Mihai Pacepa. Puedo imaginarme la cara de los diplomáticos. La escena se presta a la comedia, hay algo rematadamente cómico e incluso burlesco en este tráfico porcino gestionado por policías y por espías. Y el general en el exilio concluía: «¡Por entonces la valija diplomática rumana transportaba más a menudo muestras de esperma de cerdo o de ternera que secretos tecnológicos y militares!».

Algunos tropiezos, no obstante. En octubre de 1960, un empresario canadiense de visita en Londres descubrió que los rumanos se las habían ingeniado para recibir ganado landrace de Dinamarca por intermedio de Inglaterra. De regreso en Canadá, informó de esto a las autoridades, que a su vez se comunicaron con Copenhague. Los daneses abrieron una investigación y siguieron una pista que los condujo hasta Jacober, pero este último lo negó todo, siguió adelante con sus negociados y encubrió a la Securitate rumana, su verdadero cliente.

La policía política se implicó cada vez más en este asunto del tráfico. No solo velaba por la correcta aplicación de los acuerdos entre Jacober y su contacto de Londres, sino que sus agentes se consagraban a buscar en el extranjero a los mejores animales reproductores y a conseguir que los enviaran a Rumanía en vuelos chárter fletados por Jacober. Una vocación ciertamente extraña para un servicio de inteligencia convertido en proxeneta y caja registradora del régimen. En cuanto al Ministerio del Interior, pronto se convirtió en el mayor productor de carne de Rumanía: controlaba granjas de pollos, pavos, ovejas y vacas.

Pero volvamos a los cerdos. El Partido Comunista Rumano sacó un excelente rédito de esta experiencia. No así la población, que carecía

de todo y apenas se benefició de esta abundante producción porcina reservada a la exportación. «A inicios de 1965, Rumanía era capaz de producir cincuenta mil cerdos landrace al año, que vendía a Occidente en forma de jamón y tocino, todo gracias a los buenos oficios de Henry Jacober», resumió el general Ion Mihai Pacepa. El cerdo de los huevos de oro. El régimen ingresaba divisas, unas sumas colosales. Lo recaudado se mantenía en secreto, en una cuenta a la que únicamente tenía acceso el primer secretario Gheorghe Gheorghiu-Dej. En resumen, nadie estaba al corriente de nada, pero durante seis años Rumanía vendió judíos, importó cerdos, exportó chacinas e ingresó divisas. La muy rentable balanza comercial exigía que los judíos se transformaran en cerdos para así generar dinero, muchísimo dinero.

En el otoño de 1961, cuando mis abuelos se vieron abruptamente privados de sus papeles de salida, Henry Jacober hizo algo más que enviar una dura misiva a sus contactos rumanos. Conocía la codicia del régimen. Jugaba con ella, era incluso su principal palanca. ¿El expediente de Harry Deleanu estaba bloqueado? Jacober redobló la apuesta. Él lo veía todo desde un ángulo puramente comercial: como un asunto de oferta y demanda. Los judíos eran multitud, por lo que su valor alcanzaba valores relativamente bajos. Los cerdos landrace eran difíciles de conseguir, su precio no cesaba de aumentar. Para torcerle el brazo a su interlocutor, el traficante empezó por recordarle en su carta que «se han dispuesto todos los preparativos para el transporte de un lote de vacas frisonas con pedigrí a la República Popular de Rumanía». Acto seguido, Henry Jacober propuso añadir a la operación «quince cerdos landrace ingleses y un verraco landrace danés»; es decir, un valioso macho reproductor, la joya por excelencia. El traficante remató diciendo: «Su valor asciende a cincuenta y seis mil dólares, que serán pagados por usted en futuras operaciones». Traducción: mi oferta supera con creces el precio fijado para la familia Deleanu, se necesitarán más judíos para saldar la cuenta.

LOS CABALLOS SACRIFICADOS

Un episodio poco conocido de la historia rumana, coetáneo exacto del «trueque» de los judíos y de la partida de mis abuelos, arroja luz sobre los vínculos, increíblemente retorcidos, entre la burocracia comunista y la vida cotidiana. En 1957, el viceprimer ministro Alexander Moghioros ordenó el exterminio de todos los caballos de Rumanía. Un sacrificio masivo planificado y ejecutado por el Estado. La razón aducida fue que los caballos consumían demasiada avena y privaban de alimento al ganado. En realidad, a sus ojos los caballos enclaustraban al campesinado en tradiciones que los comunistas consideraban atrasadas.

Más de un millón de caballos poblaban en aquellos momentos los campos de Rumanía. Los agricultores se enorgullecían especialmente del caballo rumano, célebre por su fuerza y su capacidad de tracción. Por otra parte, Rumanía estaba orgullosa de una tradición equina de tres siglos. Las numerosas casas de cría del país habían abastecido de caballos a los grandes ejércitos europeos, incluso a las tropas napoleónicas. Al Partido le disgustaba esta historia, como le disgustaba todo lo que hablaba de un pasado que era preciso eliminar. Los comunistas querían un país volcado por entero hacia la modernidad. El campesino rumano debía pasar al tractor. El régimen, por lo tanto, inauguró unas espléndidas escuelas dedicadas al pilotaje de estas máquinas e incitó vivamente a las mujeres a que se formaran en ellas. El orgullo mecánico debía remplazar al orgullo animal. Una enorme cosechadora roja ocupaba el centro de la primera bandera de la República Popular de Rumanía. ¡Pobre del caballo que se opusiera a este ideal mecanizado!

Para empezar, se retiraron los caballos de las granjas que los poseían. Cada familia tuvo que confiar sus animales a las diversas cooperativas de producción agrícola que florecieron en el país. En 2010, un periodista del diario *România Liberă* localizó a testigos de aquella época. La violencia de este episodio atormentaba aún sus recuerdos. La decisión del viceprimer ministro de ordenar el sacrificio de todos los caballos del país fue tomada, al parecer, en un arrebato de ira, en el curso de una visita a una cooperativa agrícola. Los

caballos, hermosos y algo altaneros, muy pronto fueron usados como chivos expiatorios del fracaso estrepitoso de la colectivización de la tierra. Ocurrió cuando Rumanía, a la que se consideraba el «granero» de Europa, se sumió en una escasez crónica.

A partir de 1958, se prohibió alimentar a los equinos. Sus raciones tenían que ir a parar a las vacas y a los cerdos, los famosos cerdos cuya cría se anhelaba intensificar. Los cerdos viajaban en avión, el régimen se desvivía por engordarlos mientras redoblaba la terrible campaña para matar de hambre a los caballos. La población rural se acuerda de cuando estos hermosos animales andaban famélicos, medio locos, con los ojos desorbitados. El espectáculo era tan insoportable que algunos empleados de las cooperativas les daban de comer en secreto, aun a riesgo de ser encarcelados.

Una mujer que pasó su infancia en Mihailesti, no lejos de Bucarest, le contó al periódico *România Liberă*: «Todavía me dan ganas de llorar cuando pienso en todo ello. Mi abuela tuvo que entregar sus dos caballos a la cooperativa y pude ver cómo se debilitaban. No los cuidaban, no los alimentaban, finalmente los mataron. No olvidaré estas imágenes por el resto de mis días». De 1958 a 1965, los caballos de Rumanía fueron sacrificados metódicamente. En los pequeños poblados nadie quería hacer el trabajo sucio. Se enviaron, pues, verdugos improvisados a todo el país. Los relatos hablan de caballos atados a los árboles y despedazados con hachas o también de animales descuartizados y «hervidos en grandes recipientes». «Las mandíbulas se daban de comer a los cerdos y a las aves de corral de las cooperativas. Los restos se utilizaban a veces como alimento en las explotaciones piscícolas», explica *România Liberă*, que califica este caso de «pogromo animal».

Semejante barbarie resulta pasmosa. El régimen no cesaba de ajustar cuentas con el mundo agrícola. En el plano político, los comunistas se estaban vengando de una tradición ideológica propia de Rumanía: el «campesinado». Al Partido le resultaba difícil erradicar esta corriente nacionalista, tan inveterada. Por otra parte, muchos de los cuadros del régimen provenían del medio rural y en ellos perduraba el miedo a la pobreza. «Era necesario romper con un pasado vergonzoso, con orígenes odiados, con infancias miserables y sin horizonte. El leninismo era un arma poderosa al servicio del resentimiento social», señala la historiadora Catherine Durandin. No hubo compasión con los campesinos.

Entre 500 000 y 800 000 caballos fueron asesinados por puro delirio dogmático. Probablemente ningún otro país del mundo perpetró semejante masacre de animales. No obstante, fue el mismo Gobierno el que decidió comerciar con sus judíos, incluida mi familia, a cambio de animales y equipos mecánicos para acelerar la

explotación de la ganadería nacional. Las órdenes también llegaron a través del Ministerio de Agricultura. Y los dos procesos tuvieron lugar exactamente al mismo tiempo: 1958-1965. Un paralelismo vertiginoso. Se mataron cientos de miles de animales inútiles; se canjearon seres humanos contra animales útiles; se hizo un trueque indiscriminado entre personas y máquinas agrícolas. El régimen sometió a los vivos a los imperativos de la productividad agrícola. El caballo fue exterminado, el judío fue comercializado, el cerdo rumano aumentó su rendimiento: estaba listo para la exportación.

Henry Jacober demostró ser un comerciante pragmático y perspicaz. Al hacerse traficante, aprovechó algo más que una oportunidad para enriquecerse: metabolizó el espíritu de una nación cegada en su carrera hacia la productividad y lastrada por un intenso pasado antisemita. Mis abuelos ignoraban los acuerdos entre Henry Jacober y las autoridades, acuerdos de los que ellos formaban parte. Poniendo todos estos elementos en perspectiva, veo más que la mercantilización de judíos rumanos sobre la cual ha indagado la obra de Radu Ioanid. Siento que mis abuelos y tantos otros fueron transformados, sin que ellos lo supieran, en eslabones de una cadena alimentaria contra natura. Una cadena alimentaria en la que un ser humano estaría por encima de un caballo, pero por debajo de un cerdo. El cerdo, el depredador supremo.

LOS APÁTRIDAS

EL BAÚL

Aunque el teléfono estaba bajo escucha, Lucia Filderman había hecho lo correcto llamando a Henry Jacober al Athénée Palace. Le habló de mis abuelos, que habían sido privados de su documentación y languidecían en libertad condicional. Las insistentes amenazas de Jacober a las autoridades, sumadas a una espectacular negociación de precios en términos de verracos y cerdas, desbloquearon la situación. Se acercaba el Navidad (mi abuela siempre decía «el Navidad») de 1961 cuando Harry y Gabriela Deleanu recibieron por fin una hoja de ruta y un visado de salida. Henry Jacober les explicó que no debían perder tiempo. Había que salir del país en cuestión de horas. La situación podía cambiar de un momento a otro; la salida podría verse comprometida para siempre.

Se notaba que no conocía a Gabriela: por supuesto, todo estaba preparado. La familia podía llevar muy pocas cosas al extranjero. Mi abuela, con un cuidado maníaco, había sopesado ya la utilidad de cada objeto. Había hecho así una selección hasta los límites vitales. Esto la mantuvo ocupada y con certeza la ayudó a sobrellevar tantos meses de espera. Regaló mucho y vendió el resto para sobrevivir. Se quedó tan solo con lo permitido: dos maletas por persona y un baúl que fue enviado en un tren de mercancías. Este baúl —que aún conservamos— había pertenecido a los padres de Harry: Elias y Sally Greenberg. Su padre lo había utilizado en el siglo XIX para emigrar a Estados Unidos, y la pareja había guardado en él sus objetos más preciados para regresar a Rumanía en 1908. Un baúl, tres generaciones, tres migraciones, tres viajes: Bucarest-Houston, Houston-Bucarest, Bucarest-París. Son prueba de ello las etiquetas rotas y cuarteadas que ahora lo decoran por fuera. En casa de Harry y Gabriela, en Bucarest, el voluminoso baúl pasó unas cuantas semanas en un pasillo hasta que la partida al fin se autorizó.

Su contenido llegó a ser objeto de un largo debate. Mis abuelos sabían que en la aduana vaciarían metódicamente el baúl y lo registrarían a fondo. Finalmente se decidió que contendría lo estrictamente necesario para reconstruir un hogar en Occidente. A medida que lo llenaban de utensilios, hicieron un inventario. Lo

esencial de la comodidad moderna: un juego de cacerolas y sartenes, una olla para guisar, cubiertos, sábanas, fundas de almohada, toallas, mantas, edredones rehechos para la ocasión, el molinillo para coser, los guantes de esquí tejidos a mano, el gran calzador de madera… Mis abuelos hicieron un esfuerzo enorme para llevarse consigo cosas que, vaya ironía, eran baratas y fáciles de conseguir en Occidente. Pero ¿cómo podían saberlo? Harry y Gabriela no tenían la menor idea de cómo era París en la década de los sesenta. Víctimas de su realidad, se aferraban a los objetos, a lo concreto, a lo que los tranquilizaba. Satisfacían sus necesidades primarias: comer, dormir, asearse, protegerse del frío.

Y conservar los recuerdos, por supuesto. Se habían llevado consigo unos pocos objetos clave que mantendrían medio viva en París su casa de Bucarest: el reloj de pie del salón, el gran jarrón de cerámica, la lámpara de cristal de Murano, la vieja muñeca de Lena, el osito de peluche de Marina con sus patas asimétricas… Los álbumes de fotos estaban prohibidos porque se creía que facilitaban el transporte de documentos clandestinos. Así que las dos pequeñas Deleanu arrancaron una tras otra las imágenes y las enviaron por correo a Francia. Cada vez que cojo una foto y la examino, sonrío. En el dorso, hay pequeños rastros de pegamento amarillento y el papel se ve rasgado… También hay un número escrito a mano, un intento desesperado por fijar, años más tarde, la cronología de aquellos buenos tiempos.

El problema de los cuadros se había resuelto meses atrás, pero quedaba la cuestión de la perra. Su amiga Lucia Filderman se había marchado el año anterior. Los Deleanu se habían quedado con su perra, Gerică, a la que habían prometido traer a París. Gabriela y su hija menor, Marina, le habían cogido mucho cariño a Gerică. La comicidad del animal, muy peludo y totalmente despeinado, jugaba a su favor. Aunque Harry permanecía indiferente a sus encantos, tenía un gran sentido del deber y no podía negarle nada a Lucia, que era quien financiaba esta fuga. El dilema era considerable. La familia finalmente resolvió subir al tren sin la perra, ya que el viaje sería largo. La mascota haría el viaje sola, en avión. Todas las noches, antes de la partida, Marina se encargaba de encerrar al desafortunado animal en una gran caja de mimbre para que se acostumbrara a las condiciones de la bodega. Aturdida, la perra se debatía y aullaba. A mi madre se le revolvía el estómago. Finalmente lograron domesticar sus reticencias. En el aeropuerto, se quedó quieta en su jaula. La policía la sacó de allí antes de embarcar y le hicieron radiografías para asegurarse de que los Deleanu no le habían hecho tragar ninguna piedra preciosa. ¡Una perra sospechosa de pasar de contrabando los diamantes de la familia! Entre tantos preparativos que hicieron con el

corazón encogido, este fue el único episodio que hizo llorar de risa a Harry, a Gabriela, a Lena, a Marina e incluso a Roza, la abuela que nunca reía.

ATHÉNÉE PALACE

Llegó así el día de la primera reunión cara a cara. En diciembre de 1961 Harry Deleanu oyó decir que el traficante estaba en el Athénée Palace, de modo que marchó al hotel, entre montículos de nieve, resuelto a entrevistarse con él. A Henry Jacober no le gustaba la Bucarest nevada. No, no le gustaba en absoluto. Años atrás, las plantas bajas de las casas habían quedado completamente enterradas. Por la ventana de su dormitorio en el primer piso, mis abuelos habían sacado espátulas, pieles de foca y palos, y habían abierto un camino a través de la nieve. Como con la crecida excepcional del río Sena en París, en 1910, la Historia retiene el dato de una catástrofe, pero los niños atesoran el espectáculo de los mayores cruzando los bulevares en barca o en esquíes. Para Henry Jacober, la llegada de la nieve significaba ante todo demoras en sus negocios. Su rubro era el transporte. Y para poder transportar había que poder moverse.

Entrar en el gran hotel —nido de espías, esto nadie lo ignoraba—, enfrentarse a las miradas y mostrarse en público con el traficante que lo salvaría, todo esto exigió de mi abuelo una gran dosis de coraje. ¿En qué pensó mientras caminaba por la avenida Victorei, la calle más prestigiosa del país, la única a la que los comunistas no osaron cambiarle el nombre? Mi abuelo, estigmatizado desde su exclusión del Partido, estaba a punto de entrar en el corazón de la sociedad bucarestina. Cruzó el umbral y quedó deslumbrado por el resplandor de las arañas y por los focos que alumbraban las columnas de mármol amarillo de la inmensa sala. Harry llevaba meses viviendo una especie de larga noche. Una alfombra de color frambuesa cubría esas salas, imponentes y anticuadas, que no habían estado vacías ni una sola vez en los últimos cincuenta años. Recorrió el lugar a paso firme.

Me habría gustado mucho andar a su lado. Paladear los cotilleos y las imágenes de este lugar mítico de Bucarest donde, por segunda vez, se decidió el futuro de mi familia. Los estadounidenses han captado mejor que nadie el ambiente de este hotel. Los archivos de la revista *Life*, por ejemplo, están llenos de fotos del imponente edificio blanco. Construido a principios del siglo XX de acuerdo con el modelo del hotel Lutetia de París, finalmente resultó una versión simplificada de

este último, sin las torres ni las columnas que adornaban la fachada del original.

La periodista Rosie Waldeck describió minuciosamente la recepción modernista del Athénée Palace, con sus ventanas relucientes de aluminio y vidrio. Mujer mundana, convertida en condesa tras casarse con un aristócrata alemán, Waldeck adoraba los grandes hoteles europeos. El salón verde del Athénée, cubierto de espejos, con sus sofás de brocado y sus muchas mesas bajas, seguía siendo una referencia obligada. Sobre todo porque el ostentoso hotel Carlton de Bucarest no había sobrevivido al terremoto que sacudió la capital en 1940. La competencia había quedado reducida a un amasijo de yeso y alambre. El Athénée, en cambio, había salido indemne. Y ahora emanaba un orgullo de este edificio indestructible que, tal vez por esta razón, los comunistas no se atrevían a tocar.

El lugar, al mismo tiempo, arrastraba un pasado que los bolcheviques aborrecían y se empeñaban en olvidar. Durante la guerra, los fascistas triunfantes se habían pavoneado allí con sus nuevos aliados, mostrando a los alemanes los últimos vestigios de un arte de vivir que había alcanzado su cima. La flamante República Popular de Rumanía reprobaba esta sofisticación. Así y todo, el Athénée conservaba su influencia y su aspecto soberbio. El salón de belleza, todo de cromo, seguía atendiendo a sus clientes en dos niveles: los hombres abajo, las mujeres en la galería superior. Harry había llevado a sus dos hijas pequeñas a cortarse el pelo allí. Mi madre aún lo recuerda como un privilegio enorme. Las peluqueras y manicuristas del salón trabajaban, por supuesto, para la policía secreta. Así había sido, al fin y al cabo, durante tres generaciones e incluso durante tres regímenes políticos. Cabe preguntarse si aquellas expertas en champú no les proporcionaron sucesivamente informaciones a la guardia real, a la milicia fascista y, por último, a la policía comunista.

Henry Jacober estaba al corriente de todo esto y lo aceptaba con una media sonrisa. Quienes lo protegían eran poderosos. El traficante aguardaba a mi abuelo en la recepción. Hablaron en alemán, un idioma que Harry no practicaba desde hacía muchísimos años. Le causó orgullo no haberlo olvidado. Entonces, algo más tranquilo, le entregó a Jacober unos objetos muy valiosos: su título de ingeniero y los diplomas de musicología y francés de su mujer, llaves para volver a trabajar algún día. El régimen prohibía viajar al extranjero con documentos de esta índole. En consecuencia, los ciudadanos rumanos se encontraban sin *curriculum vitae*, sin nada que convalidase sus competencias, sin valor profesional más allá de las fronteras. Además de una carpeta de cartón, Harry le dio al traficante una caja llena de joyas. Nada de esto era lujoso ni tenía un precio excesivo. Había

gemelos del padre de Harry, el anillo de compromiso de su madre, un reloj de bolsillo que había pertenecido a la hermana de mi abuelo… Henry Jacober, pragmático e interesado, era también un hombre de palabra. Todo aquello sería devuelto. Documentos y baratijas.

EL TRAFICANTE

Cuánto me gustaría poder mirar a la cara a Henry Jacober, que murió en 1975, el año en que yo nací. Llevo mucho tiempo buscándolo, pero las fotografías suyas son muy raras y los testigos directos también empiezan a escasear. En 1961, Jacober sacó de Rumanía a personas muy acomodadas. Muchas de ellas ya no están entre nosotros. Los niños que pasaron por la ruta del traficante nunca vieron a Jacober, que no se aventuraba a los domicilios de sus «clientes». Solamente uno de los dos progenitores era designado como contacto, al otro no le quedaban más que retazos de una historia que se contaba entre susurros. En lo que atañe a Jacober, se redoblaban las precauciones.

¿Quién podría hablarme con detalle del traficante? Los abuelos siempre mueren demasiado pronto, mucho antes de que nos interesemos por su historia, antes de que les hagamos preguntas de verdad. Henry Jacober acabó apareciendo donde menos me lo esperaba: en el lugar donde trabajo, en la Maison de la Radio. Acababan de nombrar a una directora de antenas y programas. Ella y yo nos habíamos visto antes, pero fue la primera vez que conversamos de verdad. Sabía que ella había nacido en Rumanía, que era doctora en Ciencias Políticas, que trabajaba sobre el periodo de Ceauşescu y era hija de una historiadora que analizó los grandes relatos históricos del país. Resolví ir en busca de su madre.

Dana Hastier tenía tres años y medio cuando su familia se marchó. Yo pensaba que había crecido en Israel. Y así era, pero su primer destino fue París. Su familia llegó un año y medio después que la mía. ¿Gracias al mismo traficante? Dana Hastier sabe que a su madre, que sigue viva y cuyo libro sobre el rey Carlos de Rumanía me devoré, estuvo al margen de los secretos. Su tía, en cambio, como hizo Lucia Filderman con mis abuelos, lo había organizado todo desde París. El problema es que la memoria de su madre se marchitó con la vejez. Ya no puede hablar. Así que nos dirigimos al padre de Dana Hastier.

Lo pillo en un buen día. Uno de esos días en que la palabra está despierta, los recuerdos son precisos, las anécdotas abundan. Uno de esos días que le devuelven a un anciano de noventa y tres años su antiguo orgullo y sus irreprimibles ganas de seducir. Nicolae

Haimovici, joven médico de hospital en aquella época, me describe con todo lujo de detalles la distribución y el mobiliario de la suite en la primera planta del Athénée Palace donde lo recibió el traficante. Se encontraron allí dos veces, en 1961 y en 1963, porque una salida fallida obligó al doctor Haimovici a iniciar de nuevo el proceso. Observación inmediata: «¡No me había imaginado que un hombre que abarcaba tantas cosas pudiera ser tan pequeño! Un metro sesenta y pico», precisa Nicolae Haimovici. Su memoria es buena: he encontrado unos formularios de aduana para ingresar en Brasil (probablemente Henry Jacober compraba ganado allí) en los que se indica la estatura del traficante; efectivamente, es un hombre pequeño. Mi testigo añade a su descripción una silueta panzuda que aún hoy le hace sonreír: «Increíble, ¡su barriga era tan grande que desbordaba por todos lados!».

Nicolae Haimovici sigue asombrado por la elegancia del traficante inglés. Es cierto que el traje crujía a causa de su peso, pero Henry Jacober lo combinaba con un chaleco y el conjunto parecía confeccionado por los mejores sastres de Londres. Corte impecable, tela exquisita. Nicolae Haimovici no había visto a nadie tan bien vestido desde su padre y su tío en la década de los treinta. Los Haimovici gozaban entonces de una enorme fortuna, fruto de la explotación de yacimientos petrolíferos. Nada de este dinero sobrevivió a la llegada de los comunistas. Tan solo quedó el potente recuerdo de unos hombres de aspecto muy distinguido. ¿La elegancia de Henry Jacober traía el recuerdo de los años treinta? En efecto, el joven doctor Haimovici se asombró porque tamaña elegancia era algo fuera de lo común en la Bucarest de 1961. Los rumanos, por entonces, no encontraban mucho para vestirse. Más aún, trataban de pasar inadvertidos. Destacar era una forma de ponerse en peligro. El traficante, en cambio, se mostraba imponente, prueba de que se sentía protegido.

Pese a todo, Henry Jacober era cordial, no altanero. Y para nada reticente a conversar con los pocos individuos de Bucarest que hablaban bien alguna lengua extranjera. Nicolae Haimovici conversó con él en inglés y me confió que había pasado un rato muy agradable. El traficante, intuitivo y curioso, formulaba muchas preguntas, no para informar a las autoridades, sino para satisfacer su propia curiosidad. Probablemente hizo lo mismo con mi abuelo durante su conversación en el vestíbulo del gran hotel. Me parece oír cómo le pregunta a Nicolae, el médico, por los hospitales de la capital rumana, y a Harry, el ingeniero, por sus talleres y fábricas. Preguntas calibradas, calculadas. Cuanto mejor entendía Henry Jacober los misterios de la Rumanía comunista, más provecho podía sacarle.

Nicolae Haimovici me habla largo y tendido. Me explica que fue

un estudiante brillante y admirado, evoca sus encantos de antaño y la despreocupación de los viejos tiempos, me cuenta de su militancia en el Partido Comunista y de su temprana exclusión tras una denuncia del mismo amigo que lo hizo ingresar allí. Me relata las tres semanas que pasó encerrado en el sótano de la Securitate, los azares que lo ayudaron a salir ileso, y acto seguido me describe, por supuesto, su casa de Bucarest, que él adoraba y de la que, sesenta años después, recuerda cada detalle y cada rincón. Su memoria le suscita un inmenso pesar. Percibo en su voz el tormento del expolio sumado a la tristeza del desarraigo. Se trata de una excepción, porque todo lo demás me lo cuenta en un tono ligero, desenfadado, casi irónico. Al igual que mis abuelos, a quienes únicamente se les quebraba la voz cuando hablaban de su casa. Es como si escuchara sus voces. Con Nicolae charlamos por teléfono: la epidemia del Covid-19 prohíbe que me acerque a un anciano de su edad. Hacía mucho tiempo que nadie me hablaba con esta mezcla de vocabulario pulido y un acento rumano implacable. Encuentro en Nicolae el mismo orgullo que caracterizaba a mi abuela, sus opiniones agudas y su humor punzante. Disimulo mi emoción y me trago las lágrimas para no obstaculizar este relato tan frágil, que se abre camino entre los muertos.

LA PARTIDA

Gabriela le hizo una última visita a Bissi Roman, su antigua ayudante en el Conservatorio, que continuaba siendo su amiga. El día siguiente a la partida de los Deleanu, Bissi Roman fue detenida y acusada de propaganda anticomunista. Afirmaron que había dicho, durante un interrogatorio, que el viaje de Yuri Gagarin, pionero espacial soviético alabado por el Partido, era mentira y que «los rusos llenaron el espacio de cuchillos para impedir que nadie salga de la órbita terrestre» (*sic*). Bissi Roman estaba perfectamente cuerda. ¿Qué funcionario pudo haberle adjudicado tales delirios? Como sea, la encarcelaron por ello. También la acusaron de algo más inverosímil aún: haber dicho que el Estado rumano vendía a sus ciudadanos al extranjero. Gabriela le había confiado el secreto de la red Jacober a Bissi, quien se lo había contado después a otra camarada. Esta última persona había sido detenida y había denunciado a Bissi. Sin duda, las autoridades no deseaban que un rumor tan desagradable pudiera salir a la luz.

Un 17 de diciembre, domingo, abandonaron la casa muy temprano en la madrugada. Un músico de renombre pronto vendría a ocuparla con su familia. Los Deleanu dejaron atrás un par de muebles. También al querido y corpulento gato gris, del que tuvieron que separarse, y a Erji, la fiel ama de llaves que cuidaba del lugar. La víspera, unos cuantos familiares acudieron de visita. Todos pensaban que no volverían a verse. Fue una despedida penosa.

El día del viaje, Lena y Marina, que tenían dieciséis y catorce años, tuvieron la impresión de que las quemaban vivas. Nunca lo olvidarían. El silencio en el coche que las llevaba a la estación; las plazas y las avenidas tan familiares para ellas; las fachadas de esas tiendas donde tantas veces habían hecho cola; los jardines públicos de Popa Nan donde habían jugado de niñas; la calle de su escuela primaria, el salón de los pioneros, las fachadas Art Déco, el consultorio del dentista, el gran hotel donde se habían cortado el pelo. Todo, querían abarcarlo todo, absorberlo todo, retenerlo todo. La emigración del Este al Oeste no era un simple viaje, sino un viaje sin retorno. Todo lo que Lena y Marina veían por la ventanilla trasera del automóvil les parecía

condenado a la desintegración.

Un tipo, vestido como todo el mundo, se paseaba de un lado a otro en la Gara de Nord, delante de su carruaje. En apariencia era uno más entre miles, pero sus botas de cuero, altas y rígidas, delataban su pertenencia a la Securitate. Durante mucho tiempo, las dos niñas tuvieron pesadillas en las que aparecía este hombre dando pasos muy nerviosos. Mi abuelo cargó tranquilamente las maletas en el compartimento. El tren se sacudió y se puso en marcha.

Permanecieron juntos, serios y bien vestidos. Harry cuidaba de los suyos mientras dedicaba a los otros viajeros sonrisas precavidas pero amistosas. ¿Era su alta estatura, su piel morena, su mirada envolvente? Había algo tranquilizador en él. Gabriela tardó un buen rato en relajarse. De silueta curvilínea, apenas le llegaba al hombro a su marido, pero se mantenía orgullosa y firme incluso en la adversidad. Más allá de las circunstancias, mi abuela solía mirar por encima del hombro a la gente y a los problemas.

Había mandado confeccionar, en la zapatería más exclusiva de Bucarest, los zapatos de sus dos hijas, en piel de cabritilla beige. Se trataba de llegar a París muy bien calzadas. Lena era una adolescente menuda y de mirada traviesa, pelo castaño y nariz aguileña. Marina, que ya le sacaba una cabeza a su hermana mayor, era morena, tímida, regordeta y torpe de cuerpo. Su rostro sedoso rehuía las miradas. De repente, la infancia había quedado lejos. Marina no tenía claro si debía aferrarse a ella a toda costa o hacer lo posible por olvidarla. No se atrevió a preguntar. Las dos hermanas cuidaban de Roza, una abuela neurótica de rostro severo y algo masculino, invadida por la depresión y la ansiedad. La anciana aceptaba con fatalismo este último viaje de Oriente a Occidente, esta partida sin retorno. La vida la había desbordado.

LA PEQUEÑA ESTACIÓN

Cuando los hicieron bajar del tren, los demás pasajeros miraron hacia otro lado. El equipaje fue a parar a la nieve sin mediar palabra. Los Deleanu habían contado cada uno de los kilómetros que los separaban de Curtici. Este paso fronterizo era la meta de todos los viajeros, el punto de salida de Rumanía. Pero su viaje terminaría allí, en mitad de la gélida noche. Recogieron los paquetes, ayudaron a la tambaleante abuela. Las botas color beige resbalaban, se hundían, el cuero se volvía negro. Poco a poco, los zapatos se embebieron de un jugo helado. Marina arrastraba la maleta a duras penas entre los raíles escarchados, dos solitarias líneas de acero teñidas de blanco. Lena, normalmente tan calmada, rompió a llorar. El llanto se convirtió en gritos.

A sus espaldas, el tren arrancó de nuevo y desapareció. «Mi corazón se va con él», fue lo único que alcanzó a decir mi abuelo. Avanzaron lentamente hasta la minúscula estación y se sentaron en un banco, los cinco solos en medio de la nada. Un puñado de funcionarios trabajaba en silencio absoluto. Los Deleanu no tuvieron el derecho a la más mínima explicación, a la más mínima mirada. Debían subirse a otro tren, sí. A cualquier tren. Debían salir del país como fuera. Harry y Gabriela no le habían explicado todo a sus hijas, pero ellas dos entendieron que estaban en gran peligro.

La espera duró unas horas. En la estación de Curtici, los viajeros tenían que gastar sus últimos lei, la moneda rumana que estaba estrictamente prohibido llevar más allá de la frontera. Para ello había un mostrador donde comprar baratijas y provisiones, mientras los aduaneros inspeccionaban los trenes y verificaban los pasaportes. Gabriela condujo a Marina, mi madre, a hacer compras: un salami, un paquete de galletas, un pequeño mantel bordado… Había que aparentar normalidad, matar el tiempo, no desfallecer.

¿Qué sucedió aquella tarde? Henry Jacober recibió una señal de alerta. ¿De quién? Nunca lo sabremos. Él no reveló jamás lo que ocurría entre bastidores. ¿A cuántos tuvo que sobornar? ¿Cuánto le costó? ¿Debió añadir docenas de cerdos a la oferta inicial? ¿Un rebaño extra de algún animal? ¿Una granja automatizada de última

generación? ¿Cuán lejos llegó el traficante, hasta qué ministro? No quedó el menor rastro escrito. Llamadas telefónicas, conversaciones, ultimátums. Mientras los Deleanu deambulaban por la estación de Curtici, Henry Jacober logró que detuvieran el mismo tren del que los habían expulsado horas antes. El tren ahora los esperaba en una especie de vía muerta donde se iba cubriendo de un espeso manto blanco. Los pasajeros estaban allí encerrados, sin saber por qué ni hasta cuándo.

De repente, mi abuelo se abalanzó contra el pequeño mostrador de la estación de Curtici y les arrebató las mercancías a su mujer y a su hija. El tren acababa de reaparecer. Los guardias fronterizos ya habían arrojado sus equipajes dentro del vagón. Tras ello, habían agarrado a la vieja Roza y la habían izado a la altura del estribo. Lena, que se había quedado junto a su abuela, les hacía señas de pánico. El resto de la familia acudió corriendo. Se subieron al tren en marcha. Harry reapareció en el compartimento, pálido de miedo, pero con la frente alta. Un grupo de occidentales, cuya nacionalidad mi madre olvidó, les dedicó una gran sonrisa a estos supervivientes de la frontera, felicitándolos por su regreso inesperado. A mi abuelo lo palmearon en la espalda y lo ayudaron a poner las maletas en el portaequipajes; a las dos niñas, todas demacradas, les ofrecieron de beber.

Fueron los únicos en comportarse así. En el vagón, todos mantenían las distancias. Algo grave pasaba con esta familia, mejor no mezclarse con ella. En el compartimento aledaño viajaba una mujer del Partido, tal vez la esposa de un ministro, a cuyo lado iba un niño. A esta señora, muy obesa, la acompañaba el pediatra de su hijo, que también era el médico de Lena y de Marina. Las había atendido en su consultorio desde el día de su nacimiento. Había acudido muchas veces a la casa para urgencias, para casos de paperas o sarampión, había controlado las tablas de crecimiento, había regañado a Marina por no comer verduras y hasta había sermoneado a su abuela Roza por no prepararle más que patatas con mayonesa. Pero aquel día, al cruzarse con ellas dos en el tren, el buen doctor no se inmutó. Fingió no reconocerlas, ni siquiera las saludó con una leve inclinación de cabeza. Lena recibió en pleno rostro su bofetada silenciosa; a Marina se le agolparon lágrimas de rabia; Gabriela fingió indiferencia. Pero no apartó la mirada.

BUDAPEST

Era muy tarde. La tensión fue cediendo. Los Deleanu sintieron una fatiga inmensa, reacomodaron las literas que poco antes habían deshecho y se durmieron arrullados por el balanceo del tren. Al despertar, casi todos los pasajeros se habían apeado. Harry y Gabriela tardaron en comprender dónde estaban. La desilusión fue enorme. Esperaban haber cruzado el Muro durante la noche. En realidad, se hallaban estancados en Budapest, capital de Hungría, país comunista y aliado incondicional de su Rumanía natal. Todavía en el Este, siempre en el Este… Jamás saldrían de allí. Y pensar que su vagón tendría que haber sido anexado al Orient Express, ese tren con el que tanto habían soñado… Por culpa de aquella pausa prolongada en Curtici, habían perdido todas las conexiones. El tren mítico había partido sin ellos.

La estación de Budapest era siniestra. Por la ventanilla del vagón, las chicas pudieron ver muchas paredes que estaban acribilladas a balazos. Seis años antes, en 1956, los húngaros se habían sublevado contra el régimen comunista. Las protestas habían sido reprimidas de modo sangriento, una horrenda carnicería que sacudió a todo el bloque soviético. Lena y Marina cursaban entonces la escuela primaria, pero recordaban los sacos de arena y las ametralladoras frente a la oficina de su padre, por si los rumanos también se sublevaban. Al final, nadie reaccionó. En Hungría, las dos adolescentes descubrieron las huellas mortales de una auténtica revolución. No se desafía impunemente al Partido Comunista. Las hermanas quedaron petrificadas.

Harry y Gabriela no se atrevían a salir de su vagón. Lamentaban haber optado por el tren. Habían temido que Roza, la madre de Gabriela, ya muy anciana y debilitada por una grave diabetes, no soportara el avión. Ahora el tren les infligía, kilómetro tras kilómetro, una dura prueba física, la de entrar y salir de un territorio a otro. El viaje se transformó en un largo martirio, tan traumático que acabó siendo un punto de no retorno para mi madre. Mucho miedo, demasiada desesperación. Imposible que años más tarde ella contara este viaje sin que volvieran los temblores y los llantos.

Los Deleanu se sentían muy vulnerables. Habían firmado su

renuncia a la nacionalidad; incluso Lena y Marina, que eran menores, habían firmado ese papel. Eran unos apátridas en un país que no era el suyo y que tampoco figuraba en su hoja de ruta original. Una familia zarandeada de una frontera a otra, a merced de todas las burocracias.

Afortunadamente Hungría, país de tránsito, no quiso molestar a los Deleanu. Habían sido identificados. El caso era complejo, más valía deshacerse de ellos cuanto antes. De modo que Harry y Gabriela obtuvieron permiso para continuar hacia Austria. Lena y Marina por fin iban a pisar un país occidental, ¡un país libre!

VIENA

A un primo de Gabriela le llegó milagrosamente la información de esta nueva escala. Y los estaba esperando en la estación. Alexandru Sanielevici era un físico eminente, que representaba a Rumanía en la Comisión Atómica de Viena. Por supuesto, sabía que lo estaban vigilando de cerca, incluso en el extranjero. Cuando mis abuelos bajaron del tren, retrocedió un metro. Su bienvenida fue fría. No les dio la mano, ni siquiera les ofreció un café. Una foto robada de él en tan mala compañía habría sido malinterpretada. Al primo le castañeteaban literalmente los dientes. Pero, por muy comprometedores que fueran los Deleanu, no podía ignorarlos.

Su padre, el anciano matemático Simon Sanielevici, era uno de los tíos famosos de Gabriela, el hermano mayor de la vieja Roza. Simon era una figura destacada en Rumanía y había alcanzado la edad canónica de noventa y un años, por lo que se le había permitido acompañar a su hijo a Viena. Sabiendo que su fin estaba cerca, Simon quería ver a su hermana menor por última vez. Había enviado a Alexandru a buscarla a la estación, con órdenes de llevársela para pasar el día. Lena y Marina vieron a su abuela subir a un coche alemán. Les resultó muy extraño verla alejarse por las calles de esta capital desconocida, precisamente ella que nunca salía de casa en Bucarest.

Harry, Gabriela y las dos niñas se encontraron con medio día a su entera disposición, así que se aventuraron por el centro de la ciudad, asustados y atónitos. Aún conservaban los pocos lei de los que no habían podido deshacerse en la estación de Curtici. Aunque se suponía que estos billetes y estas monedas carecían de valor en el extranjero, se los aceptaron en la primera oficina de cambio, sin el más mínimo problema. Quizá los países occidentales almacenaran monedas comunistas para que sus espías pudieran utilizarlas más tarde en sus misiones secretas. Viena se preparaba para celebrar la Navidad. El Partido había prohibido esta fiesta en Rumanía y desplegaba mil y una estratagemas para que nadie la celebrara a escondidas. Los austríacos, en cambio, se lo pasaban en grande. Marina estaba embelesada por el alumbrado de Navidad. Por la profusión y la magnificencia de las

luces en Viena. Nunca había visto tantos objetos en los escaparates. Era impresionante. En una zapatería, Lena se fijó en un par de botas de piel puntiagudas. Las botas nuevas, las que habían comprado para el viaje, habían sucumbido en medio de la nieve de Curtici. De modo que reclamó un par nuevo. Se lo negaron. Su capricho dio paso, entonces, en un segundo ataque de llanto, tan violento e incomprensible como el primero. Los padres, desconcertados, terminaron por ceder. Después, con lo que les quedaba de dinero, les compraron a sus hijas unos plátanos: frutas que ellas tan solo habían visto dibujadas en sus libros infantiles. Saborearon lentamente sus plátanos y nunca se olvidaron del primer bocado.

PARÍS

Por la noche volvieron a partir, esta vez sin escalas, hasta París. La familia encontró lugar en el Wiener-Walzer. Este tren, con sus vagones de aluminio, les pareció muy hermoso e increíblemente moderno. Cruzaron Austria de noche. Lena se negaba a acostarse. Permaneció sentada todo el viaje, con la espalda derecha como una vela, el rostro adusto y los ojos clavados en la ventanilla oscurecida. A la mañana siguiente, la familia descubrió el paisaje suizo cubierto de nieve. Una vista encantadora. Nada deleitaba más a mis abuelos que los paisajes montañosos en invierno. Finalmente, el tren avanzó por la campiña francesa. Los Deleanu llegaron a la Gare de l'Est el 19 de diciembre de 1961, alrededor de las siete de la tarde. Marina perdió el equilibrio en cuanto pisó el andén. Tambaleaba, titubeaba. La marcha del tren, durante dos días, había impreso su cadencia en lo más hondo de su cuerpo. No podía deshacerse de ella.

Junto a la locomotora los esperaba una mujer muy bella, Sylvia, una vieja amiga de Gabriela que había llegado a París hacía unos años. La acompañaba su hija. Esa noche la adolescente, que tenía la misma edad que las hermanas Deleanu, sufrió una grave crisis nerviosa. La aparición de estos fantasmas rumanos salidos de un tren había reavivado en ella los sobresaltos de su propia partida, de su propio viaje, de su propio exilio.

Juntos, atravesaron París tomando los principales bulevares: Pigalle iluminado, la plaza Clichy abarrotada, el parque Monceau bajo las heladas, Ternes a oscuras. A lo lejos, divisaron una sombra colosal: el Arco del Triunfo. Sylvia los dejó al pie de la casa de Lucia Filderman. Otra vez esa mujer. Lucia había vivido con ellos antes de partir; ahora, recién llegados, eran ellos los huéspedes. Tendrían que darle un abrazo, darle las gracias. Lena y Marina no dijeron ni una palabra. El clan Filderman había gastado una fortuna para lograr la liberación de Lucia y expatriarla, pero una vez que ella había llegado a Francia, no se habían interesado más por esta viuda recién emigrada. Los Deleanu serían, pues, su familia sustituta. Se había instalado en el distrito VIII de París, calle de Marignan. El barrio era precioso. En realidad, ella ocupaba la parte trasera de un piso

haussmanniano que unos franceses le habían subarrendado. Para ellos, la recepción, las habitaciones de cara a la calle, el vestíbulo de mármol y el ascensor; para Lucia, las habitaciones con vistas al patio, la entrada y la escalera trasera, por donde la familia Deleanu pronto subió con sus bultos. Cinco pisos escalón por escalón, una cumbre inaccesible para la vejez de Roza. Subió despacio, pero subió. Desde el rellano, orgullosa, Lucia Filderman observó cómo todos escalaban hacia ella. Mujer resplandeciente antes de la guerra, se había vuelto fea. Su acritud solo era comparable a su sequedad.

Algunos días más tarde, la nieve cayó sobre la capital. Los parisinos pasaron el 31 de diciembre, las últimas horas del año 1961, encerrados en sus hogares. Dos figuras anónimas fueron la excepción. Misteriosas y algo torpes en la oscuridad de la noche, se recortaban contra la blanca inmensidad de los Campos Elíseos. Un fotógrafo de *France-Soir* captó la escena. La imagen se publicó al día siguiente. Al pie de la foto, el periódico se preguntaba quiénes serían estos paseantes que habían desafiado al mal tiempo. Eran Harry y su hija mayor, Lena. Debidamente abrigados, riéndose mientras pisaban montones de nieve en polvo. Ya nada iba a impedirles andar por la avenida más hermosa del mundo.

EL BULEVAR HAUSSMANN

A su llegada a París, Harry y Gabriela fueron recibidos e interrogados un día entero, cada uno por su cuenta, en la sede del servicio de contraespionaje de la Rue des Saussaies. Después de cinco años de dictadura militar y quince de régimen comunista, a mis abuelos esto no les resultaba demasiado descabellado. Los servicios de inteligencia, la vigilancia policial… Harry y Gabriela parecían inmunes a esas cosas. Pero ¿qué deseaban en concreto los agentes franceses? ¿Qué preguntas les hicieron? Mis abuelos nunca me lo contaron. A Harry también lo citaron, pero a él solo, en la embajada estadounidense. Como llevaba casi sesenta años sin tener contacto con Estados Unidos, pensaba que su lejano país lo había olvidado por completo. Al contrario, descubrió que sus interlocutores lo sabían todo acerca de él. Su expediente contenía tanta información sobre sus orígenes tejanos como sobre su infancia en Rumanía. ¡Los agentes americanos sabían el nombre completo del niño que aparecía sentado junto a él en una foto de clase de la escuela primaria en Bucarest! La Guerra Fría y su arsenal paranoico…

La instalación en París implicaba otra reunión, que Harry esperaba sin inmutarse. Durante algunas semanas, Henry Jacober no dio noticias. Cuando por fin apareció, resultó que había elegido nuevamente el vestíbulo de un hotel para encontrarse con mi abuelo: esta vez fue el Commodore, situado en el número 12 del bulevar Haussmann, en el distrito IX de París. Allí, el traficante devolvió los diplomas y las joyas.

Jacober hizo más que eso, en realidad: también dijo un par de verdades sobre esta fuga que él había orquestado. No dijo nada acerca del trueque porcino, por supuesto, pero aquel día Harry Deleanu comprendió algo con lo que no había contado. Lo habían nombrado oficialmente «enemigo del pueblo», lo buscaban en Rumanía. Mi abuelo había salido de Bucarest un domingo por la mañana, horas antes de su detención prevista. Esto explicaba el pánico en el puesto fronterizo de Curtici. En realidad, París no era una nueva vida, ni una vida mejor, sino la posibilidad de sobrevivir. Harry salió temblando del hotel Commodore y contempló la ciudad de otra manera.

Con sus diplomas en la mano, mi abuelo encontró trabajo a pesar de tener cincuenta y ocho años. Era la Francia del pleno empleo. A Harry lo contrataron como ingeniero en una fábrica textil de Troyes, en la región de Aube. Viajaba en tren hasta allí y se quedaba parte de la semana. Trabajó hasta bien entrada la vejez y le devolvió a Lucia Filderman hasta el último céntimo. Gabriela, por su parte, se inscribió en la Sociedad Francesa de Musicología, tuvo que sacar un carné de miembro a su llegada. Finalmente aceptó un trabajo en el centro nacional de investigaciones científicas, el CNRS. El objetivo era crear un archivo de música folclórica. El local estaba en el sótano y mi abuela sintió claustrofobia. Aquellos arrebatos indicaban una sola cosa: que no soportaba verse a sí misma en ese trabajo servil. No entendía cómo era posible que su brillante superioridad no fuera evidente para todo el mundo. Padeció ataques el resto de su vida. Dimitió y se convirtió en un ama de casa resentida y frustrada.

El hotel Commodore no se ha movido de lugar. Recientemente rebautizado con un nombre algo ridículo y pomposo, cuenta con una clientela vinculada con los negocios. Lo sé bien porque trabajé unos cuantos años en la redacción de *Le Figaro*, cuya sede histórica estaba en la Rue du Louvre. Un día, el periódico se mudó a un enorme edificio de piedra en la esquina del bulevar Haussmann con la calle Laffitte. Las ventanas de mi oficina, en el primer piso, daban directamente al Commodore. El escritorio de mi amiga Paule Gonzalès y el mío estaban instalados uno frente al otro. Pasábamos horas hablando de la historia de nuestras familias y, en particular, de nuestras madres: una venida de Argelia; la otra venida de Rumanía el mismo año. Lo que tenían en común era su relación nerviosa, incluso eléctrica, con cualquier forma de viaje o de equipaje. Paule y yo solíamos bromear acerca de ello. Me encantaban nuestras conversaciones. Y yo todos los días, sin darme cuenta, mientras charlábamos miraba unas pequeñas mesas y unos pequeños asientos alineados tras un amplio ventanal: la fachada del hotel Commodore. Fue allí, exactamente allí, donde Harry Deleanu y Henry Jacober, hombres de mediana edad, con gabardinas y sombreros de fieltro, se reencontraron a principios de 1962. Fue allí donde se miraron a los ojos por última vez, donde se unió para siempre el destino de mi familia con la historia oscura de este traficante al que tantos judíos deben su libertad. A pesar de las inmensas dificultades, Jacober cumplió su parte del trato. Mis abuelos nunca volvieron a saber de él.

LA SOMBRA DE SCHINDLER

Henrik Illes Jacober también era judío. Nació en 1900 en Mukáchevo, una localidad de Europa Central que por un tiempo fue una provincia del Reino de Hungría bajo dominio austríaco y después una región checoslovaca, antes de convertirse en ucraniana. Emigró entre las dos guerras y se casó en Viena en 1929 con Olga Kann, una joven belleza de Bratislava diez años más joven que él. La pareja acabó estableciéndose en Londres, donde permaneció hasta la muerte de Jacober en 1975. Henrik adquirió la nacionalidad británica y se hizo llamar Henry.

Parece haber llevado la vida de un próspero comerciante, viajando sin cesar, probablemente por negocios más que por placer. Olga y él hicieron numerosos viajes a Brasil, un importante país ganadero. Dos empresas suyas dejaron huellas en el registro mercantil británico: Jakober & Co y Lineage Livestock Ltd. En Londres, Henry Jacober fijó su residencia en un barrio de lujo. Cierto agente del Mossad, el servicio de inteligencia exterior israelí, describió en sus memorias el interior de la casa de los Jacober, que visitó en diversas ocasiones: las obras de arte convivían con una serie de objetos rituales, testimonio de las raíces judías de la pareja y de su carácter de practicantes.

Todos los servicios secretos del mundo estaban interesados en Henry Jacober. Los franceses acumulaban información cada vez que llegaba otro refugiado de Rumanía cuyo expediente había tramitado Jacober. Los ingleses vigilaban de cerca la embajada rumana en su territorio. La verdadera actividad de Gheorghe Marcu —contacto de Jacober y emisario de la Securitate— no se les escapaba. Muy pronto entraron en escena los israelíes, ya que la red de Jacober se convirtió en un vasto tráfico de «judíos a cambio de dólares» con su país. Sin embargo, en un principio fueron los agentes rumanos los que más informes redactaron sobre el traficante. El grueso de las huestes de la Securitate desconocía el arreglo que Jacober había hecho con un puñado de dirigentes elegidos a dedo. Así que, creyendo hacer lo correcto, los servicios rumanos lo sometieron a una vigilancia constante. Llegaron a sospechar que era un espía británico, cosa que les inquietaba. La vigilancia en Bucarest no condujo a ninguna parte.

Jacober, sobre todo, parecía aburrirse. ¿Su único placer? Unos encuentros con la cantante Maria Tănase, la Édith Piaf rumana, popularísima antes de la guerra, odiada y perseguida por los fascistas, adorada por los comunistas.

María Tănase era entonces una hermosa mujer de cuarenta años. ¿Tuvo Jacober un romance con la cantante? Me gusta pensar que sí, aunque no hay fuentes que lo confirmen. Los agentes rumanos debieron pensar esto mismo… En todo caso, algo es seguro: el traficante tenía los bolsillos llenos. Ingresaba en el país con toda clase de cosas que no se podían conseguir en la República Popular de Rumanía. ¿Intentaba seducir a la cantante como había corrompido a los mandamases del Partido? No escatimaba esfuerzo alguno. Era frecuente ver al ministro del Interior, Alexandru Draghici, paseando por Bucarest en un enorme Jaguar gris, probablemente el modelo MK2, el automóvil de lujo más admirado del mundo. En 1961, el año en que hizo posible la fuga de mi familia, Jacober repartió premios y bonificaciones entre sus contactos: otro Jaguar, un Humber —un coche inglés muy codiciado— y aparatos de aire acondicionado. El historiador Radu Ioanid habla también de muchos rifles de caza y de las municiones de última tecnología con las que Jacober agasajaba a la dirección general de inteligencia exterior. Los cuadros de la Securitate estaban totalmente locos por estas armas de fuego.

Es tentador establecer un paralelo con Oskar Schindler. Durante la Segunda Guerra Mundial, Schindler, industrial alemán, salvó a 1200 judíos de las cámaras de gas elaborando listas de hombres y mujeres indispensables para el funcionamiento de sus fábricas polacas. Para ello, mantuvo excelentes relaciones con la élite nazi y se granjeó los favores de los dignatarios multiplicando regalos lujosos y raros en tiempos de guerra. En el curso de sus investigaciones, Radu Ioanid pudo hablar con la antigua secretaria de Henry Jacober. Phyllis Yadin, ya fallecida, tenía veintidós años cuando empezó a trabajar para el traficante. El retrato que ella hizo de su antiguo jefe lo convierte en una especie de Schindler. Lo describió como una persona «amable y compasiva», alguien de intenciones «filantrópicas». También quiso dejar claro que Jacober no recibía una comisión por cada uno de los ciudadanos que inscribía en sus listas. No obstante, las listas de Jacober no paraban de crecer. Hoy sabemos que los servicios de vigilancia de correos de la Securitate interceptaron un sinfín de cartas en las que se le suplicaba a Henry Jacober que se hiciera cargo de tal o cual legajo, que sacara a cualquier precio a tal o cual familia de Rumanía.

Mis abuelos se habían tragado esta versión edulcorada de la historia: el empresario liberaba a los rumanos por simple generosidad y quizá incluso por deber humanitario. Según la antigua secretaria de

Jacober, su jefe no se ocupaba únicamente de los casos de «personas importantes». Le planteo el asunto al doctor Nicola Haimovici, quien emigró gracias a Jacober en 1963. El anciano rompe a reír por teléfono, después de rebuscar en su memoria para hacerme un retrato del traficante. Menos ingenuo que mis abuelos, Haimovici ha sospechado desde siempre que existió una especie de trueque, pero jamás se le ocurrió que hubiera animales de explotación involucrados. En cualquier caso, nunca se hizo ilusiones sobre la naturaleza de Jacober y de su filial. «¡Tan solo ayudaba a los ricos! Solamente podían fugarse los que tenían dinero para pagar. ¡Mucho dinero! No nos fue tan mal a nosotros. Mi hermana, que ya vivía en París, contactó a Henry Jacober a través de una íntima amiga suya. Así no hubo que pagarle a ningún intermediario. Por fortuna, porque cuantos más intermediarios aparecían, más dinero rapiñaban y más elevado era el precio final, hasta alcanzar unas sumas considerables. Había muchos dólares en juego.» Fin de la comparación con Schindler.

LOS ISRAELÍES

Un «maestro cantor», así llamaban los israelíes a Henry Jacober. Como hemos visto, el traficante recibió en su domicilio la visita de un agente del Mossad. Este agente se llamaba Shaike Dan, hombre discreto y con una carrera excepcional, encargado de organizar la *aliyá* de los judíos europeos a la Tierra Prometida: a Palestina durante la guerra, y al Estado de Israel cuando se creó este último. A lo largo de su carrera, a Shaike Dan se le atribuye haber «salvado» a cientos de miles de judíos atrapados tras el telón de acero. En la década de los sesenta, Israel buscaba poblarse y tenía gran necesidad de gestores competentes. Como es lógico, Shaike Dan se interesó por Rumanía, que contaba con la mayor comunidad judía después de Rusia. Corría el rumor de que un inglés había conseguido sacar de contrabando a muchos judíos de Rumanía, un país comunista cerrado a cal y canto. Se hablaba incluso de «tráfico». Los israelíes quisieron saber más.

Shaike Dan se empeñó en que la embajada israelí en Londres le organizara una reunión con el famoso Jacober. Sus contactos se mostraron reticentes porque el sujeto tenía fama de ser un hombre medio crápula, al que solo le interesaba el dinero. Finalmente, la cita tuvo lugar en el hotel Dorchester. En sus memorias, el agente consagra varias páginas a las conversaciones entre los servicios israelíes y el traficante. Traduciendo algunos pasajes del inglés, me doy cuenta de que Shaike Dan nunca nombra a Henry Jacober, pese a que su libro está lleno de nombres, apellidos y descripciones. El israelí siente tal desprecio por este judío capaz de comerciar con otros judíos que, paradójicamente, lo llama *the Jew*, «el judío», y nada más.

A Shaike Dan se le ocurrió llevar a su superior a la casa de Henry Jacober, para que este se hiciera una idea más acabada del hombre y de sus artimañas. El traficante no solo deseaba continuar su negocio con los judíos rumanos, sino que pensaba ampliarlo. Israel podría ser una gran oportunidad para él. Así que recibió a los hombres del Mossad con gran respeto. Shaike Dan sabía lo que le esperaba, pero el cinismo de Jacober a la hora de negociar los porcentajes indignó a su jefe: «Nos podía ver haciendo tratos con gentiles, con turcos, con griegos… Pero, en este caso, se escandalizó al saber que debía pagarle

una comisión a un judío como remuneración por salvar a otros judíos».

Shaike Dan trató de calmar a su superior porque, a medida que se multiplicaban las citas con el traficante, se iba convenciendo de que Henry Jacober disponía de una gran agenda y gozaba de la confianza de los *apparatchiks* rumanos. Por otra parte, el traficante inglés, experto en la importación y la exportación de ganado, poseía evidentes conocimientos logísticos. Había que desviar la red de Jacober y ponerla al servicio de Israel. Shaike Dan resolvió acabar de una vez por todas con el tráfico de Jacober, que a sus ojos era una «extorsión de fondos a gran escala». «Le dije categóricamente que más le valía retirarse de cualquier negocio que implicara cobrar para salvar a los judíos. Lo amenacé con que, si no paraba, le enviaría al mismo grupo que se había ocupado de Eichmann.» En 1960, un comando del Mossad había secuestrado en plena calle a Adolf Eichmann, criminal de guerra nazi exiliado en Argentina. El ex-SS, responsable de la Solución Final, fue encerrado en un sótano, obligado a admitir su verdadera identidad y llevado por la fuerza a Israel, donde lo juzgaron y ejecutaron. Henry Jacober comprendió perfectamente el mensaje y, presa del pánico, juró no actuar más en su nombre, sino para los israelíes.

Aunque esto le causaba repugnancia a su superior, Shaike Dan tenía la convicción de que no todo el mundo era capaz de sacar a muchos judíos de un país tan bloqueado como Rumanía: «Un trabajo semejante no podía ser efectuado por rabinos, sino por sujetos turbios como este». En 1961, le llevó el caso Jacober al primer ministro israelí, David Ben-Gurión. A la reunión asistió Golda Meir, entonces ministra de Asuntos Exteriores y exembajadora israelí en la Unión Soviética. Shaike Dan propuso que contrataran al traficante. Israel necesitaba a los judíos rumanos, no había tiempo que perder. El jefe de Shaike Dan, por su parte, explicó todo lo moralmente inaceptable de esta red, todo lo comprometedor para Israel. Para sorpresa general, Ben-Gurión se pronunció a favor de Jacober.

En cuanto a Henry Jacober, tuvo que convencer a los rumanos de que colaboraran con Israel, lo que no fue una tarea fácil. Al principio, se tomaron la propuesta como una provocación. Cómo, ¿vender judíos? ¿Qué judíos? Bucarest no soportaba verse expuesta de esta manera. Pero Henry Jacober persistió. Era un jugador audaz, no se andaba con medias tintas. En sus confesiones, el general Ion Mihai Pacepa cuenta lo «testarudo» que era el traficante y narra cómo consiguió que el Gobierno rumano se plegase a su voluntad: «Volvió a la carga, meses más tarde, proponiendo la instalación en Rumanía de una granja de pollos totalmente automatizada, siempre y cuando quinientas familias judías recibiesen sus visados de emigración [a

Israel]. El predecesor de Ceauşescu, Gheorghe Gheorghiu-Dej, cayó esta vez en la tentación y aceptó el trato a modo de experimento. Un año más tarde, se puso en marcha una moderna granja avícola en Periş, un pequeño pueblo al norte de Bucarest, en terrenos pertenecientes al Ministerio del Interior. Gheorghiu-Dej la visitó, se dejó seducir, concedió los quinientos visados prometidos y encargó cinco granjas más».

A partir de este momento, el tráfico de judíos adquirió una nueva magnitud. El número de los que abandonaban el territorio rumano aumentó considerablemente. Había terminado el periodo que el historiador Radu Ioanid califica de «trueque». La partida de mi familia formó parte de esta primera fase, que podríamos llamar «artesanal». Una era industrial estaba a punto de comenzar.

«A finales de 1964, el Ministerio del Interior se había convertido en el mayor productor de carne de Rumanía. Disponía de granjas de pollos, pavos, cerdos y vacas, y de más de cien mil ovejas», resumió el general Pacepa. Todas estas instalaciones, reunidas en la zona de Periş, estaban equipadas con los sistemas más avanzados de faenamiento, refrigeración y envasado. Una flota especial de camiones frigoríficos Mercedes con el logotipo TIR garantizaba el transporte de la mercancía más allá de nuestras fronteras. En 1965, una fábrica de copos de maíz Kellogg's se sumó a este conjunto… El personal de los talleres y las granjas estaba exclusivamente compuesto de presos políticos, un segmento de la población donde había bastantes agrónomos y veterinarios. Cuando el Ministerio del Interior se quejaba de la falta de especialistas, la respuesta era siempre la misma: «Búsquenlos en la cárcel. O búsquenlos fuera y métanlos en la cárcel».

En una primera etapa, como hemos visto, la llegada al poder de Nicolae Ceauşescu frenó esta nueva versión de la red Jacober. Cuando el dictador cambió de opinión, «preguntó si Jacober seguía vivo». A la postre, Ceauşescu modificó las condiciones del contrato: «Los visados concedidos por Bucarest ya no debían canjearse por animales o fábricas, sino pagarse en dólares». Esta operación se montó de forma aún más discreta que la primera. Los rumanos se mostraban cada vez más codiciosos. Y cada vez más cautelosos. Se tomaron todo tipo de medidas para salvar las apariencias y para exonerar a la Securitate de cualquier responsabilidad.

Tras la muerte de Henry Jacober en 1975, se acabaron los intermediarios: Rumanía pasó a tratar directamente con los israelíes. Dos agentes se reunían en diversas embajadas europeas bajo la fachada de reuniones diplomáticas. Uno llegaba con listas de judíos autorizados a emigrar, el otro llevaba una Samsonite (¡los rumanos exigían una Samsonite!) repleta de billetes. El precio de un judío de Rumanía oscilaba entre dos mil y cincuenta mil dólares, «dependiendo

de la edad, la educación, la profesión, la situación familiar». El general Pacepa recuerda que «en 1974, una de estas maletas se perdió en el aeropuerto de Zúrich y días después se encontró intacta, con más de un millón de dólares en su interior».

JUDÍOS EN VENTA

Vender a los judíos de Rumanía. ¿Podían los comunistas atribuirse la paternidad de semejante proyecto? No, los fascistas se les habían adelantado. Se les había ocurrido, al parecer, a mediados de la guerra. El Gobierno del mariscal Antonescu utilizaba entonces Transnistria, región fronteriza con Ucrania, a modo de «vertedero» donde hacinar en masa a los judíos deportados. Pero los judíos no terminaban de morirse, a pesar de la hambruna, las epidemias y las atrocidades a las que eran sometidos sin tregua. Transnistria empezaba a convertirse en una molestia para el líder rumano de la época. El 13 de febrero de 1943 apareció un artículo en el *New York Times* que pasó relativamente inadvertido para el público estadounidense en general, pero que una asociación judía aprovechó de inmediato. Y con razón. Allí se afirmaba a las claras que el Estado rumano pretendía vender a sus judíos. Una venta paulatina, negociada cabeza por cabeza: una forma de deshacerse de ellos del modo más rápido y limpio, sacando provecho a la vez.

La primicia llevaba la firma de Cyrus Leo Sulzberger II, miembro de la prestigiosa dinastía Sulzberger, la familia fundadora del *New York Times*, que hoy en día sigue rigiendo el destino de este famoso diario estadounidense. En 1943, Cyrus Leo, sobrino del director general, era un reportero estrella. Su artículo, enviado desde Londres, exponía el plan del Gobierno rumano: aceptar el traslado de 70 000 de los 185 000 judíos que quedaban en Transnistria. Primero los llevarían a Bucarest, luego a un refugio en un sitio todavía por determinar. Los rumanos sugirieron Palestina y hasta ofrecieron barcos para el viaje.

La batalla de Stalingrado acababa de terminar. Se vislumbraba una posible victoria soviética sobre las fuerzas del Eje. El mariscal Antonescu sintió que el viento cambiaba de dirección. ¿No era el momento de enviar una señal a los Aliados? Como hemos visto, se había barajado el plan de deportar a los judíos de Bucarest. ¿Y ahora los fascistas rumanos proponían la liberación de los judíos de Transnistria? Un gesto así, claro está, no sería gratuito. A cambio, Rumanía esperaba cobrar veinte mil lei por refugiado (el equivalente a cincuenta dólares) para cubrir los gastos de transporte y demás. El

artículo del *New York Times* diseccionaba todo el proyecto: después de haber querido destrozar todas esas vidas judías con un odio y una impiedad poco comunes, había que salvar ahora, a cambio de dinero, a los deportados de Transnistria. Con la excusa de los gastos logísticos, se le había puesto precio a cada ser humano.

¿Debían los Aliados comprar a estos judíos rumanos disponibles en el mercado? El historiador estadounidense David S. Wyman desenterró la primicia del *New York Times* en un libro titulado *The Abandonment of the Jews* («el abandono de los judíos»), publicado en 1984. Wyman consagró su carrera a demostrar la culpabilidad de Estados Unidos por no haber rescatado a los judíos europeos durante la guerra. Sus análisis son discutibles. Su trabajo fue criticado, principalmente por el cineasta Claude Lanzmann, autor de la película *Shoah*. En suma, Wyman afirma —apoyándose en los archivos del juicio de Núremberg— que la propuesta rumana era muy seria. El historiador lamenta que los Gobiernos de Gran Bretaña y Estados Unidos la descartaran «a la ligera» y perdieran de esta forma una oportunidad real de rescatar a los judíos de Rumanía. Pero, obviamente, esto no fue así. En febrero de 1943, Estados Unidos y Gran Bretaña habían decidido que salvar a los judíos no constituía una prioridad. Sin embargo, parece absurdo hacerles un reproche a los Aliados de entonces por no haber volado al rescate de los deportados centroeuropeos con un talonario en la mano y con maletas llenas de dinero.

Ahora bien, la noticia de estos primeros judíos en venta le dio una brillante idea a un grupo de presión judío. La farsa resultante prefiguró el negocio en el que se verían envueltos, veinte años después, mis abuelos y muchos más. Por eso merece ser recordada. Tres días después de que se publicase la primicia del *New York Times*, unos activistas sionistas radicales del Comité por un ejército judío (*Committee for a Jewish Army of Stateless and Palestinian Jews*) compraron un gran espacio en el mismo periódico y publicaron un anuncio deliberadamente vistoso. ¿Rumanía estaba dispuesta a cobrar por las vidas de sus judíos y esto no parecía importarle a nadie? El Comité resolvió ir más lejos aún, con el objeto de remover las conciencias.

Atravesaba el anuncio un enorme titular: «EN VENTA a la humanidad: 70 000 judíos. Seres humanos garantizados a 50 dólares cada uno». Después venía este texto: «Rumanía está cansada de matar a sus judíos. Mató a 100 000 en dos años. Hoy, Rumanía está dispuesta a ceder a sus judíos por casi nada». Por último, en otra parte de la página podía leerse: «¡¡¡Atención, Estados Unidos!!! ¡La superoferta rumana es válida por un mes! ¡Promoción sin precedentes! ¡Las puertas de Rumanía están abiertas! ¡Actúa ya!». El anuncio concluía con un cupón de suscripción y una carta dirigida al

presidente Roosevelt.

El redactor fue Ben Hecht, un guionista estadounidense muy en boga que se empeñaba en llamar la atención de sus compatriotas sobre la situación de los judíos europeos. El propósito era intensificar la presión en favor de operaciones de rescate de judíos perseguidos. La falsa publicidad, tildada unánimemente de engañosa y sensacionalista, suscitó una avalancha de protestas, incluso por parte de algunas organizaciones judías. La noción de venta y la alusión a un «precio» causaron indignación.

El escandaloso asunto de los judíos rumanos en venta por un puñado de dólares se apagó pronto. Se basaba, sin embargo, en una idea verdadera del mariscal Antonescu. Salvo que este último se había topado con la oposición de los alemanes y los británicos, a quienes no les gustaba la emigración masiva de judíos a Palestina. En síntesis, el régimen fascista no pudo deshacerse de sus judíos vendiéndolos, lucrándose a costa de estos indeseables. Los comunistas, en cambio, lo hicieron años más tarde. Y de modo muy rentable. Al respecto, Radu Ioanid escribe que, en lo comercial y en lo financiero, los comunistas triunfaron allí donde los fascistas habían fracasado.

LA LENGUA PATERNA

En cuanto se instalaron en París, Lena y Marina dieron inicio a su vida escolar. En enero de 1962, las escuelas rebosaban de *baby-boomers*. Era muy difícil encontrar cupos libres a mitad de curso. Alguien del entorno de Lucia Filderman, alguien con buenos contactos, acudió a ver en persona a Jean Capelle, director del área de liceos en el Ministerio de Educación: Lena fue al Lycée Racine, Marina al Collège La Fontaine.

Mi madre apareció allí una mañana, vestida de uniforme. Todos se pusieron de pie en cuanto entró la directora para presentar a la nueva alumna, una refugiada política recién llegada de Rumanía. Las chicas del elegante distrito XVI de París abrieron mucho los ojos. Ignoraban la existencia de este país y nunca habían visto a una niña comunista. Marina dio sus primeros pasos gracias a los rudimentos de la lengua que le había inculcado la Madre Hélène. Al año siguiente ganó un primer premio de francés. Como en todas las familias de inmigrantes, llegó un momento en que los niños trataron de imponer en la casa la lengua de su país de adopción. Sin éxito. Harry, Gabriela y Roza siguieron hablando rumano entre ellos.

Unidas de por vida por el desgarro del exilio, Lena y Marina no se separaron jamás. Estudiaron arquitectura en la Escuela de Bellas Artes de París y escogieron la misma profesión. Fundaron juntas su estudio y trabajaron codo con codo, hasta la muerte prematura de Lena. Vivían, es más, en dos casas idénticas, una enfrente de la otra, en una calle minúscula. Tuvieron hijas a las que criaron como hermanas. Ni Lena ni Marina tenían el menor acento. Se casaron con unos jóvenes de apellido muy francés, dos maridos que no intentaron aprender rumano. Para no emplear con nosotras un idioma que nuestros padres no entendían, no nos hablaron en rumano. Lena y Marina educaron a sus hijas únicamente en francés. Así que hablo la lengua de mi padre, pero no mi lengua materna. A no ser que la lengua materna sea la de la madre patria. En tal caso, sí, he nacido en Francia y hablo mi lengua materna. Pero no hablo la lengua de mi madre.

Esto demuestra lo difícil que era ponerle las palabras adecuadas a este pasado materno, un pasado que era rumano en rumano antes de

que la familia diera comienzo a una nueva vida en Francia y en francés. En esta nueva lengua, mis abuelos decían poco sin decir casi nada. Aquello les parecía viejo, les parecía lejano, de qué servía mirar atrás. Lena decía mucho a la vez que mantenía sus recuerdos a distancia, preservándolos de toda nostalgia, de toda emoción y de toda pena. Mi madre quería decir algo, pero se interrumpía de golpe, como si dos lenguas se devorasen la una a la otra en el fondo de su garganta y el dolor de haber sido arrancada de su país le impidiera diferenciarlas, separarlas. Cuando las dos lenguas se domesticaron, cuando nuestra madre pudo al fin hablar, mi hermana y yo no quisimos ya saber lo que había ocurrido al otro lado del Muro, en esa lengua —el rumano— llena de refriegas y lágrimas, en esa lengua que no era la nuestra.

Hizo falta que mi madre descubriera los libros de Radu Ioanid, que yo me enterase de este asunto de los judíos intercambiados por cerdos y, por último, que me topara con el apellido de mis abuelos escrito en un libro de historia, hizo falta todo esto para que yo aceptase escuchar y para que, por fin, yo decidiera rellenar con palabras los espacios que mis abuelos habían dejado en blanco.

Georges Perec, escritor francés de padres judíos polacos que huyeron de Polonia, visitó Ellis Island para un documental que le encargó la televisión de Francia en la década de 1980. El comentario que acompaña a las imágenes de la película se ha transcrito y publicado. El libro, muy breve, es uno de los más impactantes que he leído en mi vida. Perec cuenta allí, a su manera, la historia de la isla de la Estatua de la Libertad que preside Manhattan, por un siglo puerta de entrada de los inmigrantes que provenían del Viejo Mundo. Entre ellos había muchos judíos de Europa del Este y de Rusia, expulsados por la pobreza, los pogromos y el odio generalizado. La familia de Perec, a diferencia de la de mi abuelo Harry, no pasó por América. Esto no le importaba: lo que Georges Perec fue a indagar en Ellis Island es «la errancia, la dispersión, la diáspora».[2]

Lo explica del modo siguiente: «No sé con exactitud qué es eso de ser judío, qué representa para mí ser judío. Es una obviedad, si se quiere, pero una obviedad mediocre, que no me vincula con nada. No es un signo de pertenencia, no está ligado a una creencia, a una religión, a una práctica, a un folclore, a una lengua. Es más bien un silencio, una ausencia, una pregunta, un interrogante, una vacilación, una inquietud. Una certeza incómoda detrás de la cual emerge otra certeza, abstracta, pesada, insoportable: la de haber sido designado como judío, y en cuanto judío, víctima, y la de no deberle la vida más que al azar y al exilio».

Designados como judíos, los Grunberg devenidos Greenberg. Designados como judíos, los Sanielevici. Designados como judíos, los

Deleanu. De exilio en exilio, Elias debió casarse en Estados Unidos, Harry en Rumanía, Marina en París, donde nací yo. Como Perec, no he heredado ninguna creencia, ningún folclore, ningún signo de pertenencia en lo que atañe al judaísmo, nada más que un silencio indiferente, al menos en apariencia. Lo único que puedo decir, al igual que Perec, es que podría haber nacido, a semejanza de mis primos más o menos lejanos, en Crimea, en Bruselas, en Montreal, en Londres, en Roma, en Houston o en Bucarest, pero que finalmente he nacido en Francia: «Tan solo una cosa me estaba expresamente prohibida: la de nacer en el país de mis antepasados, la de crecer allí en la continuidad de una tradición, de una lengua, de una comunidad», afirma el escritor.

No sé lo que es ser judía, no me lo enseñaron y tampoco lo echo de menos. Habiendo crecido en Francia y en democracia, nadie me ha «designado» nunca. Por otra parte, leyendo a Perec comprendo que «soy extranjera con respecto a algo de mí», diferente no a los demás, sino «diferente de los míos». En efecto, no hablo la lengua que mi madre hablaba con sus padres, no comparto sus recuerdos «ni su historia, ni su cultura, ni su esperanza»: «No tengo el sentimiento de haber olvidado, sino el de no haber podido aprender jamás».

Yo, la primera generación que no emigró. Yo, cuyos hijos nacieron en el lugar donde nací. Yo, cuyos hijos hablan mi lengua: su lengua materna. Al fin.

MUCHOS CERDOS, NINGÚN JUDÍO

En Bucarest hay una productora y directora, Oana Giurgiu, que tiene exactamente mi edad. Ha realizado una película, *Aliyah Dada*, consagrada al éxodo de los judíos de Rumanía. Oana Giurgiu no es judía y nunca ha visto a un judío en su país. De hecho, apenas comprende el significado de esta palabra. Su película comienza, por lo tanto, con la ausencia de los judíos en Rumanía. Una ausencia que se siente de manera íntima porque ella empieza filmando su dormitorio de cuando era adolescente. «La habitación encierra todos mis recuerdos…, pero siempre supe que allí estaban los recuerdos de otra persona. Mis padres habían comprado los muebles de una familia judía que se aprestaba a partir», explica. «En esos tiempos, no sabía nada acerca de los judíos. Me preguntaba, ante todo, cómo había hecho esta gente para emigrar en un momento en el que nadie podía salir del país.» Oana Giurgiu también instala su cámara en un pueblo de montaña, en el norte de Rumanía, donde solía pasar las vacaciones con su abuelo. Vemos cementerios judíos, un barrio judío, una sinagoga tricentenaria, pero ningún judío. Así era el pueblo incluso cuando Giurgiu era una niña. ¿Adónde fueron los judíos? Entonces le respondieron que todos se habían mudado a Israel. Todos. Ahora, ella se hace preguntas. ¿Cómo es que tantos se fueron? ¿Por qué no se quedó ninguno? ¿Qué fue de estos grandes ausentes? Oana Giurgiu emprendió una investigación rastreando en los archivos, recogiendo los últimos testimonios de una generación que se extingue. En Bucarest, tanto como en Jerusalén y Tel Aviv, el nombre de un traficante, Henry Jacober, aparece una y otra vez. Su película retrata la ruta de Jacober vista desde Israel.

Por su magnitud y por el tiempo que duró, este comercio de seres humanos fue algo único en Europa. Primero judíos por cerdos, después judíos vendidos a Israel. Rumanía extendió el principio a su minoría alemana, que los comunistas vendieron paulatinamente a Alemania Occidental. «La cruel verdad es que el 90% de los ciudadanos rumanos emigrados a Occidente durante la década de los setenta fueron comprados en secreto por Israel, por Alemania o por sus familias en Occidente. El comercio de emigrantes se convirtió en una de las labores principales de la Securitate y de su Dirección de

Inteligencia Exterior. Tanto es así que Ceauşescu llegó a considerar a este organismo como su primera fuente de divisas», concluye Radu Ioanid al final de su extensa investigación.

En 1997, el ministro rumano de Asuntos Exteriores presentó una disculpa oficial por haber deportado a miembros de la minoría alemana y por haberlos vendido al Gobierno alemán. No presentó una disculpa similar a los judíos rumanos oprimidos, perseguidos y también comercializados. ¿Judíos? ¿Qué judíos? Los comunistas hicieron la vista gorda hasta el final.

Una revolución acabó con el régimen en 1989. Pasaron otros quince largos años hasta que en 2003 el Gobierno rumano, deseoso de arrojar luz sobre el pasado, firmó un acuerdo de colaboración con el Memorial de la Shoah de Washington. El comunicado oficial, sin embargo, se encargó de «subrayar enérgicamente el hecho de que dentro de las fronteras de Rumanía en la década de 1940 no hubo Shoah». Semejante falsedad provocó una protesta mundial. ¿Cómo pudo Rumanía perpetuar tamaña negación? Bajo presión, el presidente de la República se vio obligado a crear una comisión internacional encargada de investigar los crímenes cometidos contra los judíos en Rumanía. Se la confió a Elie Wiesel, Premio Nobel de la Paz y superviviente de los campos de Auschwitz y Buchenwald. El historiador Radu Ioanid fue el vicepresidente de este grupo de trabajo.

Las conclusiones aparecieron publicadas un año después. A finales de la década de 1930, había 750 000 judíos en Rumanía. La mitad de ellos fueron asesinados durante la Segunda Guerra Mundial. La comisión establece que más de 300 000 judíos rumanos y ucranianos (Transnistria, pero también la ciudad de Odessa, pasaron a ser ucranianas después de la guerra) murieron durante el Holocausto, a los que deben sumarse 130 000 judíos rumanos que vivían en el norte de Transilvania y fueron deportados a Auschwitz.

Aunque la comisión señala la dificultad de contabilizar los muertos en aquellos territorios que cambiaron muchas veces de bandera, establece sin discusión la responsabilidad del Estado rumano, desde la cúspide hasta la base de la escala administrativa, y también la participación de su población civil en la destrucción de los judíos de Rumanía.

Al término de la guerra, Rumanía únicamente contaba con 350 000 ciudadanos de origen judío. El régimen se apresuró a sepultar su historia. Sepultó la historia de los muertos, así como sepultó la de los vivos. Cuatro décadas más tarde, cuando Nicolae Ceauşescu fue derrocado en 1989, había menos de 10 000 judíos en todo el país. Habían desaparecido físicamente. Rumanía se había convertido en un país sin judíos.

Tras las deportaciones masivas, la exportación masiva. Ante cifras

tan espectaculares, ¿cómo no pensar que los comunistas completaron, en los hechos, la obra de los fascistas? Al librar a Rumanía de sus judíos, lograron por fin lo que el mariscal Antonescu y su clan llamaron en 1940 «el momento largamente esperado de la liberación étnica». Una liberación sin derramamiento de sangre. Un borrado de cuerpo y de alma, sumado a un sabroso negocio.

Harry Deleanu exportado.
Gabriela Deleanu exportada.
Lena Deleanu exportada.
Marina Deleanu exportada.
Roza Sanielevici exportada.

Una Rumanía sin judíos.

POSFACIO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

Los exportados se publicó en agosto de 2022. La visión de los primeros ejemplares le causó un dolor inmenso a mi madre, que había alimentado esta historia respondiendo activamente a mis preguntas, incluso anticipándose a veces a ellas. La existencia física del libro, la objetivación de «su» historia, le provocó una suma de vértigo y miedo. Como una cicatriz interior cuyas suturas se vuelven repentinamente visibles y amenazan con ceder bajo la presión del texto impreso.

Mi madre no quiso saber nada de mi libro. Se negaba a que yo contase esta historia en primera persona. Su huida de Rumanía había ocurrido catorce años antes de mi nacimiento. ¿Qué tenía yo que ver con eso? Vinieron las entrevistas y tuve que decir «yo». Vinieron los artículos y las reseñas. La verdadera historia de estos judíos intercambiados por cerdos, de estos judíos vendidos como mercancía, se difundió en Francia, donde los hechos todavía eran desconocidos. Entonces llegó la primera carta y la segunda y la tercera…

Hubo tantas. Tantos pequeños mensajes y tantas cartas extensas que me sumieron en las vidas de familias cuyo pasado había retratado en mi libro sin saberlo. Los lectores se presentaban como hijos o nietos de «exportados». Repetían con naturalidad este término que acuñé echando mano al léxico del comercio, ya que el de la emigración no bastaba para describir la realidad. Algunos de mis corresponsales habían oído hablar de estas negociaciones, otros se espantaron al descubrir todo esto. Algunos, con mi libro en la mano, iniciaron un diálogo inédito entre generaciones. Otros me señalaban la dificultad de hablar. Para los descendientes de exiliados, hay una parte del viaje que no se cuenta jamás.

Hubo algunos testimonios extraordinarios. Durante una sesión de firmas, una elegante mujer mayor abrió el libro y señaló el capítulo donde yo había reproducido las listas de Jacober: los ciudadanos a la espera de un visado de salida. «¿Ve usted la última línea? Ioana, 14

años, soy yo.» Allí estaba ella, sonriente, sesenta y dos años después, rodeada de sus familiares franceses, herederos involuntarios de esos trueques inverosímiles. La joven Ioana había formado parte de un lote que se había intercambiado por diez lechones daneses, ochenta cerdas inglesas, un jabalí landrace de diez meses de edad y listo para criar, diez vacas frisonas, etc.

Tuvo suerte.

«Ellos al menos pudieron irse…» Una primera voz rumana, una segunda… Como una llamada al orden. Durante las charlas y las conferencias organizadas en torno a mi libro, me topé con muchos rumanos que llegaron a Francia más tarde, mucho más tarde. Tuve que escucharlos. Y pronto tuve que aceptar lo que me decían. En diciembre, tras la publicación, fui a Bucarest. Fue una especie de viaje al revés, ya que la fecha casi coincidió con el día en que mi familia abandonó la capital en 1961. Allí, los intercambios giraron en torno al vasto comercio de judíos que yo quise relatar por medio de la expatriación de los Deleanu. Ninguna estupefacción. A diferencia del público francés, muchos rumanos conocen las condiciones en las que los judíos y los miembros de la minoría alemana abandonaron el país. Y no se conmueven por ello, pues hubo un tiempo en que habrían dado cualquier cosa por conseguir aquellas hojas de ruta misteriosamente concedidas solo a algunos. Las oportunidades de escapar de la dictadura eran muy escasas, muy preciadas.

Pensaba en esto mientras paseaba por Bucarest en busca de recuerdos que nunca serán míos. La ciudad, que yo conocía muy poco, había cambiado. No encontré en el centro las pastelerías rebosantes de sirope y nata montada que, años atrás, tanto nos habían gustado a mi hermana, mi prima y a mí, sino elegantes *éclairs* de sabores complejos en escaparates demasiado iluminados. La casa de Popa Nan había sido recubierta con un estuco de color blanquecino al que le sumaron unas sólidas ventanas de PVC. Las persianas estaban bajas, no me atreví a llamar al timbre. El Athénée Palace, que en mis sueños yo había imaginado grandioso y decadente, tenía un enorme cartel de neón azul con la palabra Hilton. El gran hotel, todavía caro, pero todo podrido al final de los años de Ceauşescu, fue comprado por unos estadounidenses que borraron su pasado de un plumazo. A excepción del salón de embajadores, que conserva su encanto, todo fue metódicamente estandarizado.

«Ellos al menos pudieron irse…» Hace falta algo más que fachadas para borrar cuarenta años de dictadura. Desde mis primeras conversaciones en Bucarest, afloró el recuerdo de las privaciones, los obstáculos, las aberraciones administrativas, la vigilancia o la injusticia hasta la desesperación… ¡Irse! Tantos otros lo habrían deseado. Lo que yo había visto como un signo de estigmatización

humillante podía verse como un privilegio. Donde yo me había esforzado en describir una operación muy condenable a nivel moral y político, otros veían sobre todo un regalo del cielo… Para salvar el futuro. Para salvar a su familia. El problema no eran estas salidas selectas y organizadas. El problema era quedarse. Un hombre me explicó el negocio de Jacober con voz firme: «Un acuerdo en el que todos salían victoriosos. El régimen ganaba dinero, el contrabandista ganaba dinero, los judíos ganaban su derecho a la libertad». Todos ganaban, excepto los que nunca entraban en el juego. Según hubieses nacido al este o al oeste del telón de acero, según hubieras nacido bajo el totalitarismo o hubieras crecido en una democracia, tenías diferentes puntos de vista sobre el jugoso negocio de Henry Jacober y la Securitate.

Recibí en Francia reacciones de indignación. El trueque de judíos por ganado, la minoría alemana vendida a la unidad, los inventarios, las maletas llenas de dólares… ¿Cómo pudo pasar inadvertido semejante escándalo? En cuanto enviamos mi libro a los medios de prensa, se puso en contacto conmigo un antiguo periodista de *Libération*, un diario de izquierdas muy influyente en los años ochenta. Rumanía había tenido muy ocupado a Jean Stern. Había hecho muchos reportajes allí, antes y después de la caída del régimen. Sus artículos de entonces se conservan arrugados y amarillentos en una carpeta de cartón. 24 de noviembre de 1988: «Los fantasmas de la casa Ceauşescu». El artículo está firmado con seudónimo, pero es la pluma de Jean Stern, quien publicaba bajo un nombre falso para poder trabajar más libremente en Rumanía, donde los controles policiales eran interminables.

El artículo, redactado en París, ofrecía una amplia reseña del libro-confesión de Ion Mihai Pacepa, *Red Horizons*, a la sazón recién publicado en francés. Su lectura me dejó muda: ni una sola palabra sobre la venta de los judíos, ni sobre los beneficios demenciales que Nicolae Ceauşescu obtuvo gracias a ello. El general Pacepa, antiguo jefe de los servicios de inteligencia, lo había contado todo con lujo de detalles. «Por supuesto, era una de las principales revelaciones del libro y le dediqué un segmento del artículo. Sin embargo, me hicieron suprimir todos los pasajes consagrados a este asunto», me explicó Jean Stern. «¡En *Libération* no se creían esta historia de judíos, pollos, camiones frigoríficos y agentes secretos! Sospechaban todos, yo el primero. Pacepa tenía mala fama, se lo consideraba un histérico en manos de la CIA.» Por eso, en todo momento, el artículo de Stern se distanciaba de su fuente.

Esto no impidió que *Libération* exhumara diversos expedientes negros de la dictadura, calificándolos de «pesadilla». Sin embargo, la exportación de los judíos de Rumanía fue barrida bajo la alfombra.

Demasiado inverosímil. ¿Qué medios tenía el periódico en 1988 para verificar semejantes acusaciones? Es muy probable que ninguno. Así que, lisa y llanamente, el asunto desapareció de las páginas de *Libération*. Y también de las del diario *Le Monde*, donde el artículo dedicado al libro de Pacepa dio a entender que el exgeneral tenía tendencia a «añadir cosas». ¿Se trataba de pura y simple fabulación o de un burdo operativo de desinformación? Los periódicos franceses más leídos no creían en este tráfico comercial de judíos.

Jean Stern descubrió la verdad de esta historia cuando, treinta y cuatro años después de escribir su artículo, leyó mi libro. Y sacó una conclusión lapidaria: «Este gran comercio de seres humanos ha concentrado lo peor del comunismo y del capitalismo». En un sistema que pretendía abolir la economía de mercado, todo se podía comprar en realidad; todo tenía un precio, una tarifa en función de la oferta y de la demanda. Todo, hasta la libertad de hombres, mujeres, ancianos y niños.

Aquí reside la complejidad de «mi» historia. Yo no habría nacido francesa si mi madre no hubiese sido vendida por su propio país. A veces le debemos la vida a una infamia. A veces debemos lo más bello a lo más vil: al proxenetismo incalificable, a la escoria. Los que querían atiborrarse de cerdo y de dinero son los mismos que abrieron las puertas del mundo libre a familias enteras. En la epopeya de mi familia, el traficante inglés fue al mismo tiempo un ventajista y un salvador. Muchos traficantes y contrabandistas del mundo pertenecen, por cierto, a las dos categorías. Y hay historias crueles que terminan bien.

PRINCIPALES FUENTES

· LIBROS ·

ANCEL, Jean, *Transnistria, 1941-1942. The Romanians Mass Murder Campaigns*, Tel Aviv University, 2003.

CARP, Matatias, *Cartea Neagra. Suferințele evreilor din România 1940-1944*, Denoël, 2009.

DURANDIN, Catherine, *Histoire des Roumains*, Fayard, 1995.

ETTINGER, Amos, *Blind Jump. The Story of Shaike Dan*, Cornwall Books, 1992.

GRIMBERT, Philippe, *Un secret*, Grasset, 2004. [*Un secreto*, Tusquets Editores, 2005. Traducción de Javier Albiñana.]

HEYMANN, Florence, *Le Crépuscule des lieux: identités juives de Czernowitz*, Stock, 2003.

HILBERG, Raul, *La Destruction des juifs d'Europe*, Gallimard, «Folio histoire», 2006 [1987]. [*La destrucción de los judíos europeos*, Akal, 2020. Traducción de Cristina Piña Aldao.]

IOANID, Radu, *The Ransom of the Jews. The Story of the Extraordinary Secret Bargain between Romania and Israël*, Rownan & Littlefield, segunda edición, 2021.

IOANID, R.; FRILLING, T.; IONESCU, M., «Informe Final de la Comisión Internacional sobre el Holocausto en Rumania», Bucarest, Polirom, 2005.

JABLONKA, Ivan (dir.), *L'Enfant-Shoah*, PUF, 2014.

LAIGNEL-LAVASTINE, Alexandra, *Cioran, Eliade, Ionesco. L'oubli du fascisme*, PUF, 2002.

MALAPARTE, Curzio, «Les Rats de Iași» [1944], en *Kaputt*, Denoël, red. 2006. [*Kaputt*, Plaza y Janés, 1966. Traducción de R. Coll Robert.]

MARCU, Lilly, *Carol al II-lea al României. Regele trădat*. Corint, 2015.

MOSCOVICI, Serge, *Chronique des années égarées*, Stock, 1997.

MOSCOVICI, Serge, *Mon Après-guerre à Paris: chronique des années retrouvées* (con Alexandra LAIGNEL-LAVASTINE, coautora), Grasset, 2019.

NECULAU, Adrian (dir.), *La Vie quotidienne en Roumanie sous le communisme*, L'Harmattan, 2008.

OISTEANU, Andrei, *Imaginea evreului în cultura română. Studiu de imagologie în context est-central european*, Humanitas, București, 2001.

ORSENNA, Erik, *Cochons. Voyage aux pays du Vivant. Petit précis de mondialisation VI*, Fayard / Stock, 2020.

PACEPA, Ion Mihai, *Horizons rouges. Dans les coulisses de la maison Ceauşescu par l'ancien chef des services secrets roumains*, Presses de la Cité, 1988.

PEREC, Georges, *Ellis Island*, P.O.L, 2019. [*Ellis Island*, Seix Barral, 2021. Traducción de Adolfo García Ortega.]

SAFRAN, Alexandre, *Un tison arraché aux flammes. La communauté juive de Roumanie (1939-1947)*, introducción de Jean ANCEL, Stock, 1989.

SEBASTIAN, Mihail, *Journal (1935-1944)*, Stock, 1998. [*Diario*, Destino, 2003. Traducción de Joaquín Garrigós.]

TEODOREANU, Ionel, *La Medeleni*, Cartea Românească, 1925.

WALDECK, condesa R. G., *Athene Palace*, National Travel Club, 1942.

WIESEL, Elie, *The Jews of Silence: A Personal Report on Soviet Jewry*, Holt, Rinehart & Winston, 1966. [*Los judíos del silencio*, Editorial Paidós, 1986. Traducción de Carlos Leal.]

WYMANN, David, *The Abandonment of the Jews: America and the Holocaust, 1941-1945*, Pantheon Books, 1984.

· **REVISTAS** ·

«L'horreur oubliée: la Shoah roumaine», número especial de la *Revue d'histoire de la Shoah* (Revista de historia de la Shoah) bajo la dirección de Florence Heymann, Alexandra Laignel-Lavastine y Georges Bensoussan, n.º 194, enero-junio de 2011.

BENSOUSSAN, Georges, «Éditorial», *Revue d'histoire de la Shoah*, n.º 194.

BOREJSZA, Jerzy W., «Staline et le cosmopolitisme», *Vingtième siècle*, 2010, n.º 108.

CAZACU, Matei, «La disparition des juifs de Roumanie», *Matériaux pour l'histoire de notre temps*, n.º 71, 2003.

GUSU, Cosmina, «Analyse d'une tragédie, représentation du pogrom de Bucarest dans la presse de l'époque», traducido al francés por Laure Hinckel, *Revue d'histoire de la Shoah*, n.º 194.

HEYMANN, Florence, «Introduction. La shoah “à la roumaine”: entre oubli, mémoire et histoire», *Revue d’histoire de la Shoah*, n.º 194.

VOICU, George, «L’attitude des intellectuels roumains face à la Shoah et sa mémoire dans la Roumanie post-communiste», traducido al francés por Nicolas Véron, *Revue d’histoire de la Shoah*, n.º 194.

· **PRENSA** ·

ANÓNIMO, «London Market in Rumanians», *Sunday Telegraph*, 21 de junio de 1964.

BRAN, Mirel, «Le retour des juifs en Roumanie», *Le Monde*, 22 de enero de 2007.

GHEORGE, Dan, «Cum au masacrat comunistii jumatate de million de cai», *România Liberă*, 9 de mayo de 2010.

RISEN, Clay, «Ion Mihai Pacepa, Key cold war defector, dies at 92», *The New York Times*, 16 de marzo de 2021.

AGRADECIMIENTOS

Sin el inmenso coraje de mi madre, Marina, este libro no existiría.

Sin el amor de Philippe, este libro no existiría.

Quiero dar las gracias a:

Sophie Berlin, mi editora, por la elegancia de su precisión.

Frédéric Schwamberger, por haber creído de inmediato.

Su Excelencia Radu Ioanid, embajador de Rumanía en Israel, por nuestros intercambios y por su confianza.

La historiadora Alexandra Laignel-Lavastine, por su revisión científica.

El historiador Grégoire Kauffmann, por sus sugerencias y estímulos.

Dana Hastier y su padre, el doctor Nicolae Haimovici, por sus testimonios decisivos.

Erik Orsenna, por su ayuda entusiasta y su amor por los cerdos.

Françoise Asso, por su manejo de la coma y su desenvoltura.

France Inter, mi radio, mi casa, por su nivel de exigencia y su apoyo.

Redwane Telha y Anne-Cécile Perrin, por el precioso equipo que hemos formado.

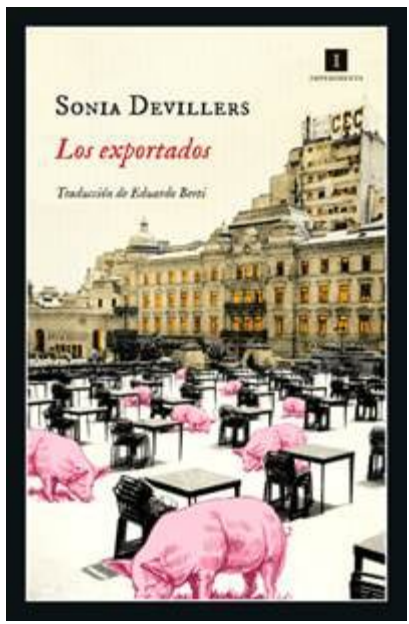
Josette Frappier, por las palabras liberadas.

Matthieu Belghiti, Lise Pérot y Laurence Pons, por lo que son: los pilares de mi vida.

Élodie y Éric Amanou, Pascal Barragué, Romain Boulet, François Bouyer, Émilie Deleuze, Gaëlle Dumont, Pierre Gauvrit, Paule Gonzalès, Sandrine y Marie-Laure Guinot-Dangeon, Agnès Monteux, Éric Pons y Myriam Weil, por su amistad inquebrantable.

Andrea y Aurélien, mis hijos, por lo que tomarán del pasado e inventarán del futuro.

Durante años, el estado rumano se enriqueció canjeando judíos por ganado o dólares. Sonia Devillers cuenta la historia real de la «exportación» de su familia en los 60.



La periodista francesa Sonia Devillers, hija de inmigrantes rumanos, decidió un día investigar cómo lograron llegar su madre y sus abuelos a París. Sospechaba que había algo más detrás de ese relato suave y reticente que llevaba años oyendo en su casa. Lo que de ningún modo sospechaba fue lo que finalmente descubrió: documentos oficiales que demuestran que el Gobierno rumano comerció durante décadas con su población judía, cambiándola por ganado o dinero. Entre esos «exportados», entre esos ciudadanos a quienes el Estado había perseguido de modo implacable y que habían pagado a precio de oro poder emigrar a Occidente, estaba su familia.

Una obra impactante, tierna y desgarradora a la vez, que mezcla historia y memoria para reconstruir uno de los rompecabezas más siniestros de la Europa contemporánea.

CITAS

«Una búsqueda de la verdad profundamente conmovedora.» —**L'Arche**

«Vertiginoso. Un libro imperdible.» —**France Info**

Sonia Devillers nació el 31 de enero de 1975 en Les Lilas (Francia). Nieta de inmigrantes judíos e hija del arquitecto Christian Devillers, estudió filosofía en la Sorbona y llegó a iniciar un doctorado, que finalmente abandonó para dedicarse al periodismo. En 1999 entró en la redacción del diario *Le Figaro*, donde trabajaría durante diez años. Poco después, en 2005, comenzó a colaborar como locutora y productora en varios programas de radio, tanto de actualidad como de cultura. Desde 2022, es presentadora del programa de televisión «Le Dessous des images», donde se analiza la actualidad a través de una imagen o fotografía. También en 2022 publicó su primera novela, «Los exportados», donde narra la historia de sus abuelos maternos, inmigrantes judíos que fueron vendidos por Rumanía durante el comunismo. Actualmente, reside en París.

NOTAS

[1] *Diario*, de Mihail Sebastian. Traducción de Joaquín Garrigós. Todas las citas del *Diario* provienen de aquí, en ciertos casos con muy leves modificaciones. (*N. del T.*)

[2] *Ellis Island*, de Georges Perec. Editorial Seix Barral, traducción de Adolfo García Ortega. Todas las citas de *Ellis Island* provienen de aquí, en ciertos casos con muy leves modificaciones. (*N. del T.*)